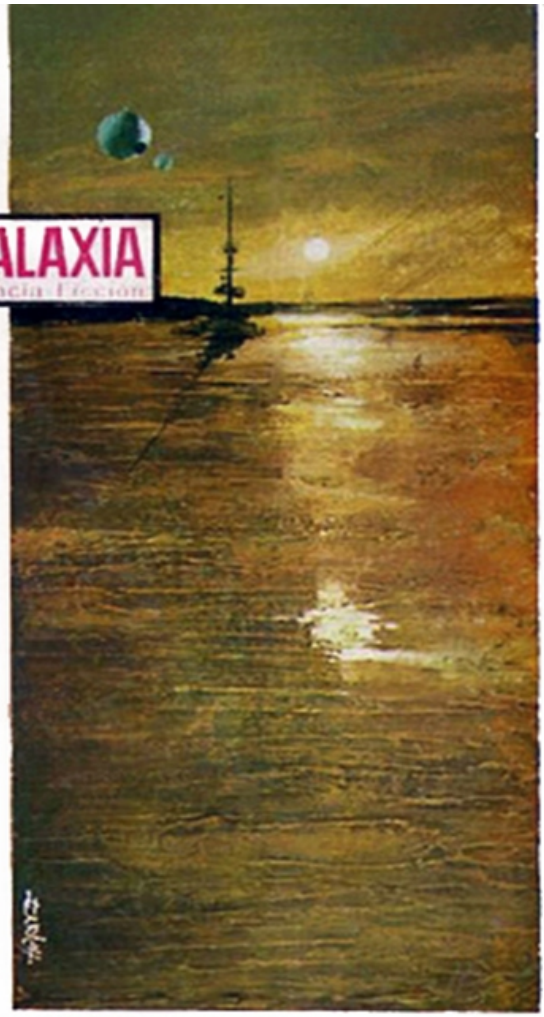
GALAXIA
Ciência Ficção



MUNDOS SIN FIN

Clifford D. Simak

Colección de relatos de Clifford D. Simak, completados con una historia de Henry Kuttner y C. L. Moore.

Clifford D. Simak

Mundos sin fin

Galaxia - 67

ePub r1.0
Titivillus 12.07.16

Título original: *Space platform*
Clifford D. Simak, 1967
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

MUNDOS SIN FIN

1

NORMAN BLAINE pensó que ella no parecía el tipo de persona que quisiera tomar el Sueño. Aunque… nadie podía decirlo jamás con seguridad.

Escribió el nombre que le había dado en su cuadernillo de apuntes, en vez de hacerlo en la hoja de solicitud, lo anotó lenta y cuidadosamente, para darse el tiempo para pensar, porque le parecía que había algo enigmático en ello.

Lucinda Silone.

«Un nombre peculiar», pensó; «no es un nombre verdadero; parece más bien el nombre de escena, para ocultar un común Susan Brown o un ordinario Betty Smith, o cualquier otro nombre trillado».

Lo escribió lentamente, para poder pensar, pero no parecía poder hacerlo bien, pues había demasiadas cosas que ocupaban su cerebro: el insistente rumor que había corrido de un lado a otro por todo el Centro con respecto a un cambio de personal, su propia relación con ese rumor y el consejo que le habían dado —había algo extraño en ese trabajo— y que era el de no confiar en Farris (¡Como si él necesitara ese consejo!), y pensarlo bien si le ofrecían el trabajo. Era un consejo bien intencionado, pero no muy útil.

Ahí estaba también el insoportable inspector que lo había detenido esa mañana en el campo de estacionamiento y casi se le había colgado cuando trató de deshacerse de él; y también Harriet Marsh, con quien tenía una cita esa misma noche.

Y finalmente, estaba esa mujer que en ese momento se encontraba frente a su escritorio.

Aunque era una tontería pensar así, se dijo Blaine; mezclarla con los demás, con los otros pensamientos que chocaban unos con otros

como maderos arrastrados por la corriente en su cerebro. Porque no había relación posible entre unas y otras cosas; era imposible que la hubiera.

Había dicho que era Lucinda Silone, pero había algo en el nombre y en su manera de pronunciarlo, esa entonación musical dada conscientemente para prestarle gracia y sonoridad, que hizo repicar campanillas de alarma en su cerebro.

—¿Está con Festejos? —dijo, en tono indiferente, quizá con demasiada ligereza; se trataba de una pregunta ambigua, y por ello debía ser formulada correctamente.

—¡Ah, no!; no soy de Festejos —respondió la mujer.

Blaine escuchó con atención aquel modo de responder, pero no descubrió nada en particular; la voz tenía un dejo de felicidad que traicionaba el placer que sentía, porque él pensó que estaba con Festejos; y eso era exactamente como debía ser; era precisamente como la mayoría contestaba. Se sentían lisonjeadas por la suposición de que pertenecieran al personal de Festejos.

—Yo hubiera creído que sí —insistió Blaine.

Miró a Lucinda Silone directamente, observando la expresión de su rostro y apreciando también todos sus atractivos.

—Aquí somos buenos jueces de las personas —le dijo—. Es muy raro que nos equivoquemos.

Ella no parpadeó siquiera; no presentó ninguna reacción, ni un sobresalto de culpabilidad, ni un temblor de confusión.

Su cabello era color de miel; los ojos eran azul de China y la piel de un blanco tal, que uno tenía que volver a ver para asegurarse de que eran reales.

«No nos llegan muchas como ésta», pensó Blaine. «Vienen las viejas, las enfermas, las decepcionadas, las desesperadas y las que sufren frustraciones».

—Se equivoca, señor Blaine —le dijo—; estoy en Educación.

Escribió Educación en su cuadernillo de notas, y dijo:

—Fue quizá el nombre lo que me hizo pensarlo; es un nombre muy bueno, fácil de decir y musical; sería un nombre excelente en la escena.

Levantó el rostro de sus apuntes y añadió, sonriendo, forzándose a sonreír contra la inexplicable tensión que crecía dentro de él:

—Aunque no fue solamente el nombre; estoy seguro de eso.

La mujer no sonrió, y Blaine se preguntó rápidamente si había sido una torpeza de su parte; volvió a pronunciar las palabras que había dicho en mente, y decidió que no lo era. Cuando se era director del departamento de Fabricación, no podía cometer torpezas; sabía cómo manejar a las personas; tenía que saberlo.

Y sabía también cómo manejarse a sí mismo; cómo hacer que el rostro dijera una cosa, cuando el cerebro pensaba algo totalmente distinto.

No; sus palabras habían sido un cumplido discreto; ella debió sonreír, pero el que no lo hubiera hecho podía significar algo, o bien podía no significar nada, excepto que era inteligente. A Norman Blaine no le cabía duda alguna de que Lucinda Silone era inteligente, y una clienta tan serena como pocas.

Aunque, a decir verdad, la serenidad en sí no era extraña; también les llegaban las serenas, las serenas y calculadoras, las que lo tenían todo planeado con mucha anticipación y que sabían lo que estaban haciendo.

Y también estaban esas otras, las que habían cortado toda resistencia posible.

—Usted desea un Sueño —dijo Blaine.

La mujer asintió.

—¿Con sueños?

—Con sueños —contestó Lucinda.

—¿Lo pensó detenidamente? Supongo que no vendría si tuviera cualquier duda…

—Lo he pensado muy bien. No tengo dudas.

—Aún está a tiempo; tendrá oportunidad de cambiar de parecer hasta el último momento; deseamos que no pierda de vista esta posibilidad.

—No cambiaré de parecer —le dijo.

—Preferimos pensar que posiblemente lo hará. No tratamos de hacerla cambiar, pero insistimos en una perfecta comprensión de su parte de que el cambio es posible. Usted no contrae ninguna obligación para con nosotros; a pesar de cuanto hayamos hecho, no la liga a nosotros ninguna obligación. Es posible que los sueños hayan sido fabricados y procesados y que haya pagado su cuota; hasta puede encontrarse va en receptáculo, y aún tener tiempo de cambiar de opinión. Si lo hace, los sueños serán destruidos, le

devolveremos su cuota y el expediente será cancelado; en lo que respecta a nosotros, será como si nunca la hubiéramos visto.

—Entiendo perfectamente —contestó la mujer.

Blaine asintió, en silencio.

—Proseguiremos entonces sobre este acuerdo.

Recogió su lápiz y escribió el nombre y la clasificación en la hoja de la solicitud.

—¿Edad?

—Veintinueve años.

—¿Casada?

—No.

—¿Niños?

—Ninguno.

—¿Familiares cercanos?

—Una tía.

—Su nombre, por favor.

La mujer le dio el nombre, y lo escribió juntamente con el domicilio, edad y generales de la tía.

—¿Ningún otro pariente?

—Ninguno.

—¿Sus padres?

Sus padres habían muerto desde hacía años, según dijo; era hija única; dio el nombre de sus padres, sus generales, y fecha de defunción, su último domicilio y el lugar en donde estaban enterrados.

—¿Comprobará todo esto? —preguntó ella.

—Lo comprobamos todo.

Era ahí donde la mayoría de los solicitantes, aun aquellos que nada tenían que ocultar, se mostraban nerviosos; revisaban frenéticamente en sus memorias tratando de desenterrar algún incidente ya olvidado, que pudiera aparecer durante la investigación, para avergonzarlos o para descalificarlos.

Lucinda Silone no estaba nerviosa; se quedó tranquila, sentada, esperando las demás preguntas.

Norman Blaine se las hizo: el número de su gremio, el de su tarjeta, el nombre de su superior inmediato, el último examen médico, defectos o malestares físicos y psíquicos y todas las otras cosas triviales que componían los detalles de su vida diaria.

Terminó por fin, y puso el lápiz sobre el escritorio.

—¿De verdad no tiene usted dudas?

Ella sacudió la cabeza.

—Insisto en ello —dijo Blaine—, para estar absolutamente seguro de que el cliente es voluntario; de otra manera no tenemos una situación legal, pero aparte de eso es una cuestión de ética…

—He oído que son ustedes muy éticos —dijo ella.

Pudo haber sido una burla; si era así, se trataba de una burla ingeniosa. Trató de descubrir si lo era o no, pero no estaba seguro de ello.

Hizo caso omiso de lo anterior, y agregó:

—Tenemos que serlo —dijo—. Este es un servicio que para sobrevivir debe estar basado en el más estricto código ético. Usted pone su cuerpo en nuestras manos para que lo guardemos cierto número de años, y lo que es más, nos da su mente hasta cierto punto. En el curso de nuestro trabajo con usted, adquirimos ciertos conocimientos más extensos sobre su vida; y para continuar con el trabajo que desempeñamos, debemos contar con la completa confianza no sólo de nuestros clientes, sino del público en general. El más leve escándalo…

—¿No los han tenido nunca?

—En los primeros días hubo unos cuantos; ahora están olvidados, o, cuando menos, esperamos que lo estén. Fueron esos escándalos los que hicieron a nuestro gremio comprender cuán importante era evitar toda corrupción profesional. Un escándalo en cualquiera de los otros gremios no pasa de ser una cuestión legal que puede ser juzgada ante un tribunal y luego perdonada y olvidada, pero con nosotros no sería cosa ni de perdonar ni de olvidar; no podríamos ocultarlo.

Sentado ahí, Norman Blaine pensó en el orgullo que sentía por el trabajo que desempeñaba; un orgullo intelectual y resplandeciente; un orgullo cómodo y satisfecho en un trabajo bien realizado. Y este sentimiento no era sólo de él, sino que era experimentado por todos los que trabajaban en el Centro. Podían parecer petulantes cuando hablaban entre sí, pero el orgullo era algo real; estaba oculto tras la petulancia y las relaciones diarias.

—Hasta parecen ser personas muy dedicadas —dijo Lucinda.

Blaine se preguntó si se burlaba de nuevo, o si se trataba de un

elogio con el que quisiera corresponder al suyo. Luego, sonrió, y dijo:

—Quizá no dedicados, o cuando menos no pensamos de nosotros mismos en esos términos.

Pero sabía que eso no era verdad; había ocasiones en que todos habían pensado de sí como personas dedicadas. Por supuesto que nadie lo decía en voz alta; era sólo un pensamiento, pero algo muy real.

Pensó que era una situación algo extraña eso del orgullo en el trabajo; la vehemente lealtad al gremio mismo, y a la vez la competencia criminal y las viciosas políticas del Centro que existían en el seno del orgullo y de la lealtad.

Ahí estaba Roemer, por ejemplo, que después de varios años de servicios, estaba por salir. Ese había sido el tema de las conversaciones durante varios días; el secreto a voces que se había difundido por todo el Centro. Farris tenía algo que ver en ello. Lew Giesey estaba involucrado en alguna forma, y otros cuantos más lo estaban también; Blaine mismo, por ejemplo, había sido mencionado como un posible candidato para ocupar el lugar de Roemer. Blaine se alegró de no haberse inmiscuido en la política del Centro durante el tiempo que llevaba trabajando allí, porque sólo le hubiera servido para tener grandes dolores de cabeza. Se alegró de haber encontrado completa satisfacción en su trabajo, aunque le agradaría enormemente que él fuera designado al puesto de Roemer: la posición era más alta y el sueldo también; quizá si su salario mejorara, podría convencer a Harriet de dejar su trabajo en el periódico y…

Luego se esforzó en concentrarse nuevamente en la entrevista que lo ocupaba.

—Hay ciertas consideraciones que debe tomar en cuenta —le dijo a la mujer—. Debe comprender todas las consecuencias que su decisión va a acarrearle después; debe comprender que una vez que se duerma, despertará en una cultura muy diferente a la suya. Los planetas no se detendrán mientras usted duerma; avanzarán, o cuando menos esperamos que lo hagan. Muchas cosas habrán cambiado: los estilos serán diferentes, en ropas y costumbres; el pensamiento, el vocabulario y los puntos de vista serán diferentes, y usted despertará en un mundo extraño. Será extranjera en un lugar

que la ha dejado muy atrás; usted será anticuada. Habrá cuestiones públicas de las cuales no tenemos ahora la más remota idea; los gobiernos habrán evolucionado, y las costumbres también. Lo que hoy está prohibido puede ser perfectamente aceptable, y lo que es permitido y legal ahora puede llegar a ser algo atroz e ilegal. Sus amigos habrán muerto…

—No tengo amigos —dijo Lucinda Silone.

Blaine pasó por alto el comentario, y prosiguió:

—Lo que trato de hacerle comprender es que una vez que despierte, no podrá volver al mundo, porque ya no será el suyo; su mundo habrá muerto muchos años antes. Tendrá que volver a adaptarse, y para ello necesitará seguir un curso de reorientación. En algunos casos esto implica bastante tiempo, aunque todo depende, hasta cierto punto, de la persona que despierta, y, en la mayoría de los casos, de los cambios culturales. Porque nosotros debemos comunicarle no solamente los cambios ocurridos mientras usted duerma, sino que debemos lograr que acepte dichos cambios. Hasta que se reajuste no sólo a sus datos personales, sino a su cultura también, no podremos dejarla partir. Para que pueda vivir una vida normal en el mundo en el que despierte, deberá aceptarlo como si hubiera nacido en él; en realidad, debe llegar a formar parte de él, y en ocasiones el proceso para lograrlo es lento y doloroso.

—Comprendo todo eso —dijo ella—. Estoy dispuesta a aceptar todas las condiciones que quieran imponerme.

No vaciló ni un instante; Lucinda Silone no había mostrado ni pesar ni nerviosismo. Estaba tan serena y tranquila como cuando había entrado en la oficina.

—Ahora —dijo Blaine—, dígame usted la razón.

—¿La razón?

—La razón por la que quiere tomar un Sueño; tenemos que saberla.

—¿Investigarán eso también?

—Lo haremos; debemos estar seguros. Existen innumerables razones; muchas más de las que usted pensara que puede haber.

Continuó hablando, para darle tiempo de armarse de valor y le comunicara su razón. Era casi general que ese fuera el momento más difícil para el cliente.

—Hay algunos que toman el Sueño porque están enfermos, y en esos momentos su mal es incurable —le dijo—. No hacen un contrato por un Sueño de duración específica, sino solamente hasta el día en que se descubra el remedio. Hay otros que desean esperar el tiempo que falta para el regreso del ser amado, que anda viajando por las estrellas, y prefieren esperar en la Tierra el tiempo subjetivo de los vuelos más rápidos que la velocidad de la luz. Hay algunos más que desean dormir porque han hecho inversiones que están seguros que con el tiempo producirán grandes fortunas, y prefieren un Sueño a esperar. Por lo general, tratamos de hacerlos desistir; llamamos a nuestros economistas, quienes tratan de demostrarles…

Ella lo interrumpió:

—¿Puede el tedio ser razón suficiente? ¿Simple y sencillamente, el tedio?

Blaine escribió tedio en el lugar que correspondía a las razones, y luego apartó el formulario.

—Puede firmarlo después.

—Puedo hacerlo ahora.

—Preferimos que espere un poco.

Blaine jugueteó con el lápiz, tratando de pensar en el asunto, preguntándose por qué esa clienta, Lucinda Silone, lo inquietaba tanto; ella tenía algo que no estaba en regla, y no podía acabar de descubrirlo. Sin embargo, sabía que era capaz de hacerlo, puesto que había aprendido a tratar con toda clase de personas.

—Si lo desea —le dijo—, podemos discutir los Sueños; no siempre lo hacemos, pero…

—Sí, discutámoslos —dijo la mujer.

—Los sueños no son necesarios —le explicó—. Hay clientes que desean un Sueño sin sueños; no quiero que tenga la impresión de que hablo en contra de los Sueños. En ocasiones, me parece que es preferible. No tendrá usted conciencia del tiempo; una hora y un siglo no son más largos que un segundo; usted se duerme, luego, despierta, y le parecerá que no habrá transcurrido el tiempo…

—Yo quiero los Sueños —insistió Lucinda.

—En ese caso, estamos dispuestos a satisfacerla. ¿Ha pensado ya qué tipo preferiría?

—Un sueño agradable y tranquilizador.

—¿Sin emociones ni aventuras?

—Unas cuantas, quizá; si no, sería monótono, pero que sea algo delicado…, si es posible.

—¿Le agradaría entonces que se desarrollara dentro de una sociedad cortés? —sugirió Blaine—. Digamos, una que se preocupe por los buenos modales…

—Y en la que no haya competencias; si puede evitarlo, que no haya prisas por vencer a alguien más.

—Una casa antigua y establecida —continuó Blaine—. Que goce de una buena posición en la comunidad, y que tenga profundas tradiciones familiares; también deberá contar con suficientes ingresos, para no tener preocupaciones materiales.

—Eso parece algo arcaico…

—Es el tipo de Sueño que pidió.

—Es cierto —dijo Lucinda—. ¿En qué estoy pensando? Será encantador; es precisamente la clase de, de… —rió— la clase de cosas que uno sueña.

Blaine rió con ella.

—¿Le agrada? Podemos cambiarlo, y hacerlo algo más moderno.

—No se atreva a hacerlo; eso es justamente lo que quiero.

—Supongo que querrá ser joven; es decir, tener menos de veintinueve años; quizá quiera tener dieciséis, o diecisiete.

Lucinda asintió con la cabeza.

—Y bonita, por supuesto; usted sería hermosa, a despecho de cualquier cosa que hiciera.

Lucinda no contestó.

—Con muchos admiradores —agregó Blaine—; podemos ponerle una buena cantidad de ellos.

La joven asintió.

—¿Quiere tener aventuras sexuales?

—Unas cuantas; pero sin exagerar, por favor.

—Las conservaremos en un nivel digno —le prometió—. No se arrepentirá; le daremos unos Sueños que no la harán avergonzarse; Sueños que le proporcionen recuerdos agradables. Por supuesto, tendrá que haber algunas decepciones y unos cuantos dolores; la felicidad no puede ser continua sin hacerse empalagosa. Hasta en los Sueños debe haber algo que establezca valores comparativos.

—Eso lo dejaré a su discreción.

—Muy bien. Entonces, comenzaremos a trabajar en él. ¿Podría regresar, digamos, dentro de tres días? Para entonces, lo tendremos casi totalmente delineado, y podremos revisarlo con usted; es posible que necesitemos unas seis… llamémosles pruebas, antes de que lleguemos a formular los Sueños tal como los desea usted.

Lucinda Silone se levantó y extendió la mano; su despedida fue amistosa y decidida.

—Iré a la caja a pagar mi cuota —dijo—. Y gracias, ¡muchas gracias!

—No es necesario que pague desde ahora.

—Me sentiré mejor si lo hago.

Norman Blaine la observó mientras se alejaba, y luego, se sentó nuevamente. El timbre de intercomunicaciones sonó.

—Diga, Irma.

—Harriet llamó; pero como estaba ocupado con una clienta, dejó un recado —dijo la secretaria.

—¿Qué quería?

—Sólo quería avisarle que no puede cenar con usted esta noche; dijo algo sobre una misión relacionada con un gran personaje de Centauro.

—Irma, permítame darle un consejo: no se enamore nunca de nadie que pertenezca a Comunicaciones; no se puede confiar en ellos —dijo Blaine.

—Señor Blaine, usted siempre olvida que me casé con un señor de Transportes.

—Es verdad; siempre lo olvido —concedió Blaine.

—George y Herb están aquí esperando; se han pasado la mañana dándose golpecitos en la espalda y rodando por el suelo; quítemelos de encima, antes de que me vuelvan loca.

—Hágalos pasar —ordenó Blaine.

—¿Cree usted que están bien?

—¿Quiénes? ¿George y Herb?

—¿Quién más podría ser?

—Por supuesto que están bien; sólo tienen una forma peculiar de trabajar.

—Me alivia oírle decir eso —comentó ella—. Ahora se los envío.

Blaine se acomodó para verlos entrar, y cuando éstos lo hicieron, se acercaron y se sentaron en sendas sillas.

George le presentó una carpeta.

—Son los Sueños de Jenkins; ya los hemos terminado.

—Es un tipo que quiere dedicarse a la caza mayor —dijo Herb —. Le hemos preparado algunos buenos incidentes.

—Lo hemos hecho todo auténtico —declaró George, con orgullo —, no olvidamos ningún detalle: lo pusimos en una selva que llenamos de insectos, lodo y calor; todo está plagado de espantosas pesadillas, y detrás de cada arbusto habrá algo o alguien sediento de su sangre.

—No es ninguna caza; es más bien una batalla con carreras: cuando no está asustado, está sobresaltado. ¡Que me cuelguen si llego a comprender a un tipo así!

—Hay de todo en el mundo —dijo Blaine.

—¡Claro! ¡Y nosotros nos quedamos con ellos!

—Algún día se van a propasar ustedes y los expulsarán a Acondicionamiento —les dijo, secamente.

—No pueden hacerlo —dijo Herb—. Se necesita tener el título de médico para poder ingresar a Acondicionamiento, y ni George m yo sabríamos cómo vendar un dedo.

George se encogió de hombros.

—No tenemos por qué preocupamos; Myrt se encarga de eso. Cuando nos pasamos del límite, ella pone todo en su sitio.

Blaine colocó la carpeta en el escritorio.

—Trabajaré en ellos antes de irme a casa esta noche —levantó su cuadernillo de notas y siguió—: Aquí tengo algo diferente, pero tendrán que controlar sus instintos creadores y mejorar su comportamiento, antes de que se los entregue.

—¿Es de la que acaba de salir?

Blaine asintió.

—Yo podría tramar un buen sueño para ella —dijo Herb.

—Ella desea paz y dignidad —les informó Blaine—. Una sociedad amable; una especie de versión moderna de los días en una antigua plantación de mitad del siglo XIX; sin brusquedad; todo magnolias y columnas blancas, con caballos en las llanuras.

—Y licor —dijo Herb—, océanos de licor: borbón, hojas de menta y…

—No; cocteles —corrigió Blaine—, y no demasiados, tampoco.

—Pollo frito, sandías, claros de luna y barcos navegando por los

ríos; déjeme encargarme de ello —dijo George, interviniendo en la conversación.

—No tan aprisa; aún no captan su punto de vista. Cálmense un poco y vayan despacio. Imaginen una música lenta: una especie de vals eterno.

—Podemos incluir una guerra —dijo Herb—; en esos días peleaban con toda cortesía, con sables y vistosos uniformes.

Ella no quiere una guerra.

—Pero debe tener alguna acción.

—Ninguna acción, o muy poca, sin competencias, sin preocupaciones; que todo sea amable.

—Y nosotros aquí, salpicados con lodo de la selva —se quejó George.

El aparato de intercomunicación volvió a sonar.

—El a. de n. desea verlo —dijo Irma.

—Muy bien, dígale…

—Quiere verlo inmediatamente.

—¡Ah! ¡Cuidado! —dijo George.

—Siempre me fue usted simpático, Norman —dijo Herb.

—De acuerdo —dijo Blaine—. Dígale que subo ahora mismo.

—Después de todos estos años —dijo Herb, tristemente— de cortar cuellos y dar puñaladas en la espalda para triunfar, llegar a esto…

George hizo un trazo con el índice como si se cortara el cuello, a la vez que hacía un siseo como el de una hoja que diera un tajo en la carne.

¡Eran tan graciosos…!

2

LEW GIESEY era el agente de negocios del gremio de Sueños. Durante muchos años lo había dirigido con mano de hierro y una sonrisa acogedora; era leal y exigía lealtad, su disciplina era dura y decidida y no se hacía esperar, como tampoco lo hacía cuando era necesario hacer un elogio.

Trabajaba en una adornada oficina en la que conservaba un maltratado escritorio al que se aferraba tercamente, por más que querían ofrecerle uno nuevo; el escritorio debía de ser para él un símbolo, o un recuerdo, de la amarga lucha que había tenido que sostener para llegar a ese puesto. Lo tenía desde sus primeros días ahí, y lo había seguido de oficina en oficina en su lucha por ascender en la organización, hasta llegar a la cima. El escritorio estaba marcado y maltratado; todo lo contrario de él; era como si en el curso de todos esos años, el escritorio hubiera intervenido para recibir los golpes, en vez del hombre que se sentaba tras el mueble.

Pero un golpe había sido lanzado que no pudo recibir, porque Lew Giesey estaba sentado en su silla, detrás del escritorio…, pero muerto. Su cabeza había caído hacia adelante, sobre el pecho, mientras que los brazos descansaban todavía en los de la silla y las manos asían la madera.

La oficina estaba sumida en una quietud completa y parecía que el hombre también lo estaba. Reinaba un silencio como si después de años de luchas y planes se lograra por fin una tregua. Descansaba con actitud de urgencia; se diría que sabía que la tregua no podía durar mucho. Dentro de un momento, otro hombre iría a ocupar el sitio tras el escritorio, quizá uno diferente, porque ningún hombre querría el maltratado escritorio de Giesey; y entonces

volverían a comenzar la lucha y el alboroto.

Norman Blaine se detuvo cuando llegó a la mitad de la distancia entre la puerta y el escritorio; la quietud del cuarto y la cabeza sobre el pecho le indicaron al instante lo que había sucedido.

Se detuvo y escuchó el suave tictac del reloj en la pared; un sonido que por lo general se perdía entre los demás. Oyó también el débil martilleo de una máquina de escribir desde el otro lado del corredor, y el lejano rodar de los neumáticos que pasaban veloces por la carretera cerca del Centro.

Pensó: «La muerte, la paz y el silencio; los tres juntos, como compañeros que van de la mano». Luego, su mente pareció encogerse y convertirse en un apretado resorte de horror.

Blaine dio un paso hacia adelante con lentitud; luego, otro, y otro más, cruzando la alfombra que apagaba sus pasos. No acababa de comprender perfectamente lo que ahí había sucedido; unos momentos antes el agente de negocios le había pedido que fuera a hablar con él; y era él quien lo había encontrado muerto.

Su presencia en la oficina podía despertar sospechas…

Llegó hasta el escritorio y vio el teléfono en una de sus esquinas; levantó el receptor, y cuando oyó la voz de la telefonista, pidió:

—Protección, por favor.

Oyó el ruido producido cuando se lograba una conexión.

—Protección.

—Con Farris, por favor.

Entonces, Blaine comenzó a temblar. Los músculos de su antebrazo parecían saltar, y los de su rostro se agitaban bruscamente; sintió que de pronto no alcanzaba a respirar bien y que su pecho se comprimía. Algo se le atoraba en la garganta, y la boca se le tomó de pronto seca y pegajosa; apretó los dientes y obligó a los músculos excitados a permanecer inmóviles.

—Habla Farris.

—Aquí, Blaine, en Fabricaciones.

—¡Ah, sí!; Blaine. ¿En qué puedo servirle?

—Giesey me llamó para que viniera a verlo, y cuando llegué aquí, lo encontré muerto.

Hubo una pausa; una pausa no muy larga, y luego:

—¿Está seguro de que está muerto?

—No lo he tocado; está sentado en su silla, pero estoy seguro de

que está muerto.

—¿Lo sabe alguien más?

—Nadie; Darrel está fuera, en la sala de recepción, pero…

—¿No gritó diciendo que estaba muerto?

—No; no grité. Me limité a levantar el auricular y a llamarlo a usted.

—¡Muy bien hecho! ¡Eso se llama usar la cabeza! Espéreme ahí y no deje entrar a nadie, ni toque nada; vamos en seguida.

El ruido de la conexión volvió a oírse y Norman Blaine volvió el receptor a su lugar.

Norman pensó que el lugar seguía silencioso, como si tratara de evitar lo más posible la llegada de los minutos próximos que arrebatarían su tranquilidad, la furia volvería a apoderarse de todo en unos instantes; Paul Farris y sus hombres aparecerían de un momento a otro.

Blaine se quedó en pie cerca de la esquina del escritorio, esperando, sin saber que hacer; y ahora que tenía tiempo para pensar, ahora que el choque de la sorpresa comenzaba a desaparecer y que su mente parecía comenzar a aceptar lo sucedido, nuevas ideas lo asaltaban, molestándolo.

Había encontrado a Giesey muerto; pero ¿creerían que lo había encontrado así? ¿Le preguntarían cómo podía probar que había encontrado muerto a Lew Giesey?

«¿Para qué habría querido verlo?», preguntarían. «¿Con qué frecuencia lo había llamado antes Giesey? ¿Tiene alguna idea de por qué lo había llamado en esta ocasión? ¿Para felicitarlo? ¿Para reprenderlo? ¿Para hacerle una advertencia? ¿Para discutir nuevas técnicas? ¿Tendría acaso problemas en su departamento? ¿Alguna falla en su trabajo? ¿Cómo era su vida privada? ¿Alguna indiscreción que hubiera cometido?».

Y sudó al pensar en esas preguntas.

Sabía que Farris era concienzudo en su trabajo; tenía que ser minucioso y estricto, además de duro, para poder dirigir el gremio de Protección. El odio de los demás lo acompañaba desde un principio, y el temor le era necesario para contrarrestar ese odio.

—Protección era un departamento necesario; su gremio era una complicada organización de gran eficiencia, que debía ser mantenida a raya; debía hacer desaparecer las intrigas y las

desviaciones o intrigas misteriosas con otros gremios. No era posible permitir una falla de lealtad en ninguno de sus miembros y, para lograr todo esto, era necesaria una mano de hierro.

Blaine iba a apoyarse en el escritorio, cuando recordó lo que Farris le había dicho acerca de no tocar nada.

Volvió a enderezarse y dejó caer la mano a un costado en una posición que resultaba forzada y poco natural, se la metió en uno de los bolsillos, y luego se colocó ambas manos a la espalda sujetándose una con la otra, y balanceándose de un lado a otro. La impresión persistía.

Sintió que todos sus nervios vibraban. Dio media vuelta y miró a Giesey, preguntándose si la cabeza reposaba todavía sobre el pecho y si las manos seguirían asiendo los brazos de la silla. Blaine urdió una historia ficticia en la que Lew Giesey no estaba muerto, sino que levantaba la cabeza y lo miraba; y si fuera así, Blaine se preguntó cómo iba a explicar su comportamiento.

No debió preguntárselo. Giesey estaba bien muerto.

Y ahora, por primera vez, Norman Blaine comenzó a ver al hombre relacionándolo con la habitación, no como un solo punto de interés, sino como un hombre sentado en una silla que descansaba sobre la alfombra que cubría el piso.

La pluma destapada de Giesey estaba colocada frente a él, en el mismo sitio en que se había detenido al rodar sobre unos papeles; los anteojos estaban al lado de la pluma; hacia un lado estaba un vaso con un poco de agua, cerca del cual estaba el tapón de una garrafa, de la que se había servido un poco Giesey.

Y en el piso, al lado de los pies de Lew Giesey, estaba una hoja de papel.

Blaine se quedó inmóvil observando el papel, preguntándose qué podría ser; era una especie de formulario en el que podía verse una escritura; rodeó el escritorio para verlo mejor, acosado por una curiosidad lógica.

Se inclinó para leerlo, y un nombre pareció saltar a sus ojos: ¡Norman Blaine!

Se agachó rápidamente y lo recogió. Era un formulario de nombramientos con fecha del día anterior, y en el que se designaba a Norman Blaine Administrador de Archivos del Departamento de Sueños, nombramiento que sería efectivo a partir de la medianoche

ese día; el documento estaba debidamente sellado y firmado, como si ya estuviera registrado.

«El puesto de John Roemer», pensó Blaine; el puesto sobre el que tanto se había murmurado durante varias semanas en todo el Centro.

Por un breve instante tuvo una gran sensación de triunfo. Lo habían seleccionado. ¡Él era el hombre ideal para el trabajo! Pero al mismo tiempo comprendió que no se trataba sólo del trabajo, sino que ahí encontraba las respuestas a las preguntas que sabía que iban a dirigirle.

¿Por qué lo llamó? Le preguntarían; ahora podía contestarles, con ese papel en la bolsa podía responder a todo.

Pero no le quedaba mucho tiempo.

Colocó el papel sobre el escritorio y lo dobló en un tercio, esforzándose en hacerlo de una manera exacta y cuidadosa; luego, tan minuciosamente como antes, dobló el papel a un tercio más y lo metió en el bolsillo; después, se dio media vuelta mirando hacia la puerta, y esperó.

Poco después, Paul Farris, seguido de media docena de sus hombres entraron violentamente.

3

FARRIS era un trabajador experimentado y un policía excelente; tenía la ventaja de parecer un maestro universitario. No era muy alto, llevaba el cabello untado al cráneo y sus ojos parecían débiles e indecisos tras los anteojos.

Se acomodó tranquilamente en la silla que estaba tras su escritorio y juntó las manos sobre el vientre.

—Tendré que hacerle algunas preguntas —le dijo a Blaine—. Naturalmente, es sólo una formalidad para los archivos; la muerte es obviamente un caso de suicidio con veneno; no sabremos cuál, hasta que el médico forense haga las pruebas pertinentes.

—¡Ah! —dijo Blaine.

Y pensó: «Ya lo creo que comprendo; sé perfectamente cómo trabaja usted, trata de dormir a un hombre y luego le da un golpe bajo».

—Usted y yo hemos trabajado juntos durante mucho tiempo —dijo Farris—. No juntos precisamente, pero bajo el mismo techo, y con un mismo propósito. Nos hemos llevado bien, y sé que seguiremos haciéndolo.

—Por supuesto —dijo Blaine.

—Háblame de la hoja de nombramiento que dice que recibió por el correo interno —demandó Farris.

Blaine asintió.

—La encontré en el cesto de mi correspondencia esta mañana, pero no tuve tiempo de revisarla hasta que era algo tarde.

Lo cual era simplemente la verdad; no había podido examinar el contenido de su cesto hasta cerca de las diez: y otra cosa: no llevaban registros de la correspondencia interna.

Además, los empleados de Conservación habían hecho su

recorrido acostumbrado vaciando las canastas de basura a las 11:30 exactamente, y ahora era la una menos cuarto. Cualquier cosa que pudiera haber habido en el cesto, estaba quemada desde hacía tiempo.

—¿Quiere decir que simplemente se metió la hoja en el bolsillo y se olvidó de ella?

—No me olvidé de ella; tuve que atender a un cliente a esa hora. Luego, cuando esa persona se fue, tuve que ver a dos empleados de Fabricación. Estaba revisando un trabajo con ellos, cuando Giesey llamó y me pidió que subiera a verlo.

Farris asintió.

—¿Cree usted que quería conversar sobre su nuevo puesto?

—Eso pensé yo.

—¿Lo había comentado antes con usted? ¿Sabía que era posible que lo obtuviera?

Norman Blaine sacudió la cabeza.

—No; fue una verdadera sorpresa.

—Agradable, ¿verdad?

—Naturalmente; es un trabajo excelente, y el sueldo es mayor. Todos tenemos deseos de ascender.

Farris pareció estar meditando.

—¿No le pareció extraño recibir un nombramiento, especialmente a un puesto tan alto, en un sobre común de correspondencia interna?

—Claro está; cuando lo recibí, me pregunté por qué sería.

—Pero aun así, ¿nada hizo sobre el particular?

—Ya se lo dije —explicó Blaine—; estaba ocupado. ¿Qué sugiere usted que debí hacer?

—Nada —le dijo Farris.

—Eso es lo que pensé —dijo Blaine, a la vez que pensaba: «Tratará de sacar algo de esto, si puede».

Sintió una breve sensación de alborozo, que contuvo al instante; sabía que era demasiado pronto para sentirse triunfador.

Por el momento, no había nada que Farris pudiera hacer; nada en absoluto. El nombramiento estaba en orden, debidamente firmado y formalizado. A partir de esa medianoche, él, Norman Blaine, sería administrador de Archivos, en substitución de Roemer. Lo único que estaba fuera de lugar era la forma en que había

recibido el nombramiento, pero no había forma posible de que Farris pudiera probar que no lo había recibido de esa manera.

Se preguntó rápidamente qué habría sucedido si Giesey no hubiera muerto. ¿Habría logrado hacer el nombramiento, o podría alguien haberlo detenido en algún punto del procedimiento normal? ¿Habría podido ser obligado a dar el nombramiento a otra persona?

Escuchó lo que Farris decía:

—Yo sabía que iba a hacerse un cambio; Roemer se estaba poniendo…, digamos…, algo difícil. Ya me lo habían dicho, y lo comenté con Giesey tal y como lo habían hecho varias otras personas; hablamos sobre ello y él lo mencionó a usted entre otros más, como personas en quienes podía confiar, pero eso fue todo.

—¿No sabía que se había decidido?

Farris sacudió la cabeza.

—No, pero me alegro de que lo haya escogido a usted, porque es la clase de hombre con quien me gusta cooperar; nos llevaremos bien. Creo que es conveniente que lo discutamos en alguna ocasión.

—Cuando usted guste —contestó Blaine.

—Si tiene tiempo, ¿qué le parece si va a verme esta noche? A cualquier hora; estaré en casa toda la noche. ¿Sabe en dónde vivo?

Blaine asintió, y se puso en pie.

—No se preocupe por este asunto —le dijo Farris—. Lew Giesey era un buen hombre, pero también hay otros hombres como él; todos lo apreciábamos. Sé que debió ser un choque tremendo encontrarlo así —pareció dudar un instante y luego añadió—: Y no tema que haya algún cambio en su nombramiento; yo hablaré con la persona que reemplace a Giesey.

—¿Tiene alguna idea de quién será?

Los párpados de Farris se agitaron una sola vez, luego sus ojos se hicieron duros y firmes nuevamente.

—No; en absoluto —dijo, bruscamente—. El consejo ejecutivo hará el nombramiento, yo no tengo la menor idea de a quién designarán.

«¿Esperará que le crea?», pensó Blaine.

—¿Está seguro de que fue un suicidio?

—Claro está —dijo Farris—. Giesey tenía un mal cardiaco, y estaba sumamente preocupado.

Se puso en pie y recogió su gorra, se la puso, y comentó:

—Me son simpáticos los hombres que saben pensar rápidamente en cualquier circunstancia; siguiendo así. Blaine, nos llevaremos muy bien.

—Estoy seguro de que será así.

—No se olvide de la cita de esta noche.

—Iré a verlo —le dijo Blaine.

4

EL inspector había abordado a Norman cuando éste estacionaba su auto esa mañana, en el instante mismo en que abandonaba el campo de estacionamiento. Blaine no podía imaginar cómo el hombre había podido introducirse, pero ahí estaba, esperando una víctima.

—Un momento, señor —le dijo.

Blaine dio media vuelta hacia él; el hombre dio un paso rápido hacia delante, extendió ambas manos y asió firmemente a Blaine por las solapas; Blaine se echó hacia atrás, pero los dedos del hombre estaban bien aferrados a él y lo detuvieron.

—¡Suélteme! —dijo Blaine, pero el hombre le contestó:

—No lo haré, hasta que pueda hablar con usted. Sé que trabaja en el Centro, y es precisamente con usted con quien quiero hablar, porque si puedo hacer que usted me comprenda, entonces sabré que aún hay esperanzas.

Al hablar, el hombre emitía un fino rocío de saliva que le brotaba de entre los labios.

—Esperanzas de que podamos hacer comprender a la gente la maldad de los Sueños, porque son nocivos, señor; minan la moral de las personas. Representan una vía rápida de escape a los problemas y dificultades que sólo sirven para desarrollar el carácter. Con los Sueños, no es necesario que un hombre se enfrente a sus problemas, puesto que puede huir de ellos y buscar el olvido en esos Sueños. Vuelvo a repetirle, señor: son la maldición de nuestra cultura.

Aun ahora que lo recordaba, Norman Blaine sintió un escalofrío, por la ira que había provocado en él.

—¡Suélteme! —Había vuelto a decir.

Algo debió de haber percibido en su tono que le sirvió de

advertencia, porque el hombre lo había dejado libre, y se había retirado mientras Blaine se limpiaba el rostro con la manga de su chaqueta y observaba cómo se alejaba hasta que finalmente desapareció en la esquina de la calle.

Esa había sido la primera vez que un inspector lo había sujetado, aunque con frecuencia había oído hablar de ellos y se había limitado a reír.

Ahora, recordando el episodio, se sorprendió del terrible efecto del encuentro con el hombre; del horror que experimentó cuando, finalmente, había recibido la evidencia física de que había personas en el mundo que dudaban de la sinceridad y propósito de los Sueños.

Sacudió la cabeza, como para librarse de sus pensamientos; había cosas más importantes en qué ocuparse. La muerte de Giesey, el papel que había encontrado en el piso de su oficina, la extraña conducta de Farris… «Es casi como si existiera una conspiración entre nosotros dos», pensó; «como si él y yo estuviéramos envueltos en alguna trama gigantesca que apenas comenzara a dar frutos».

Se quedó tranquilamente sentado ante su escritorio y trató de resolver esas incógnitas.

Después de pensarlo, decidió que si hubiera tenido más tiempo para considerarlo, no habría levantado el papel del suelo, y que, al darse cuenta de lo que se trataba, no se lo habría guardado en el bolsillo, sino que lo habría dejado donde estaba. Pero ese era el caso; no había tenido tiempo suficiente para pensarlo. Farris y sus hombres ya estaban en camino, y Blaine se había visto solo y desamparado en esa oficina, con un hombre muerto y sin ninguna explicación satisfactoria para ninguna de las preguntas que sabía le iban a hacer.

El papel le había dado de pronto la razón de su presencia en la oficina y la contestación a las preguntas, y además, había silenciado muchas otras que le habrían hecho si no hubiera podido contestar a las primeras.

Farris había dicho que se trataba de un suicidio.

Blaine se preguntó si lo habrían calificado de suicidio si no hubiera tenido el papel en el bolsillo; si hubiera permanecido sin defensa. ¿Se habrían valido de su comprometida posición para explicar la muerte de Giesey?

Farris le dijo que le agradaban los hombres que pensaban rápidamente en cualquier circunstancia, y no lo dudaba, porque Farris mismo era uno de esos hombres que podían improvisar y decidir sus acciones según cada situación que se presentara.

Además, no era un hombre en quien se pudiera confiar.

Blaine se preguntó también si su nombramiento se habría hecho efectivo si no lo hubiera levantado del suelo. Ciertamente, no era el tipo de hombre que Farris habría seleccionado para ocupar el puesto de Roemer. ¿Qué habría hecho Farris si hubiera encontrado el papel sobre la alfombra? ¿Habría destruido el documento y falsificado otro, nombrando en su lugar a alguien más de su gusto para ese puesto?

Y otra pregunta más: ¿Qué importancia tenía el trabajo? ¿Por qué importaba o parecía importar tanto quién era nombrado para ocupar el puesto? Por supuesto, nadie había dicho que fuera importante, pero Farris había estado muy interesado, y Paul Farris no se interesaba por cosas de poca monta.

¿Estaría el nombramiento ligado en alguna forma a la muerte de Giesey? Blaine sacudió la cabeza; era imposible contestar a esa pregunta.

Lo importante era que tenía el nombramiento; que la muerte de Giesey no había impedido su recepción, y que, por lo pronto, cuando menos, Farris estaba dispuesto a observar el curso de los acontecimientos.

Pero no podía cometer el error de dejarse engañar por esa actitud de Farris, se advirtió a sí mismo; en su carácter de administrador del gremio, Farris era un oficial de policía que contaba con un grupo de hombres leales que empleaban una gran discreción al ejecutar sus funciones; eran dados a las intrigas, y carecían de escrúpulos en su tarea de labrar un nicho lo suficientemente grande para dar cupo a sus desmedidas ambiciones.

Lo más probable era que la muerte de Giesey favoreciera sus planes; no era inconcebible que Farris estuviera mezclado en alguna forma lejana y oculta, en esa muerte, si no era que en realidad era el autor intelectual del crimen.

Suicidio, había dicho; suicidio con veneno: era un hombre preocupado por su enfermedad cardiaca. Palabras fáciles de decir. «Ten mucho cuidado», se aconsejó Blaine, «sé circunspecto, no

tomes medidas bruscas, y prepárate a esconderte…; sí, sobre todo esto último; prepárate a esconderte».

Siguió sentado, inmóvil, dejando que toda la corriente de ideas saliera de su mente. «Es inútil tratar de pensar en ello», se dijo; «es perfectamente inútil tratar de hacerlo ahora». Más tarde, cuando tuviera más base para continuar, si llegaba a tenerla, entonces sería el tiempo de pensarlo.

Dio un vistazo al reloj y vio que eran las tres menos quince; demasiado temprano para irse a casa.

Además, tenía trabajo que hacer; al día siguiente se cambiaría de oficina, pero ahora tenía todavía trabajo que realizar.

Cogió la carpeta del caso Jenkins y la observó: «una gran caza», habían dicho los bufonescos fabricantes; «hemos cuidado los más pequeños detalles», afirmaron. «No le faltará nada».

Abrió la carpeta y comenzó a revisar las primeras páginas, no sin sentir un vago estremecimiento.

«¡Vaya gustos de hombre!», pensó.

Recordó a Jenkins: un hombre corpulento y rudo que había impresionado a toda la oficina con el rugido de su voz.

«Bueno, es posible que lo resista», pensó Blaine; «de todas formas, eso es lo que pidió».

Puso la carpeta debajo de su brazo y salió a la sala de recepción.

—Acabamos de saberlo —le dijo Irma.

—¿La muerte de Giesey?

—No; eso lo supimos hace rato. Todos lo sentimos mucho; creo que todos aquí lo apreciábamos. Pero a lo que me refiero es a su nombramiento. Todo el mundo lo sabe ya. ¿Por qué nos lo ocultó desde un principio? Todos pensamos que es bien merecido.

—Muchas gracias, Irma.

—Pero vamos a extrañarlo.

—Muy amable de su parte.

—¿Por qué lo tuvo tan en secreto? Nos lo hubiera dicho…

—No lo supe hasta esta mañana; estaba muy ocupado, y luego llamó Giesey.

—Vino una multitud de investigadores que anduvieron revisando todos los cestos de basura; creo que registraron hasta su escritorio. ¿Qué sucedió?

—Simple curiosidad.

Blaine salió al corredor, sintiendo a cada paso el escalofrío del temor que ascendía por su espina dorsal.

Lo había sabido desde un principio, desde que Farris había dicho aquello de que le agradaban los hombres que pensaban así, pero esto le daba la certeza plena, ahora no podía dudarlo, de que Farris sabía que había mentido.

Aunque quizá, después de todo, eso tuviera algún mérito. Su mentira y su fanfarronada lo habían colocado, por lo pronto, en el mismo nivel que Farris. Lo hizo parecer el tipo de hombre que el policía podía comprender; la clase de hombre con quien podía hacer negocios.

Pero ¿podría sostener esos alardes? ¿Tendría la suficiente resistencia?

«Ten calma, Blaine», dijo para sí; «no tomes medidas bruscas, prepárate a esconderte; pero debes hacerlo sin que se den cuenta. Sé inescrutable; pon la misma expresión que adoptas cuando estás con un cliente».

Siguió caminando y finalmente, los escalofríos lo abandonaron.

Cuando descendió las escaleras que llevaban a la habitación de Myrt, se sintió poseído, como siempre, de esa antigua magia.

Ahí estaba Myrt, la gran maquinaria de los Sueños; lo último en la fabricación de los detalles imaginativos producidos por las fantasías más extravagantes del hombre.

Se quedó inmóvil, en medio del silencio que reinaba, y sintió la majestad y la paz rayanas en ternura que siempre experimentaba, como si Myrt fuera una especie de diosa protectora a quien se pudiera acudir para obtener comprensión y refugio seguro.

Apretó firmemente la carpeta que llevaba bajo el brazo y caminó suavemente por el piso atravesando la habitación, temeroso de romper la quietud del lugar con alguna pisada dura o torpe.

Subió las escaleras que llevaban al gran teclado y se sentó en la silla movible que podía impulsarse al menor toque, a cualquiera de las partes de los tableros de claves, abrió la carpeta y la sujetó en el dispositivo creado para ese propósito. Con la mano en la palanca de interrogación, la empujó y un indicador comenzó a encenderse intermitentemente con una luz verde. La máquina estaba desocupada, y podía registrar los datos.

Perforó la identificación y luego se sentó en silencio, como solía

hacerlo en aquel sitio.

Blaine sabía que iba a extrañar eso cuando estuviera en su nuevo trabajo. Allí se sentía como un sacerdote; una especie de lazo de comunicación con una fuerza que reverenciaba, pero que no podía comprender; al menos, no del todo. Era un mecanismo demasiado vasto y complejo para poder ser fijado dentro de una mente.

Era un computador con algo de magia y completamente desprovisto de la rígida lógica de los demás computadores comunes y corrientes. Trabajaba más con la fantasía que con la realidad; era una maquinaria de planeamiento gigantesca, que tejía, valiéndose de símbolos y ecuaciones, las extrañas historias de muchas vidas. Recibía claves y ecuaciones y producía sueños.

Blaine comenzó a perforar, anotando los datos que tenía en las hojas de la carpeta, mientras se trasladaba hábilmente a lo largo de los tableros de claves, sentado en la silla movible. Los tableros comenzaron a brillar con el centelleo de multitud de lucecillas, y la máquina de los sueños comenzó a producir los primeros débiles sonidos de las transmisiones espaciadas: el zumbido de la energía que ponía en movimiento los mecanismos, el chasquido de los controladores de conteo, el leve y lejano traqueteo de los archivos de memorias que estaban siendo consultados, y el ronroneo de los canales de secuencias narrativas que comenzaban a funcionar.

Continuó trabajando en un mundo tenso y concentrado, acomodando y estableciendo las coordenadas de una página a otra. El tiempo pareció llegar a su fin y no había más mundo que los tableros, con sus miríadas de teclas, conexiones y botones, y sus innumerables luces centelleantes.

Por fin, el trabajo estuvo hecho, y la última hoja de papel cayó al suelo. El tiempo volvió a la normalidad, y la habitación cobró vida nuevamente. Norman Blaine se sentó, inmóvil, con la camisa empapada en sudor. El cabello le caía humedecido sobre la frente y descansó las manos sobre las piernas.

La maquinaria funcionaba ya de una manera estruendosa; había miles de luces que parpadeaban, algunas constantemente y otras en secuencias pequeñas y brillantes, como si fueran rayos perezosos. El sonido de la fuerza inundaba la habitación, haciéndola parecer explotar y, sin embargo, bajo el zumbido de tal potencia se podían percibir los golpes, chasquidos y sacudidas de los mecanismos en

acción.

Blaine se levantó, cansado, de la silla, y recogió las hojas caídas, juntándolas sin prestar mayor atención a la numeración. Las metió nuevamente en la carpeta.

Se dirigió al extremo opuesto de la máquina y observó unos instantes un compartimiento protegido con cristal, en el que una cinta se enrollaba en un carrete. Miró la cinta que giraba con la misma actitud de arrobamiento con que siempre lo hacía, pensando que en esa cinta estaba impresa la imagen de una vida en sueños que podía durar un siglo, o mil años… Unos sueños construidos con tal habilidad narrativa, que nunca cansarían, sino que serían frescos y reales hasta el fin.

Dio media vuelta y se dirigió hacia las escaleras. Ascendió hasta la mitad, y luego volvió a ver hacia atrás.

Sabía que ese había sido su último sueño; el último trabajo para el que haría las perforaciones; al día siguiente empezaría un nuevo trabajo. Levantó un brazo, a guisa de saludo.

—Hasta luego, Myrt —dijo.

Y Myrt siguió produciendo su peculiar estruendo.

5

IRMA ya se había ido y la oficina estaba vacía, pero encontró una carta dirigida a Blaine, que estaba apoyada contra el cenicero de su escritorio. El sobre parecía abultado y un tanto desfigurado; al levantarlo, produjo un tintineo.

Norman Blaine lo rasgó, y un anillo repleto de llaves cayó y chocó contra el escritorio; luego, un papel apareció a medias.

Apartó las llaves, tomó el papel y lo extendió. No llevaba ningún saludo; la nota empezaba, bruscamente:

Vine a traerle las llaves, pero estaba usted fuera y su secretaria no sabía cuándo regresaría. No creí necesario esperarlo, pero si desea verme más tarde, estoy a su disposición. Roemer.

Dejó caer la nota sobre el escritorio, y luego, recogió las llaves. Jugueteó con ellas tirándolas al aire, y volvió a cogerlas, mientras escuchaba su tintineo.

Pensó qué ocupación correspondería a Roemer. ¿Habían provisto ya una plaza para él?, o, ¿no había alcanzado Giesey a designarlo para una nueva posición?, o, ¿habría pensado en dejar al hombre fuera por completo? Esto no le pareció probable, porque el gremio cuidaba de sus asociados y no expulsaba a sus miembros, salvo por faltas graves.

Y, pensándolo bien, ¿quién iba a asumir la dirección de Fabricación? ¿Había muerto Giesey, antes de poder designar a alguien? George y Herb estaban en posición de hacerlo, pero ninguno había dicho nada al respecto, y Blaine estaba seguro de que algo habrían dicho si se les hubiera notificado.

Levantó la nota nuevamente y la releyó; no era en absoluto comprometedora, y era totalmente inexpresiva; nada podía sacarse de ella en claro.

Se preguntó cómo se sentiría Roemer al ser reemplazado de esa manera tan brusca, pero no podía saberlo, y la nota no proporcionaba ninguna clave. Pero ¿por qué había sido reemplazado? Habían corrido numerosos rumores sobre algo que sacudiría al Centro, pero en ninguno de ellos se daba la razón de tal acontecimiento.

Le pareció algo extraño que dejara las llaves así; era como si el cambio de autoridad estuviera simbolizado en el hecho de dejar las llaves. Le parecía que Roemer había arrojado las llaves a su escritorio mientras decía, por ejemplo:

—Ahí las tiene, amigo; ahora le pertenecen.

Y después se había marchado, sin decir nada más.

Quizá había estado resentido; un poco dolorido.

Pero Roemer había ido en persona. ¿Por qué? Blaine sabía que, en circunstancias normales, Roemer habría permanecido en el trabajo hasta enseñar a su reemplazante, y luego, habría pasado a Archivos, pero Roemer se quedaría hasta que quien le sucediera conociera todos los recovecos del trabajo.

Aquellas no eran circunstancias ordinarias, después de todo; parecían resultar algo extraordinario.

Todo era un perfecto caos, se dijo Norman Blaine; si todo hubiera sucedido según los métodos comunes, habría sido una operación normal y correcta; los cambios se habrían registrado sin rupturas; pero el nombramiento no había seguido el método habitual, y de no haber sido Blaine mismo quien encontrara la forma sobre la alfombra de Giesey, quizá nunca hubiera salido a luz.

Pero, después de todo, el trabajo era suyo; había arriesgado el cuello para lograrlo, y lo había obtenido; no era algo que hubiese buscado, pero ahora que era suyo, lo conservaría. Era un peldaño más en el escalafón; era un ascenso, el sueldo era mejor y el prestigio más grande; además, lo acercaba más a la cima; en efecto, ya era el tercero en la jerarquía, puesto que la cadena empezaba con el agente de negocios; luego, seguía a Protección, y por último a Archivos.

Se lo diría a Harriet esa misma noche… Pero no; volvía a olvidarlo; no vería a Harriet esa noche.

Colocó las llaves en uno de sus bolsillos y recogió la nota

también. Volvió a leer: Si desea verme más tarde, estoy a su disposición.

«¿Será simple protocolo?», se preguntó, o, «¿habría algo que debería saber? ¿Algo que necesitaban comunicarle? ¿Podría ser que Roemer hubiera ido a decirle algo y después se hubiera acobardado?». Blaine arrugó la nota y la arrojó al suelo. Quería irse, alejarse del Centro, a un lugar en donde pudiera pensar y planear lo que debía hacer. Sabía que debía limpiar su escritorio, pero ya era muy tarde; hacía mucho que había sonado la hora de salida, y, además, tenía una cita con Harriet… No, ¡maldición!, siempre olvidaba que Harriet había llamado para cancelar la cita.

Al día siguiente tendría tiempo de limpiarlo. Tomó su sombrero y abrigo y se dirigió al estacionamiento.

Un guardia armado había ocupado el puesto del velador a la entrada del campo. Blaine le mostró su identificación.

—Muy bien, señor —dijo el guardia—. Pero tenga mucho cuidado; uno de los clientes dormidos se escapó.

—¿Se escapó?

—Sí; apenas despertó hace una o dos semanas.

—No podrá ir lejos —dijo Blaine—. Las cosas cambian, y él mismo se delatará. ¿Cuántos años estuvo dormido?

—Creo que quinientos años.

—Todo es diferente después de tanto tiempo. No podrá escapar.

El guardia sacudió la cabeza.

—Me da lástima; debe ser terrible despertar de esa manera.

—Ya lo creo que lo es; nosotros tratamos de decírselo, y hacerlos comprender. Pero nunca escuchan.

—¡Ah, perdone! —dijo el guardia—. ¿Fue usted quien encontró a Giesey?

Blaine asintió.

—¿Fue en verdad como lo cuentan? ¿Estaba muerto cuando usted lo encontró?

—Efectivamente.

—¿Fue asesinado?

—No lo sé.

—Es increíble; llegar a la cima, y luego…, terminar así.

—Es realmente increíble —concedió Blaine.

—Nunca se puede estar seguro de nada…

—No, nunca —y Blaine se apresuró a alejarse.

Condujo su auto fuera del estacionamiento y entró en la carretera principal. Comenzaba a atardecer, y la circulación era escasa.

Norman Blaine manejó lentamente, contemplando el paisaje otoñal que se deslizaba ante sus ojos. Las primeras lámparas encendidas brillaban desde las ventanas de las villas esparcidas sobre las colinas; se percibía el olor a hojas quemadas, en el lento y triste morir del año.

Los pensamientos volaban hacia él, como pájaros que se deslizaran veloces hacia un árbol para pasar la noche, pero él los ahuyentó… Lo que le había sucedido con el inspector… Lo que Farris podía sospechar o saber y lo que intentara hacer…; por qué Roemer había ido personalmente a entregarle las llaves y después había decidido mejor no esperar…; por qué se fugaría un cliente del Sueño.

Esto último era algo verdaderamente extraño; algo rayano en locura. Pensándolo bien, ¿qué podía ganar con una huida semejante hacia un mundo totalmente extraño, que no podría comprender? Eso era como ir a un planeta desconocido, solo y sin la preparación e instrucciones necesarias; era como aceptar un trabajo con el cual no estuviera familiarizado y tratar de engañar a los demás con fanfarronadas.

«¿Por qué lo haría?», pensó.

Alejó de sí el pensamiento. Tenía muchas otras cosas en qué pensar; tenía que ponerlas en orden antes de meditar más profundamente; no podía permitirse dejar que sus pensamientos se enredaran unos con otros.

Estiró la mano y encendió el aparato de radio.

El comentarista estaba diciendo: «… quienes conocen su historia política, pueden reconocer la crisis que ahora aparece más claramente definida. Durante más de cinco siglos, el gobierno actual ha estado en manos del Sindicato Central de Trabajadores, lo cual significa que el gobierno está controlado por un Comité formado por los representantes de cada uno de los gremios y sindicatos acreditados en el grupo central. El hecho de que tal grupo haya sido capaz de conservar el control durante cinco siglos seguidos y sesenta años de admitir abiertamente el control, no puede atribuirse

a la sabiduría, a la paciencia o a la antigüedad, sino al admirable equilibrio del poder que en todo tiempo el cuerpo ha logrado mantener dentro de sí. Ni la desconfianza ni el temor mutuos han permitido que ningún sindicato o gremio, o ni que alguna combinación de ellos, tome un carácter dominante. Tan pronto como uno de ellos amenazaba hacerlo, las ambiciones personales de otros grupos entraban en acción, para minar el prestigio del grupo sobresaliente.

»Pero esta, como todos deben reconocer, es una situación que ha durado más de lo que normalmente podría haberse esperado. Durante muchos años, los sindicatos han estado haciéndose más fuertes, y no han tratado de emplear esa fuerza. Pueden estar seguros de que ninguno de ellos la empleará, basta que esté absolutamente seguro de sí mismo. Es imposible decir hasta qué punto llega esa fuerza, porque no sería buena estrategia dejar que los demás sindicatos conocieran su propia fuerza. No deben estar muy adelantados, puesto que es necesario que esa fuerza sea igualada. Esta situación debe ser intolerable para los sindicatos más fuertes, y con dirigentes ambiciosos…».

Blaine apagó el aparato de radio y se asombró de la solemne paz que reinaba en la tarde de otoño. Todo aquello eran cuentos viejos; desde que podía recordar, había estado oyendo a los comentaristas hablar de esa manera. Siempre había rumores de que nombrarían a Transportes como el sindicato que dominaría, y en otras ocasiones sería Comunicaciones, y en otras aún, insistirían, con igual autoridad, en que Alimentación era la que diría la sorpresa.

Blaine se dijo que Sueños estaba completamente alejado de esa política. El gremio, sus gremios, eran esencialmente un servicio público; estaba representado en la Central, como era su deber y privilegio, pero nunca había participado en las intrigas políticas.

Era Comunicaciones el departamento que siempre incitaba a desórdenes, publicando artículos en los periódicos y diseminando las opiniones desconsideradas de sus comentadores. Si no se equivocaba, Comunicaciones era el peor gremio de todos, en el sentido de que sólo esperaban una pequeña oportunidad. Educación también era así; este gremio siempre andaba metiendo el caos en los detalles. ¡Qué montón de idiotas!

Sacudió la cabeza, pensando en la suerte que tenía al pertenecer

a Sueños, y por no tener que sentir remordimientos cuando comenzaban a correr los rumores. El gremio de Sueños nunca sería mencionado; de eso podían estar seguros. De todos los departamentos, Sueños era el único que podía llevar la cabeza alta y con orgullo.

Siempre discutía con Harriet sobre Comunicaciones, y en ocasiones se había enojado con él; parecía tener la terca opinión de que Comunicaciones era el sindicato que poseía el mejor historial de servicio público, y la organización más limpia.

Por supuesto, era natural que cada uno pensara que su gremio particular trabajaba bien. Los sindicatos eran la única lealtad que el hombre podía atesorar. En otro tiempo, hacía muchos años, habían existido naciones, y el amor por la nación propia había sido conocido como patriotismo; pero ahora, los gremios habían tomado el lugar de todo eso.

Se dirigió hacia el valle que se encontraba entre las colinas y, finalmente, salió de la carretera y siguió el camino serpenteante que conducía por ellas.

La cena estaría ya preparada, y Ansel estaría enojado (lo mejor que podía decirse de él era que se trataba de un robot de mal carácter). Philo lo estaría esperando a la entrada, y entrarían juntos.

Pasó frente a la casa de Harriet y la observó brevemente, pero la construcción semioculta por los árboles estaba completamente a obscuras. Harriet no estaba en casa; había dicho algo de un trabajo. De una entrevista con alguien.

Dio vuelta en su puerta y vio que Philo estaba ahí, ladrando con todas sus fuerzas. Norman Blaine disminuyó la velocidad y el perro saltó dentro, se acercó a olfatear a su amo y a lamerle la mejilla, y luego, se acomodó tranquilo en el asiento, mientras daban vuelta por el sendero para detenerse frente a la casa.

Philo saltó con rapidez y Blaine abandonó el auto más lentamente; había pasado un día agotador, pero ya en casa se sintió cansado de pronto.

Se detuvo un momento para observar su casa; era una buena casa; un lugar excelente para una familia… si alguna vez podía persuadir a Harriet de que abandonara su carrera de periodismo.

Una voz dijo:

—Muy bien, ahora puede volverse, pero hágalo con cuidado; no

intente ninguna treta.

Blaine dio media vuelta lentamente. Un hombre estaba en pie, cerca del auto, bajo la luz crepuscular; tenía un objeto brillante en la mano. Añadió:

—No tiene nada que temer, no voy a hacerle ningún daño, pero tampoco lo tome a broma.

Había algo extraño en la ropa del hombre; parecía ser una especie de uniforme, y sus palabras también eran singulares; las inflexiones de su voz eran un tanto monótonas; hablaba concisa y bruscamente, y carecía de esa unión de una palabra con otra, que era una característica bien definida del lenguaje… y las frases… «No intente ninguna treta; no lo tome a broma…».

—Esto que tengo es una pistola, no quiero monerías, por favor.

Monerías.

—Usted es el hombre que escapó —dijo Blaine.

—En efecto —dijo el desconocido.

—Pero ¿cómo…?

—Vine hasta aquí con usted; me colgué debajo del auto; esos policías idiotas ni siquiera pensaron en revisar ahí —el hombre se encogió de hombros—. Me arrepentí en una o dos ocasiones, porque usted se alejó más de lo que yo esperaba, y más de una vez estuve a punto de soltarme.

—Pero ¿conmigo? ¿Por qué…?

—No con usted, señor; con cualquiera. Fue sólo un modo de esconderme: un medio de escapar.

—No le comprendo —le dijo Blaine—. Pudo haber huido; pudo haberse soltado a la entrada. El auto iba lo suficientemente lento para permitírselo; ahora mismo pudo haberse escurrido sin que lo viera; nunca lo habría notado.

—¿Para ser detenido en cuanto me presentara en algún sitio? Mi ropa me denuncia, lo mismo que mi forma de hablar. También mis hábitos para alimentarme, y posiblemente hasta mi manera de caminar. Sería tan notorio como un dedo vendado.

—¡Ah, vaya! —dijo Blaine—. Bien, entonces guarde su pistola, debe de estar hambriento; entremos a cenar.

Él hombre guardó el arma y se acarició el bolsillo.

—Recuerde que aún la tengo, y le advierto que soy rápido para usarla; no intente ninguna estratagema.

—De acuerdo —dijo Blaine—; ninguna estratagema.

Al mismo tiempo, pensó en lo pintoresco que se oía eso de estratagema. Nunca había oído la palabra, pero tenía un significado; de eso no le cabía la menor duda.

—A propósito, ¿cómo adquirió esa pistola?

—Eso es algo que no pienso decirle —le dijo el hombre.

6

EL fugitivo dijo que su nombre era Spencer Collins; había contratado un Sueño de quinientos años, del cual había despertado hacía sólo un mes. Afirmó que, físicamente, era el mismo hombre de siempre; tenía cincuenta y cinco años y estaba bien conservado. Había tenido cuidado de sí durante toda su vida, había seguido un régimen alimenticio sano, había dormido lo necesario, había cultivado los ejercicios, tanto mentales como físicos, y tenía algunos conocimientos psicosomáticos.

—Le diré lo que pienso de su gremio —dijo el hombre—; creo que saben perfectamente cómo cuidar el cuerpo de los que dormimos. Cuando desperté, estaba algo demacrado y un poco débil, pero no había sufrido ningún daño.

Norman Blaine rió, y dijo:

—Trabajamos constantemente en nuestro proceso; yo no sé mucho de ello, por supuesto, pero los muchachos del departamento de Biología trabajan incansablemente; para ellos es un problema continuo, un problema práctico. Durante los quinientos años que pasó ahí, probablemente fue trasladado unas doce veces o más, pero siempre a un receptáculo más perfeccionado y con mejoras en cada cambio. Recibió los beneficios de los adelantos, a medida que éstos se iban obteniendo.

Collins había sido profesor de sociología y había llegado a formular una teoría.

—Me permitirá que no entre en detalles sobre ella.

—Por supuesto —contestó Blaine.

—Sólo es de interés para las mentes académicas, y supongo que usted no es precisamente un académico…

—No; creo que no.

—Estaba relacionada con el desarrollo social a largo plazo —le explicó Collins—. Yo supuse que quinientos años deberían mostrar algunos indicios sobre si estaba en lo cierto o no; sentí curiosidad. Es difícil descubrir algo, y luego, morir sin saber si ese algo llega a ser útil o no.

—Lo comprendo perfectamente.

—Si tiene alguna duda respecto a los detalles, puede consultar los archivos.

—No tengo dudas en absoluto —contestó Blaine.

—Está acostumbrado a tratar con excéntricos, ¿verdad?

—¿Excéntricos?

—Locos, lunáticos.

—Trato muchos casos de excéntricos —le aseguró Blaine.

«Pero ninguno como este», pensó. Nada le había parecido jamás tan loco como el estar sentado bajo las estrellas de otoño en el patio de su casa, conversando con un hombre que llevaba cinco siglos de atraso. Si se encontrara en el departamento de Reajuste, estaría acostumbrado a ello, naturalmente; y no pensaría siquiera que fuera extraño. Reajuste trataba continuamente casos como ese.

Collins era una persona muy interesante, sus inflexiones denotaban los cambios sufridos en el lenguaje hablado y a cada momento usaba palabras de una jerga extraña; modismos del pasado que en alguna forma se habían perdido y eran totalmente desconocidos en el lenguaje vivo, aunque había muchos que habían sobrevivido.

A la hora de la cena, el hombre había probado platos con cierta desconfianza, y otros los había consumido con franco disgusto reflejado en el rostro. Sin embargo, era demasiado cortés para rehusarlos abiertamente, decidido quizá a hacer todo lo que estuviera de su parte por integrarse a la cultura en la que había despertado.

Tenía modales que parecían completamente inútiles, repetidos con demasiada frecuencia, a tal punto que se hacían irritantes. Eran acciones como la de acariciarse la barbilla mientras pensaba, o hacer tronar las coyunturas tirando de los dedos; sobre todo esta última, se dijo Blaine; era algo desconcertante e indecente. Quizá en el pasado no serían malos modales el juguetear con su propio cuerpo, y se dijo que tendría que consultar eso, o cuando menos

preguntarlo a alguien. Los muchachos de Reajuste sabrían… Ellos sabían muchas cosas.

—Quisiera preguntarle —inquirió Blaine—, si esa teoría que desarrolló resultó ser como esperaba.

—No lo sé; comprenderá que no he tenido la oportunidad de comprobarlo.

—Sí; es verdad. Pero creí que posiblemente había preguntado.

—No pregunté —dijo Collins.

Se quedaron inmóviles en el silencio nocturno, mientras contemplaban el valle.

—Han avanzado mucho en estos quinientos años —dijo, por fin, Collins—. Cuando inicié mi Sueño, hacíamos conjeturas sobre las estrellas, y la opinión general era que el límite de la velocidad de la luz era algo invencible. Pero ahora…

—Es verdad —dijo Blaine—. Y dentro de otros quinientos años…

—Y puede seguir el proceso siempre… Dormir mil años y ver lo que sucedió en ellos; luego, otros mil.

—No creo que valiera la pena.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Collins.

Un chotacabras apareció sobre los árboles y se deslizó hacia el cielo, revoloteando con movimientos bruscos, ocupado en cazar insectos.

—Eso no cambia —dijo Collins—; recuerdo los chotacabras… — Se detuvo, y luego preguntó—: ¿Qué piensa hacer conmigo?

—Es usted mi huésped.

—Hasta que vengan los guardias…

—Hablaremos de eso más tarde; por ahora, aquí está seguro.

—Hay algo que le preocupa; algo que he visto surgir en usted…

—Quisiera saber por qué huyó.

—¿Es eso? —dijo Collins.

—¿Bien?

—Yo seleccioné unos Sueños —comenzó Collins—, como podría esperar que fueran; pedí un retiro para profesores, una especie de monasterio idealizado, en donde pudiera pasar el tiempo estudiando, en donde pudiera vivir con otros hombres que hablaran y razonaran como yo. Quería paz… Alguna caminata a lo largo de un río silencioso, ocasos hermosos, alimentos sencillos, tiempo para leer y pensar…

Blaine asintió, aprobatoriamente:

—Una buena selección, Collins. La gente debería escoger eso con más frecuencia.

—Eso mismo pensé yo —dijo Collins—. Era exactamente lo que deseaba.

—¿Gozó mucho con sus Sueños?

—No lo sabría.

—¿No lo sabría?

—Nunca me dieron esos Sueños.

—Pero los Sueños fueron fabricados…

—A mí me dieron unos Sueños diferentes.

—Debió de haber algún error.

—No; no fue error —dijo Collins—; estoy seguro de que no fue esa la razón del cambio.

—Cuando se piden unos Sueños determinados… —empezó a decir Blaine algo molesto, pero Collins lo interrumpió.

—Le repito que no fue un error; el sueño fue substituido.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso?

—Porque el tipo de Sueños que me dieron es uno que nadie pediría; ni siquiera uno que pudiera ser imaginado. Eran Sueños deliberadamente fabricados por alguna razón que no alcanzo a comprender; era un mundo diferente.

—¿Un mundo extraño?

—No; no era extraño; era la Tierra, pero la civilización era diferente. Yo viví quinientos años en ella, cada minuto de los cinco siglos. El modelo de los sueños no fue acortado, como he oído que sucede con frecuencia, abarcando mil años de Sueño en el término normal de una vida. A mí me lo dieron todo; los quinientos años completos. Sé muy bien lo que le digo cuando afirmo que eran unos Sueños fabricados a propósito. No me equivoco; no fue un error, sino que fueron creados con un propósito bien definido.

—Espere; no se exalte de esa manera —protestó Blaine—. Vayamos por partes. ¿Tenía el mundo una civilización diferente?

—Era un mundo —dijo Collins—, en el que el motivo de la ganancia había sido eliminado; en el que nunca se había pensado el concepto de las ganancias. Era el mismo mundo de siempre, pero carente de todos los factores y fuerzas que brotan en nuestro mundo del motivo de las ganancias. A mí me pareció fantástico, claro está,

pero, para los nativos del lugar, si puede llamárseles así, eso parecía ser lo normal.

Observó a Blaine detenidamente, y prosiguió:

—Creo que estará de acuerdo en que nadie querría vivir en un mundo como ese; nadie pediría tales Sueños.

—Quizá algún economista…

—Un economista no lo haría jamás. Además, habría un patrón tan terriblemente consistente en los Sueños, que nadie que no tuviera conocimientos previos podría haberlo ideado para incluirlo en los Sueños.

—Nuestra maquinaria…

—Su maquinaria no hubiera tenido más conocimientos previos que los que usted hubiera tenido. Cuando menos, no más que su mejor economista. Y otra cosa: esa maquinaria es ilógica; eso es lo mejor del asunto: no necesita pensar lógicamente. No debe hacerlo, porque echaría a perder los Sueños, y éstos no deben ser lógicos.

—Y el de usted, ¿era lógico?

—Muy lógico —dijo Collins—. Puede imaginar los factores a la perfección y puede predecir lo que va a pasar. Eso es lógica.

Se puso en pie y atravesó el patio. Luego, se volvió y se detuvo frente a Blaine.

—Por eso hui; hay algo sucio que traman ahí. No les tengo confianza a sus compañeros de trabajo.

—¡No sé! Sencillamente, ¡no lo entiendo! —exclamó Blaine.

—Me iré si quiere que lo haga; no es necesario que se mezcle en este asunto. Usted me invitó y me dio de comer, me vistió y me ha escuchado; no sé hasta dónde puedo llegar, pero…

—No, usted se quedará aquí —le dijo Blaine—. Esto es algo que hay que investigar, y es posible que lo necesite más tarde. Escóndase, y no se preocupe por los robots; podemos confiar en ellos. No hablarán.

—Si me descubren —dijo Collins—, me las arreglaré para salir de sus tierras antes de que me alcancen. Una vez preso, sabré callar.

Norman Blaine se puso en pie lentamente y extendió la mano. Collins la apretó rápida y firmemente.

—Trato hecho.

—De acuerdo —contestó Blaine.

7

DURANTE LA NOCHE, el Centro parecía un lugar espectral; en los corredores desiertos resonaba el vacío. Blaine sabía que había hombres trabajando por todo el edificio; el grupo de Reajuste, los Acondicionadores, los trabajadores de la Sala Cisterna, etc., pero no se veían por ningún lado.

Un robot guardián salió de su aspillera.

—¿Quién va ahí?

El robot se detuvo un segundo, zumbando suavemente mientras revisaba los archivos de su memoria para encontrar el nombre de Blaine.

—Su identificación, por favor —dijo.

Blaine presentó su disco de identificación.

—Pase, Blaine —dijo el robot, y luego trató de conversar—. ¿Hoy trabaja hasta tarde?

—Olvidé algo —dijo Blaine.

Recorrió un pasillo y entró en el ascensor; subió y salió en el sexto piso.

Otro robot lo detuvo, y volvió a identificarse.

—Se ha equivocado de piso, Blaine.

—Tengo un nuevo nombramiento —dijo, y le mostró la forma.

—Muy bien, Blaine —contestó el mecanismo.

Blaine siguió por el corredor, hasta llegar a la puerta de Archivos. Usó seis llaves antes de encontrar la adecuada, y luego abrió la puerta.

Cerró la puerta y esperó hasta que sus ojos se acostumbraron a la obscuridad para encontrar el interruptor de la luz.

Era la oficina del frente; a un lado, una puerta se abría a los archiveros; lo que buscaba debía estar ahí, en algún sitio. Myrt

debió de haber terminado hacía horas con el caso Jenkins, y sus Sueños de safaris en selvas tórridas.

No era probable que estuviera ya archivado; posiblemente no lo harían, porque Jenkins iría en uno o dos días a tomar el Sueño; quizá tenían una alacena especial en la que se guardaban los sueños ya preparados para utilizarse.

Caminó rodeando un escritorio y buscó por la habitación. Había un gran número de escritorios, archiveros, una cabina de pruebas, un dispositivo para comidas y bebidas y una repisa en la que estaban colocados unos seis carretes.

Se dirigió rápidamente hacia ellos y levantó el primero. Encontró finalmente el correspondiente a Jenkins cinco carretes abajo, y se quedó de pie con él en las manos, preguntándose hasta qué punto podría llegar la locura de un hombre.

Collins debía de estar equivocado, o alguien había cometido un error… O quizá todo era mentira, y los responsables seguían un propósito que él desconocía. «Es sencillamente imposible», se dijo Blaine; «no puede ser que hayan substituido deliberadamente los Sueños».

Pero había llegado hasta ahí, y creyó que sólo había hecho el ridículo…

Se encogió de hombros; ya que estaba ahí, podía ir hasta el fin.

Norman Blaine entró, con el carrete en la mano, en la cabina de pruebas, y cerró la puerta a sus espaldas. Insertó el carrete y fijó el tiempo a treinta minutos. A continuación, se puso el casco en la cabeza y se acostó en la cama. Estiró la mano y encendió el mecanismo.

Se escuchó el leve chirriar de éste. Algo sopló sobre su rostro y el ruido desapareció; la cabina se desvaneció, y Blaine se encontró en el desierto, o lo que parecía ser un desierto.

El paisaje era rojo y amarillo; había un sol abrasador, y el calor se elevaba de la arena y las rocas para golpearle la cara: levantó la cabeza para examinar los horizontes, y vio que estaban a enormes distancias de él, porque la tierra era plana. Un lagarto corrió chillando de la sombra de una roca a la de otra, y arriba, en el cielo azul ardiente, un pájaro volaba en círculos.

Observó que estaba cerca de una especie de camino que serpenteaba sobre la superficie del desierto, hasta perderse en las

ondas de vapor que se elevaban de la tierra torturada; y allá, a lo lejos, sobre el sendero, una mancha negra avanzaba lentamente hacia él.

Buscó una sombra a su alrededor, pero no la encontró; no había nada que proyectara una sombra mayor que un lagarto que chillaba y corría precipitadamente.

Blaine alzó las manos y las miró detenidamente. Estaban tan fuertemente bronceadas, que por un momento pensó que estaban negras. Llevaba un par de pantalones andrajosos, rotos entre la rodilla y el tobillo, y una camisa terriblemente maltratada que se le pegaba a la espalda por el sudor; no llevaba zapatos, y se preguntó cómo podría soportar aquello, hasta que levantó un pie y vio los callos endurecidos, a tal punto, que parecían duros como cuernos que le hubiesen salido para protegerlo del calor y de las rocas.

Pensó vagamente en lo que hacía ahí; lo que había estado haciendo un momento antes, y en lo que debería hacer. Norman Blaine se quedó de pie, inmóvil, contemplando el desierto. No había nada que ver; sólo el rojo y amarillo de la arena y del calor.

Movió los pies en la arena, cavando hoyos con los dedos y volviéndolos a tapar con la planta de los pies. Luego, el recuerdo de quién era y de lo que se proponía hacer comenzó a volver a su cerebro lentamente, en trozos, y por adarmes. Gran parte de ello carecía de todo sentido.

Había dejado su casa aquella mañana para dirigirse a la ciudad; recordaba haber tenido una importante razón para hacerlo, aunque, por más que se esforzaba, no podía pensar en cuál sería. Había llegado de un punto para dirigirse a otro. Deseaba poder recordar al menos el nombre de su ciudad natal; sería vergonzoso que encontrara a alguien y le preguntara el nombre de su lugar de procedencia y no pudiera decírselo. También deseó recordar el nombre de la ciudad a la que se dirigía, aunque eso no era en realidad tan importante, porque al fin y al cabo terminaría por llegar ahí, y entonces sabría el nombre.

Comenzó a caminar por el sendero, continuando su marcha, y le pareció recordar que tenía que recorrer una gran distancia todavía. Por una u otra causa, había perdido muchísimo tiempo distrayéndose en alguna cosa, y comprendió que era absolutamente necesario que se apresurara, si quería llegar a la ciudad al

atardecer.

Volvió a ver el punto negro que se movía por el sendero y esa vez parecía estar más cercano.

No sentía temor del punto negro, y pensó que eso ya era algo. Pero cuando trató de pensar por qué lo conceptuaba como una ventaja, simplemente no pudo encontrar la razón.

Recordó que había perdido mucho tiempo, y que el fin de su viaje estaba aún lejano. Optó por ir a paso veloz. Devoraba el sendero lo más rápidamente que sus piernas se lo permitían, a pesar de su aspereza y del calor del sol. Al correr, golpeó sus bolsillos, y descubrió que en uno de ellos llevaba varios objetos. Supo inmediatamente que estos eran de un valor extraordinario, y que en un corto tiempo sabría para qué eran.

El punto negro se acercaba cada vez más, hasta que Blaine pudo ver que se trataba de una carreta grande con ruedas de madera y tirada por un camello lleno de manchas; un hombre iba sentado en el pescante, e iba protegiéndose del sol con una sombrilla que quizá alguna vez había tenido bellos colores, pero que ahora estaba descolorida por el sol; sólo le quedaba un color gris sucio.

Se acercó a la carreta, corriendo todavía, y finalmente se puso a su lado. El hombre gritó algo al camello, y éste se detuvo.

—Tardó mucho —le dijo—. Suba, y apresúrese.

—Es que me detuvieron —explicó Blaine.

—Lo detuvieron… —se burló el otro, y le entregó a Blaine bruscamente las riendas y luego saltó a tierra.

Blaine le gritó al camello y lo golpeó con las riendas; se preguntó qué demonios estaba sucediendo, y de pronto se encontró nuevamente en la cabina. La camisa se le pegaba a la espalda por el sudor y todavía sentía Blaine que el sol ardiente del desierto alejaba sus rayos de su rostro.

Se quedó acostado largo tiempo, tratando de razonar y de orientarse nuevamente. A su lado, el carrete giraba lentamente, amontonando la cinta contra la abertura del casco. Blaine estiró la mano y lo detuvo; lo desenrolló para recoger la cinta.

De pronto, el horror de lo sucedido se hizo evidente, y por un instante temió que iba a serle imposible reprimir un grito, pero éste murió en su garganta y se quedó inmóvil, helado, al comprender finalmente lo que había pasado.

Se enderezó sobre el lecho y se puso en pie; sacó bruscamente el carrete de su soporte y retiró la cinta del casco, la volvió por un costado y leyó el número y nombre correspondientes. El nombre era Jenkins, y el número era el que él mismo había perforado esa tarde para que sirviera como identificación. No había error posible; el carrete contenía los Sueños de Jenkins. Era el mismo que enviarían abajo en uno o dos días, cuando Jenkins fuera a internarse para recibir su Sueño.

Y Jenkins, que había insistido en un gran safari, quien quería pasar los próximos doscientos años en una orgía de disparos, se encontraría en medio de un desierto rojo y amarillo en una brecha que sólo por la más heroica cortesía podía llamarse camino; en la distancia vería un punto negro que resultaría ser una carreta y un camello.

Se encontraría en un desierto, vestido sólo con un pantalón roto y camisa deshecha, y llevaría en el bolsillo algo que valía un poco más que lo ordinario…, pero encontraría selvas y no habría rifles ni caza. Nunca conocería su viaje ideal.

«¿Cuántos más?», se preguntó Blaine. «¿Cuántos más no han recibido los Sueños que pidieron?». Y lo que era más importante: «¿Por qué recibieron Sueños que no habían pedido? ¿Por qué habían sido substituidos sus Sueños?, o…, ¿habían sido substituidos realmente? ¿No habría Myrt…?»

Sacudió la cabeza ante esa última pregunta; la gigantesca maquinaria hacía lo que se le ordenaba, recibía símbolos y ecuaciones y sonaba y chirriaba estruendosamente para emitir, finalmente, el sueño que se le pedía.

La substitución era la única respuesta posible, porque los sueños eran dirigidos desde esa cabina. Ningunos Sueños eran enviados antes de que alguien los examinara, para asegurarse de que eso era efectivamente lo que el durmiente había pedido.

Collins había vivido cinco siglos en un mundo que carecía del concepto de las ganancias; y el desierto rojo y amarillo…, ¿qué clase de mundo era ese? Norman Blaine no había permanecido el tiempo suficiente para descubrirlo, pero de una cosa estaba cierto: que igual que el de Collins, ese era un mundo que nadie habría seleccionado para habitar en él.

La carreta tenía ruedas de madera y era impulsada por la fuerza

de un camello; eso podía significar que se trataba de un mundo en el que nunca se había pensado en el transporte mecanizado; también podía ser cualquiera de los miles de culturas que habían existido.

Blaine abrió la puerta de la cabina y salió. Puso el carrete nuevamente en su sitio y se quedó pensativo e inmóvil por unos instantes, en medio del cuarto helado. Después, comprendió que no era la habitación la que estaba helada, sino él mismo.

Esa tarde, cuando había hablado con Lucinda Silone, Blaine había pensado de sí como una persona dedicada; había opinado que el Centro y su gremio eran verdaderos servidores. Había hablado de que no podía haber mancha en su sindicato; de que en todo tiempo debía prestar sus servicios de tal manera que ganara la confianza de cualquier persona que deseara contratar un Sueño.

¿En dónde estaba ahora esa dedicación? ¿Dónde la confianza pública?

¿Cuántos más habían recibido sueños substituidos? ¿Cuánto tiempo habían estado haciendo eso? Hacía quinientos años que Spencer Collins había recibido unos sueños que no eran los que él había deseado, de manera que los engaños se habían estado sucediendo unos a otros por lo menos desde hacía quinientos años.

¿Cuántos más habría en los años por venir?

Y Lucinda Silone…, ¿qué clase de sueño recibiría? ¿Sería el de la plantación de mediados del siglo XIX, o uno diferente? ¿Cuántos de los Sueños que Blaine había ayudado a fabricar habían sido cambiados?

Pensó en la muchacha que se había sentado frente a su escritorio esa mañana… Recordó el pelo color miel y los ojos azules, la blancura de su piel, la manera de hablar, las cosas que dijo y las que había callado.

«Ella también», pensó.

Pero encontró una respuesta a eso, y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

8

SUBIÓ LAS ESCALERAS y tocó el timbre. Una voz le ordenó que entrara.

Lucinda Silone estaba sentada en una silla al lado de la ventana. Había sólo una luz encendida; una luz tenue, en el rincón opuesto de la habitación, de tal manera que ella quedaba en la penumbra.

—¡Ah, es usted! —dijo—. ¿Usted también hace las investigaciones?

—Señorita Silone…

—Pase y siéntese; estoy dispuesta a contestar a cualquier pregunta. Verá, sigo convencida de que…

—Señorita Silone —la interrumpió Blaine—, vine a pedirle que no tome el Sueño; vine a advertirle que…

—No sea tonto, señor Blaine; no diga necedades —dijo la mujer.

—Pero…

—Váyase de aquí —le dijo Lucinda.

—Pero es que…

La joven se levantó de la silla y en su porte podía verse la burla.

—Así que no puedo arriesgarme. ¡Vaya! Continúe; dígame que es peligroso. ¡Vamos! Dígame que es un truco… Necio, yo sabía todo eso antes de ir a verlo.

—¿Lo sabe?

Se quedaron un momento completamente inmóviles, sumidos en un tenso silencio, mirándose el uno a la otra.

—Y ahora, usted también lo sabe.

Y luego dijo algo que él mismo había pensado hacía sólo una media hora:

—¿Y qué me dice ahora de su dedicación?

—Señorita Silone, vine a decirle…

—No se lo diga a nadie —le aconsejó—. Vuelva a su casa y olvide que lo sabe; así se sentirá más cómodo; quizá no muy dedicado, pero infinitamente más cómodo, y vivirá más tiempo.

—No es preciso que me amenace…

—No es una amenaza, Blaine; es un consejo. Si Farris llega a saber que está usted enterado de esto, podría contar su vida en horas; y le advierto que puedo hacer que esto llegue al conocimiento de Farris; sé exactamente cómo hacerlo.

—Pero Farris…

—¿Es él también muy dedicado?

—Pues no; quizá no, yo no…

Sólo pensar en ello le hacía reír. ¡Paul Farris, un hombre dedicado!

—Cuando yo vuelva al Centro —dijo ella, con una voz tranquila y sin emoción—, nos comportaremos como si esto nunca hubiera sucedido. Usted tendrá la responsabilidad de hacer que mis Sueños sean fabricados sin obstáculos; porque si no lo hace, Farris será advertido.

—Pero ¿por qué es necesario que vaya a Sueños, sabiendo lo que sabe?

—Quizá sí pertenezca a Festejos —contestó ella—. Usted excluyó Festejos, ¿no es así? Me preguntó si pertenecía a ese gremio y lo hizo astutamente; le temen a Festejos, porque tienen miedo de que les roben sus Sueños para otro departamento; una vez lo intentaron, y desde entonces viven en constante temor de que vuelva a repetirse.

—Usted no pertenece a Festejos.

—Pero usted lo creyó esta mañana. ¿O se trataba sólo de algo simulado?

—Sí, eso era —admitió Blaine, avergonzado.

—Pero lo de esta noche no lo es —dijo Lucinda, fríamente—, porque está tan asustado como nunca lo ha estado en su vida. Pues bien, asustado, tiene derecho a estarlo —se quedó viéndolo un instante, con una expresión de desprecio, y luego, exclamó—: Y ahora, ¡váyase!

9

PHILO NO SALIÓ a encontrarlo a la entrada, pero salió de entre unas plantas ladrando alegremente, celebrando su llegada, cuando dio vuelta al sendero circular y se detuvo frente a la casa.

—Abajo, Phil o, abajo —le ordenó Blaine.

Salió del auto, y Philo se acercó, más calmadamente, y se detuvo a su lado; en la quietud de la noche podía oír el chocar de las uñas contra las baldosas azules del caminillo. La casa se veía grande y obscura, aunque había una luz encendida frente a la puerta. Blaine se preguntó por qué los árboles y las casas se veían más grandes en la noche, como si con la obscuridad adquirieran nuevas dimensiones.

Una piedra crujió bajo la pisada de alguien. Norman se volvió rápidamente y se encontró con Harriet, que estaba en el sendero.

—Te estaba esperando —le dijo—. Pensé que nunca llegarías. Philo y yo te esperábamos, y…

—Me asustaste —dijo Blaine—. Creí que estabas trabajando.

Ella se adelantó y la luz de la lámpara de la entrada iluminó su rostro; llevaba un vestido escotado que brillaba bajo la luz, y sobre la cabeza llevaba un velo resplandeciente que hacía parecer como si estuviera rodeada de miles de estrellas centelleantes.

—Alguien estuvo aquí —le dijo.

—¿Alguien?

—Vine por la parte de atrás y había un auto al frente. Philo estaba ladrando y vi a tres hombres salir de la puerta arrastrando a otro más. El hombre luchaba y forcejeaba, pero ellos lo dominaron y lo hicieron entrar en el auto. Philo casi los atacaba, pero no se fijaron en él, con la prisa que llevaban. En un principio, creí que eras tú, pero vi que no era así; los tres hombres eran de la policía y

yo estaba algo asustada; aumenté la velocidad, pasé por enfrente y me dirigí a la carretera tan rápidamente como pude. Después…

—¡Un momento! ¡Espera! —le pidió Blaine—; vas tan aprisa, que no te entiendo; dímelo más despacio…

—Después, regresé con las luces apagadas y estacioné el auto en mi casa; atravesé el bosquecillo y me puse a esperar que llegaras.

Se detuvo casi sin aliento, por la prisa con que había hablado.

Blaine estiró la mano y tomó la barbilla de la muchacha, elevó su rostro y la besó.

Ella le retiró la mano.

—Norman, no es tiempo para eso —lo reconvino.

—Cualquier tiempo lo es.

—Norm, ¿estás metido en algún lío? ¿Te persigue alguien?

—Es posible que anden varios tras de mí.

—¿Y te pones a perder el tiempo así?

—Acabo de recordar algo que debo hacer —le dijo.

—¿Qué tienes que hacer?

—Ir a ver a Farris; me invitó, y lo olvidé hasta hace un momento.

—Pero olvidas que te dije que eran policías…

—No lo eran; estaban disfrazados.

Porque Norman Blaine comprendió repentinamente que era una sola unidad con un solo propósito; vio, cuando menos, la red de intriga y de fines que había tratado de descubrir desde esa mañana.

Primeramente estaba el inspector que lo había detenido por las solapas; luego, Lucinda Silone, que había pedido unos Sueños de paz y dignidad. Después de eso, Lew Giesey había aparecido muerto detrás de su escritorio maltratado, y finalmente, el hombre que había pasado quinientos años en una civilización que no había descubierto lo que eran las ganancias.

Pero Farris…

—Paul Farris es amigo mío.

—Él no es amigo de nadie.

—Pues nosotros lo somos —dijo Blaine, al tiempo que le mostraba dos dedos entrelazados.

—De cualquier manera, yo desconfiaría.

—Desde esta tarde, Farris y yo somos compañeros de conspiración; manejamos un negocio entre los dos; Giesey murió…

—Lo sé. Pero ¿qué tiene que ver eso con tu súbita amistad con Farris?

—Antes de morir, Giesey hizo un nombramiento, he sido ascendido a Archivos.

—¡Oh, Norm!, ¡qué alegría!

—Sabía que te alegrarías.

—Entonces, ¿qué sucede? —preguntó—. Dime qué está pasando. ¿Quién era el hombre que sacaron los policías de aquí?

—Ya te dije que no eran policías.

—¿Quién era el hombre? No trates de evadir mi pregunta.

—Un escapado; un hombre que huyó del Centro.

—¿Y tú le ayudaste?

—Bueno, no…

—Norman, ¿por qué habría de escapar alguien del Centro? ¿Acaso tienen atados a sus clientes?

—Este hombre ya había despertado de sus Sueños…

Sabía que había hablado demasiado, pero era demasiado tarde. Vio el brillo de sus ojos, esa mirada tan conocida para él.

—No es noticia para tu periódico —le advirtió—; si usas esto…

—Esa es sólo tu opinión.

—Esto te lo dije en confianza.

—No hay nada que pueda decirse en confianza; sabes muy bien que no se puede conversar confidencialmente con la gente de Noticias.

—Tendrías que andar adivinando.

—Es mejor que me lo digas todo —le aconsejó—; de cualquier manera, yo puedo averiguarlo.

—¡Tu cuento de siempre!

—Te digo que es mejor que me lo digas de una vez. Me ahorrarás trabajo, y tú estarás seguro de que conozco la versión real.

—Ni una palabra más.

—Muy bien, genio —le dijo.

Se puso en puntillas, lo besó levemente, y desapareció.

—¡Harriet! —gritó Blaine, pero ella se había perdido en las sombras de las plantas y arbustos, y no la vio más. Dio un paso hacia delante y luego se detuvo. Era inútil intentar seguirla; nunca la alcanzaría, porque ella conocía a la perfección los jardines y el

bosquecillo que se extendía entre las casas de ambos, tal como él mismo los conocía.

Él se lo había buscado; a la mañana siguiente, la historia estaría en los periódicos.

Sabía que Harriet pensaba hacer exactamente lo que había dicho. «¡Maldición de mujer! ¡Fanática!», se dijo. «¿Por qué no podía ver ella las cosas bajo la perspectiva correcta? Su lealtad a Comunicaciones era algo verdaderamente fantástico».

Y sin embargo, no era diferente de la que Norman Blaine sentía por Sueños. ¿Qué había dicho el comentarista de la radio cuando iba camino a su casa? Los sindicatos estaban agigantando sus fuerzas, y era precisamente esa lealtad fantástica la suya por el gremio de Sueños, la de Harriet por el de Comunicaciones, la que era la base de esa fuerza creciente.

Se quedó pensativo bajo la luz de la lámpara, frente a la puerta, y se estremeció al pensar en la historia con encabezados de 96 puntos en la página uno.

Ni el más leve rumor de escándalo, había dicho esa tarde, porque el servicio de Sueños estaba fundado en la confianza del público; cualquier insinuación de escándalo lo haría venirse abajo. Y he ahí el escándalo… o algo que podía tomarse como tal.

Había dos cosas que podía hacer: primera, podía intentar detener a Harriet. ¿Cómo? No lo sabía. Segunda, podía desenmascarar esa intriga para mostrar su verdadera identidad; un complot para eliminar a Sueños en esa lucha por el poder; un movimiento en la batalla sostenida por la Central de Trabajadores, sobre la que la radio hacía tan ampulosos comentarios.

Blaine estaba seguro de cómo se relacionaba todo; estaba cierto de poder descubrir las principales líneas de acción que se mezclaban íntimamente con esos sucesos fantásticos. Pero si deseaba probar lo que sospechaba, tenía muy poco tiempo a su disposición. Harriet andaba ya a la caza de los hechos que él le había revelado. Quizá no los tendría listos para la edición matutina, pero, para la tarde, la noticia habría cundido.

Pero antes de que eso sucediera, el departamento de Sueños debería tener su versión para combatir los rumores que corrieran.

Existía un hecho que tenía que verificar. Blaine se dijo que un hombre debería conocer su historia; que no debía ser algo que se

consultara en libros, sino ser llevada en la cabeza y lista para ser usada.

Lucinda Silone había dicho que pertenecía a Educación y estaba seguro de que había dicho la verdad.

Eso era algo que podía confirmar. Una de las cosas que tenía que revisar automáticamente. Spencer Collins pertenecía al mismo grupo; le había dicho que era profesor de sociología, y que había formulado una teoría.

Había algo en la historia de los gremios que concernía a Sueños y Educación; algo sobre una relación que había existido entre ambos…, y era posible que eso le sirviera.

Recorrió el resto del caminillo, atravesó el pasillo hasta que llegó al estudio, con Philo pisándole los talones. Encendió la luz y se dirigió rápidamente al estante de libros. Recorrió las hileras de libros siguiendo los títulos con el dedo, hasta que encontró el que buscaba.

Fue al escritorio, encendió la lámpara y pasó las páginas casi febrilmente, hasta que encontró lo que quería… Lo que había sospechado que encontraría; algo que había leído hacía mucho tiempo y que había olvidado, opacado por los años en que nunca había sido necesario sacarlo a luz.

10

LA casa de Farris estaba rodeada de una enorme cerca metálica, demasiado alta para saltar sobre ella y demasiado baja para intentar trepar por ella. Había un guardia en la entrada y otro en la puerta.

El primero registró a Blaine y el segundo le pidió su identificación. Cuando quedó satisfecho, llamó a un robot para que condujera al visitante ante Farris.

Paul Farris había estado bebiendo. La botella que se encontraba al lado de la silla estaba medio vacía.

—Tardó mucho en venir —gruñó.

—Estaba ocupado.

—¿Qué hacía, amigo mío?

Farris señaló la botella.

—Sírvase. Ahí en el estante encontrará las copas.

Blaine se sirvió licor hasta que el vaso estuvo casi lleno, y dijo con ligereza:

—Giesey fue asesinado, ¿no es así?

El licor del vaso de Farris se inclinó ligeramente, pero ningún otro movimiento delató su nerviosismo.

—El veredicto fue suicidio.

—Había un vaso en su escritorio —dijo Blaine— y acababa de servirse un trago de la garrafa. El agua estaba envenenada.

—¿Por qué no me dice algo que no sepa?

—¿Está usted protegiendo a alguien?

—Es posible —contestó Farris—. También podría ser que a usted nada le importara.

—Es que estaba pensando; Educación…

—¿Qué dice?

—Digo que Educación ha estado esperando durante mucho

tiempo la oportunidad de vengarse de nosotros. Acabo de revisar la historia; el departamento de Sueños se inició como una rama de Educación. Era una técnica de aprendizaje mientras se duerme; pero Sueños evolucionó en forma fantástica y adquirió sus propias ideas…, hace mil años, de manera que nos separamos…

—Escuche; no tan de prisa, repítalo, pero más despacio.

—Tengo una hipótesis.

—También tiene cabeza, Blaine, y excelente imaginación; eso es lo que le dije esta tarde. Es usted ingenioso.

Farris se llevó el vaso a la boca y lo vació de un solo trago.

—Pero seremos nosotros quienes nos vengaremos y les atravesaremos las entrañas —dijo, con voz opaca.

Y con el mismo estado de ánimo arrojó el vaso contra la pared, en donde explotó en mil pedazos.

—¿Por qué demonios nadie pensó en eso desde un principio? Eso lo habría simplificado todo… Siéntese, Blaine; creo que tenemos la respuesta a todo.

Blaine se sentó, pero súbitamente se sintió enfermo; enfermo por la idea de que había cometido un grave error. Se había equivocado. No era Educación la que había dirigido el asesinato; su autor era Paul Farris… Farris, ¿y cuántos otros más? Porque ningún hombre, ni siquiera en la organización del jefe de policía, podía haber hecho todo eso solo.

—Hay algo que quiero saber —dijo Farris—. ¿Cómo recibió el nombramiento? No lo recibió en la forma que aseguró; no iba a recibirlo nunca.

—Lo encontré en el suelo, donde cayó del escritorio de Giesey.

No era necesario seguir mintiendo ni tratar de pretender algo distinto; nada más era necesario. El antiguo orgullo y la firme lealtad habían desaparecido, y cuando Norman Blaine pensó en ello, la amargura se apoderó de su alma y la futilidad de todos esos años era una tortura que arañaba en carne viva.

Farris se rió.

—¡Bravo, Blaine! —dijo—. Pudo haberse callado y hacerlo valer. Se necesita valor para hacer eso. Podremos trabajar juntos.

—Sigue siendo válido —le dijo Blaine, bruscamente—. Trate de quitármelo, si puede.

Eso era amargura y fanfarronada. Una débil respuesta a los

golpes, y Blaine se preguntó por qué lo hacía. Porque ahora el nombramiento ya nada valía.

—Calma —dijo Farris—. Va a conservarlo; me alegra que haya resultado todo como sucedió: nunca pensé que tuviera tanto valor, Blaine. Creo que lo subestimé.

Extendió la mano y alcanzó la botella.

—Deme otro vaso.

Blaine le pasó un vaso y Farris los llenó ambos.

—¿Qué sabe usted de todo esto?

Blaine sacudió la cabeza y dijo:

—No mucho; sólo lo de la substitución de los sueños…

—Ese es el centro mismo —dijo Farris—. Es la base de todo. Teníamos que habérselo informado antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, así que da igual que lo haga ahora.

Se apoyó en el respaldo de su silla y continuó:

—Todo comenzó hace mucho, y siguió durante ese lapso bajo la más estricta seguridad hace ya cosa de setecientos años. Debe comprender que debía tratarse de un programa a largo plazo, porque muy pocos sueños duran menos de cien años, y la mayoría dura mucho más. En un principio, el trabajo se realizaba lenta y cuidadosamente; en aquellos días, los hombres encargados del asunto tenían que ser circunspectos, pero en los últimos siglos ha habido la seguridad de trabajar más velozmente. Trabajamos durante casi todo el programa que se estableció primero y nos hemos encargado de incluir algunos puntos de vista complementarios que hemos perfeccionado desde entonces. En menos de otros cien años, estaremos preparados; podríamos estarlo a cualquier hora, pero queremos esperar otros cien años. Hemos desarrollado técnicas sobre el trabajo que hemos realizado y que son sencillamente inconcebibles. Pero todas darán buenos resultados; tenemos pruebas evidentes de que son efectivas.

Blaine sintió helarse con el choque de la desilusión.

—¡Todos esos años! —dijo.

Farris rió y comentó:

—Es verdad; todos esos años. Y los demás nos creían puros como lirios. Hicimos todo lo posible por hacérselo creer; de dar la impresión de personas tranquilas. Guardamos silencio desde un principio, mientras que otros agitaban los músculos y gritaban. Uno

por uno fueron aprendiendo la lección que nosotros sabíamos desde el comienzo mismo: que es necesario cerrar la boca y no demostrar las fuerzas; que es mejor esperar el tiempo oportuno. Los demás aprendieron. Lo hicieron de la manera más dura, pero finalmente aprendieron las verdades de la política, aunque ya era demasiado tarde. Aun antes de que existiera una Central de Trabajadores, Sueños adivinó lo que vendría, y se preparó. Nos sentamos silenciosamente en un rincón, doblamos cuidadosamente las manos sobre las piernas, inclinamos ligeramente la cabeza y mantuvimos los ojos entornados; una actitud de humildad absoluta. La mayor parte del tiempo, los demás ni se percataban de nuestra presencia. ¡Éramos tan pequeños y silenciosos!… Todo el mundo observa a Comunicaciones, Transportes, Alimentación y Fabricación, porque ellos son los pudientes, pero deben observar a Sueños, porque nosotros seremos los dueños del futuro.

—Una cosa más —preguntó Blaine—, o dos quizá: ¿cómo sabe que los sueños substituidos son verdaderos? Todo lo que hacemos está basado en pura fantasía; en realidad, nunca podrán suceder como nosotros los fabricamos.

—Eso —dijo Farris—, es una de las cosas que nos tiene atados. Cuando descubramos eso, lo tendremos todo. En un principio, hicieron muchos experimentos. Sueños los probó con sus propios empleados, los que se ofrecieron de voluntarios, para períodos cortos de cinco a diez años; y los Sueños no resultaban ser como eran cuando los ponían. Cuando a un sueño se le dan bases lógicas, en lugar de llenarlo de factores de deseos que se quieren ver satisfechos, éste sigue un cauce lógico; cuando se hacen malabarismos con factores culturales, los sistemas se hacen verdaderos… Bueno, quizá no verdaderos, pero diferentes de lo que uno pensaría que serían. Cuando se utilizan elementos ilógicos, se obtiene una mezcla ilógica, pero cuando se trata de cosas lógicas, la lógica lo domina todo y le da forma al sueño. Nuestros estudios de sueños lógicos nos hacen creer que siguen líneas de acción de verdadero desarrollo; se presentan tendencias imprevistas gobernadas por leyes y circunstancias que no podíamos haber adivinado, y esas tendencias llegan a conclusiones lógicas.

El hombre estaba atemorizado, con un miedo que debió yacer en la mente de muchos hombres durante setecientos años.

—¿Es tan sólo una pretensión, o existen realmente esos sueños? ¿Existen mundos semejantes en algún lado? Y si existen, ¿los creamos nosotros, o los descubrimos solamente?

—¿Cómo se ha enterado usted de los sueños? —preguntó Blaine —. Los que los han ordenado no se lo dirían, y si lo hicieran, usted no les creería.

Farris rió.

—Esa es la parte más sencilla; tenemos cascos con dos dispositivos de alimentación. Uno de ellos establece el sistema y dispone los factores; es una especie de introducción para poner en marcha los sueños; funciona un breve período, luego se detiene y los sueños continúan por sí solos. Pero tenemos un sistema regenerador construido dentro del casco, que hace que los sueños sean grabados en cintas; nosotros los estudiamos conforme se van grabando, y de esa manera no tenemos que esperar. Tenemos montones de cintas y están disponibles para nuestro uso billones de factores que se relacionan con miles de culturas diferentes. Tenemos la historia de lo que nunca fue, de lo que pudo haber sido y de lo que quizá sucederá.

El departamento de Sueños es el que posee lo esencial, había dicho. Tenían montones de cintas, de sueños fabricados desde hacía setecientos años; millones de horas-hombre de experiencia. Experiencia real, en sistemas de civilizaciones que nunca habían existido, algunos de los cuales nunca llegaron a ser una realidad. Algunos otros estuvieron quizá a punto de existir… Y había muchos otros que tal vez era posible hacer realidad.

De esas cintas habían aprendido lecciones que estaban excluidas de la experiencia humana normal: economía, política, sociología, filosofía, psicología… Todas estas ciencias habían llevado las riendas en todas las facetas del esfuerzo humano. Podían producir deslumbramientos económicos para cegar a la gente, podían emplear teorías políticas que ganarían muchos adeptos, y tenían muchos trucos psicológicos que podían anular por completo a todos los demás gremios.

Habían aparentado inocencia durante muchos años, quedándose humildemente en un rincón, con las manos cruzadas sobre las piernas, en completo silencio. Durante todos esos años habían estado inventando un arma, para usarla a su debido tiempo.

Y la dedicación, pensó Blaine, la dedicación humana, el orgullo y la satisfacción de un trabajo bien realizado; la alegría de las realizaciones logradas y del servicio…, y el íntimo compañerismo.

Las cintas habían estado girando por muchos años, grabando la regeneración, mientras hombres y mujeres, que habían ido con entera confianza a buscar los mundos encantados de su imaginación, vagaban tristemente por sueños lógicos que eran absolutamente fantásticos.

La voz de Farris había continuado hablando, y Blaine volvió a escucharla.

—… Giesey comenzaba a arrepentirse; quería reemplazar a Roemer por alguien que participara de su manera de pensar y lo escogió a usted, Blaine… Entre todos los hombres lo seleccionó a usted.

Volvió a reír ruidosamente.

—Es verdaderamente singular cómo puede uno equivocarse.

—Sí; así es —concedió Blaine.

—De manera que tuvimos que matarlo, antes de que hiciera efectivo el nombramiento, pero usted nos ganó, Blaine. Su mente es verdaderamente ágil. ¿Cómo llegó a enterarse? ¿Cómo supo qué hacer?

—Eso no importa.

—El sincronismo de sus acciones fue perfecto —le dijo Farris.

—Lo tiene usted todo controlado.

Farris asintió con la cabeza.

—Ya hablé con Andrews, y está de acuerdo; no le agrada, por supuesto, pero está obligado a aceptarlo.

—Se está arriesgando mucho al decirme todo esto, Farris.

—No corro ningún riesgo; ahora es usted uno de los nuestros. No puede evitarlo. Si dice una palabra, destruirá el gremio y, además, no le daremos la oportunidad de hacerlo. Desde este momento, hay una pistola apuntada a su espalda; siempre habrá alguien vigilándolo. No intente hacer nada, Blaine. Usted me es simpático; me gusta su manera de actuar y esa idea respecto al gremio de Educación es sencillamente genial. Colabore con nosotros, y tendrá su recompensa. No puede hacer otra cosa que cooperar con nosotros; está comprometido hasta el cuello. Como director de Archivos, tiene a su cargo la custodia de todas las pruebas, y no

puede negar ese hecho… ¡Vamos, amigo! ¡Termine su copa!

—La había olvidado —dijo Blaine.

Alzó el vaso y arrojó el licor al rostro de Farris, como si hubiera sido el mismo movimiento. Los dedos de Blaine soltaron el vaso, dejándolo caer, y asieron la botella de licor.

Paul Farris se puso en pie cegado, tratando de secarse la cara con las manos; Blaine se puso en pie al mismo tiempo y arrojó la botella con una puntería perfecta, estrellándola en la cabeza del hombre. Éste cayó sobre la alfombra, con la cabeza bañada en sangre.

Norman Blaine se quedó inmóvil durante un segundo y, repentinamente, la habitación y el hombre que yacía en el suelo parecieron brillar, y cada detalle del lugar y del cuerpo inanimado se grabó en su mente. Alzó las manos y vio en ellas todavía el cuello de la botella con los bordes rotos; lo lanzó lejos y corrió, agachándose para evitar las balas que esperaba, y se dirigió a la ventana. Saltó y rodó haciéndose una bola, hasta que los arbustos lo detuvieron. Luego, se arrastró rápidamente hacia la pared, pero recordó que ésta era tan lisa que nadie podía trepar por ella. Era lisa y alta, con una sola puerta; lo perseguirían y lo matarían; lo obligarían a salir de su escondite como a un conejo de su matorral. No tenía posibilidad alguna de salvarse.

No tenía ningún arma, y no había aprendido a pelear. Todo lo que podía hacer era esconderse y correr; y aun así, no podía escapar, porque no había muchos sitios donde pudiera ocultarse, y el espacio no era muy grande.

«Pero me alegro de haberlo hecho», se dijo.

Había sido un golpe contra la vergüenza de siete siglos; una nueva adhesión a la antigua y desaparecida dedicación. El golpe debió haber sido dado hacía mucho tiempo, porque ahora era perfectamente inútil, excepto como un símbolo que sólo Norman Blaine entendería.

Se preguntó cuánto valdrían los símbolos en el mundo que lo rodeaba.

Blaine los oyó correr y gritar entonces; sabía que no le quedaba mucho tiempo, y se escondió entre los arbustos, tratando de planear lo que debía hacer, pero en todos sitios chocaba con paredes mudas y no había nada que pudiera hacer.

Una voz lo llamó quedamente. Era un susurro que procedía de la cerca. Blaine se sobresaltó, escondiéndose todavía más entre los arbustos.

—Psss… —dijo la voz, nuevamente.

«Es un truco», pensó, «un truco para hacerme salir». Luego, vio una cuerda que colgaba de la pared, en un sitio alumbrado por la luz que provenía de una ventana rota.

—Psss… —repitió la voz.

Blaine decidió arriesgarse. Salió de entre los arbustos y cruzó el camino hasta llegar a la pared; la cuerda era verdadera y estaba fija. Acuciado por la desesperación, Blaine trepó con la agilidad de un mono, pasó un brazo sobre la pared y se impulsó hacia arriba. Siguió el rugido ensordecedor de una pistola. Una bala se estrelló en la pared y rebotó, produciendo un gemido en la noche.

Sin pensar en el peligro, saltó de la pared y se dio un golpe contra el duro suelo. Se quedó casi sin respiración y aumentó su dolor tratando de vomitar en su intento de coger aire. Las estrellas parecían girar locamente en el centro de su cerebro.

Sintió que alguien lo levantaba y lo llevaba en brazos; luego oyó el golpe de una puerta y percibió la velocidad de un automóvil que volaba en la obscuridad de la noche.

11

Norman Blaine trató de recordar el rostro del que le hablaba. Sabía que lo había visto en alguna parte, pero no lograba reconocerlo. Cerró los ojos, en un intento de encontrar una obscuridad suave y fresca, pero ésta no era suave, sino áspera y dolorosa. Volvió a abrir los ojos.

El rostro seguía hablándole; ahora se había acercado más y sintió el fino rocío de la saliva que le golpeaba el rostro. Una vez había sucedido eso; una ocasión en que había hablado con un hombre…, aquella mañana, en el campo de estacionamiento, cuando un hombre lo había detenido por las solapas. Ahí estaba nuevamente, con el rostro demasiado cerca y profiriendo un interminable torrente de palabras.

—Déjalo tranquilo, Joe —dijo otra voz—; todavía no está consciente; lo golpeaste demasiado fuerte y no puede entenderte.

Blaine conocía esa voz también, estiró la mano y alejó el rostro de sí, y se sentó, apoyando la espalda contra una pared áspera.

—¡Hola, Collins! —le dijo a la segunda voz—. ¿Cómo llegó aquí?

—Me trajeron —dijo Collins.

—Sí, me lo dijeron.

Blaine se preguntó dónde estaría. Aparentemente se trataba de una bodega antigua… El sitio ideal para conspirar.

—¿Son amigos suyos? —le preguntó.

—Parece que sí.

La cabeza del inspector apareció nuevamente.

—No se me acerque —dijo Blaine.

Otra voz le ordenó a Joe que se alejara, y Blaine la reconoció también.

El rostro de Joe desapareció.

Blaine levantó el brazo y se limpió la cara.

—El próximo que encuentre aquí será seguramente Farris.

—Farris está muerto —dijo Collins.

—No creí que se atreviera a hacerlo —dijo Lucinda Silone.

Norman volvió la cabeza hacia la áspera pared y vio a los que estaban de pie alrededor de él; Collins, Lucinda y Joe, además de otros dos hombres que no conocía.

—No volverá a reírse —dijo Blaine—; le quité para siempre las ganas de reírse.

—Los muertos no se ríen nunca —dijo Joe.

—No le pegué muy fuertemente…

—Lo suficiente.

—¿Cómo lo saben?

—Nos aseguramos de ello —dijo Lucinda.

Norman la recordó como la había visto la otra mañana, sentada frente a su escritorio con toda tranquilidad; también ahora estaba tranquila, y Blaine pensó que era capaz de asegurarse completamente de que un hombre estuviera muerto.

No había sido una cosa muy difícil de hacer. Habían visto a Blaine trepar por la pared y seguramente se habían lanzado en su persecución; mientras los guardias se lanzaban a buscarlo, había sido una cuestión relativamente simple deslizarse a la casa y asegurarse de que Farris estaba muerto.

Levantó una mano y se tocó el chichón que tenía en la cabeza, detrás de la oreja. También se habían asegurado de él, pensó; se habían asegurado que no despertaría demasiado pronto y de que no les causara problemas. Se puso en pie con dificultad y se sostuvo poniendo una mano contra la pared para afirmarse.

Se volvió y miró a Lucinda.

—Conque Educación, ¿eh? —le dijo, y luego se volvió hacia Collins—. ¿Usted también?

Miró al resto de los presentes, uno por uno.

—¿Y usted? —preguntó—. ¿Todos ustedes?

—Educación lo descubrió hace tiempo —le dijo Lucinda—. Desde hace más de un siglo hemos estado investigándolo, y esta vez, amigo, tenemos al Departamento de Sueños acorralado.

—Una conspiración —dijo Blaine, riendo guturalmente—. ¡Qué

maravillosa combinación! Educación y Conspiración, y además, los inspectores. ¡Oh, Dios! ¡No me digan que también participan los inspectores!

Lucinda sostuvo alta la barbilla, los hombros derechos, y dijo:

—Sí, también ellos.

—Nada puede sorprenderme ya —le dijo Blaine, y luego señaló a Collins con el dedo, inquisitivamente.

—Un hombre pidió unos sueños antes de que nosotros supiéramos nada y creyó en el valor que ustedes se dan a sí mismos. Nos pusimos en relación con él.

—¡En relación!

—Por supuesto, no creerá que carecemos de… Bueno; puede llamarles, si quiere… representantes, en el Centro.

—Espías.

—Muy bien, llámeles espías.

—Y yo…, ¿qué papel represento en todo esto? ¿O es que sólo me crucé en sus planes?

—¿Cruzarse usted en nuestros planes? ¡Nunca! Era tan consciente, querido, tan orgulloso, tan satisfecho de sí mismo y tan idealista…

Entonces, no se había equivocado mucho; había sido efectivamente una conspiración de Educación, con la diferencia de que ésta había tropezado con las intrigas del Centro y él se encontraba preso en medio de todo. ¡Qué increíble era todo aquello! Si hubieran tratado intencionalmente de provocar un caos tan terrible, habrían tenido que trabajar durante toda una vida para lograrlo.

—Ya le dije, amigo, que había algo sospechoso —dijo Collins—. Que esos sueños estaban fabricados siguiendo cierto método, para un propósito definido.

Un propósito, pensó Blaine; el propósito era coleccionar datos de civilizaciones hipotéticas, de culturas imaginarias; para tener conocimientos seguros de lo que sucedería bajo diversas condiciones posibles; para coleccionar y coordinar los datos y seleccionar de entre ellos los factores que pudieran ser injertados a la civilización actual; para realizar la construcción de una cultura de una manera científica y deliberada, como un carpintero podía construir un gallinero. La madera y los clavos usados en esa cultura

gallinero habrían sido fabricados del material de los sueños vividos por los durmientes engañados.

¿Cuál era el propósito de Educación al delatar la intriga? Quizá era solamente política, porque el gremio que pudiera desenmascarar un complot semejante, obtendría grandes beneficios de la admiración pública y estaría reforzado así para las batallas venideras. O quizá el propósito era más idealista, motivado honradamente por el deseo de vencer un plan que, con toda seguridad, pondría a un gremio sobre el control absoluto de los demás.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Blaine.

—Quieren que presente una queja —dijo Collins.

—Y usted accede a ello.

—Supongo que sí.

—Pero ¿por qué usted y por qué ahora? Hay otras personas a quienes se substituyeron los sueños; usted no fue el primero. Educación debe de haber enviado un buen número de personas a dormir.

Blaine se volvió y miró a la muchacha.

—Usted hizo su solicitud, usted misma trató de entrar —le dijo.

—¿De veras? —preguntó ella.

¿Lo había hecho en realidad? O, ¿había hecho su solicitud solamente para atraer su atención? Porque ahora le parecía evidente que había sido seleccionado como un eslabón débil en el Departamento de Sueños. ¿Cuántos otros eslabones débiles habían usado en el pasado los de Educación? ¿Habían empleado la solicitud de ella para ponerse en contacto con él, como medio para ejercer una presión y hacerle realizar algo que Educación quisiera que hiciera alguien como él?

—Estamos usando a Collins —dijo Lucinda—, porque él es el primer espécimen de grado A independiente que hemos encontrado, que no está relacionado con el espionaje de Educación. Nosotros usamos a nuestros propios durmientes para crear la evidencia, pero no podemos presentar ante el tribunal esas pruebas obtenidas por espías profesionales, y Collins tiene una historia limpia; él tomó los sueños antes de que nosotros siquiera sospecháramos lo que estaba sucediendo.

—Él no es el primero; ha habido otros. ¿Por qué no los utilizan a

ellos?

—Porque no están disponibles.

—No están…

—El Departamento de Sueños podría decir lo que sucedió; quizá usted mismo sepa lo que les sucedió, señor Blaine.

Norman sacudió la cabeza.

—Pero ¿por qué estoy yo aquí? Seguramente no esperan que yo testifique. ¿Con qué propósito me trajeron?

—Le salvamos la vida —dijo Collins—; parece que lo olvida.

—Puede usted marcharse cuando lo desee —le dijo Lucinda.

—Pero lo persiguen; la policía anda tras usted —dijo Joe.

—Si yo fuera usted —dijo Collins—, creo que me quedaría.

Estaban seguros de tenerlo; Blaine podía ver lo que pensaban… Lo tenían atado y acosado, de manera que tendría que hacer cualquier cosa que desearan. Una ira sorda y fría comenzó a apoderarse de él, le irritó enormemente que alguien pensara que era fácil atrapar a un hombre de Sueños y manejarlo a su voluntad.

Norman Blaine dio un paso hacia adelante retirándose de la pared, y se mantuvo en pie débilmente, sin ningún apoyo, en el sótano en penumbra.

—¿Por dónde es la salida? —preguntó.

—Subiendo esos escalones —dijo Collins.

—¿Cree que podrá lograrlo? —preguntó Lucinda.

—Lo lograré.

Caminó con paso cansado hacia las escaleras, pero cada paso que daba le infundía mayor seguridad, y supo que lo lograría; que podría subir los escalones y perderse en la frialdad de la noche. De pronto, sintió grandes ansias de respirar el aire fresco de la noche y abandonar ese hoyo nauseabundo que olía a nefandas conspiraciones.

Se volvió y se enfrentó a ellos, que continuaban de pie como si fueran espectros de enormes ojos que resaltaran contra la pared del sótano.

—Muchas gracias por todo —les dijo.

Permaneció otro instante inmóvil, observándolos.

—Por todo —repitió.

Luego, dio media vuelta y subió las escaleras.

12

LA noche era obscura, a pesar de que la aurora no podía estar muy lejana; la luna había desaparecido, pero las estrellas brillaban como firmes lámparas. El viento furtivo del amanecer había llegado a juguetear por las calles.

Blaine observó que se encontraba en un pueblo pequeño; uno de los muchos centros comerciales repartidos por el campo, con sus miríadas de tiendas resplandecientes con las luces nocturnas.

Se alejó de la entrada del sótano, levantando la cabeza para sentir el viento que golpeaba contra ella. El aire era puro y fresco, después de respirar la humedad del sótano; aspiró profundamente y le pareció que eso hacía desaparecer la neblina de su cerebro y daba nueva fuerza a sus piernas.

La calle estaba vacía. Caminó a lo largo de ella, preguntándose qué debía hacer. Era obvio que algo debía decidir. Le tocaba el turno de actuar. No podía permitirse seguir caminando por las calles del centro comercial hasta que llegara la mañana.

¡Era absolutamente necesario que encontrara un lugar en donde esconderse de los policías que lo buscaban!

Pero no había ningún lugar en que pudiera hacerlo; sabía que ellos no cejarían un ápice en su búsqueda, pues había matado a su jefe, o cuando menos parecía que lo había hecho, y eso constituía un precedente que no podían dejar pasar sin un ejemplar castigo.

No decretarían la alarma general, porque la muerte de Farris no podía ser anunciada; pero eso no quería decir que la búsqueda fuera realizada con menos ferocidad. Desde ese momento lo estarían buscando, y habrían revisado los lugares que frecuentaba y las casas de sus amigos. No podría regresar a casa, ni a la de Harriet, ni a ningún otro sitio…

¡La casa de Harriet!

Harriet no estaba en su casa; andaba en algún lado buscando una historia que él debía acallar en alguna forma. Eso era muy importante y no precisamente por su seguridad personal; estaban el honor y la integridad del gremio de los Sueños, si es que le quedaba algo de honor y de integridad.

Pero Norman Blaine se dijo que aún existían; el honor y la integridad brillaban todavía en los millares de trabajadores y en los jefes de los Departamentos, que ni siquiera habían oído hablar de los sueños substituidos. El propósito básico del gremio seguía siendo lo que había sido durante mil años, para la gran mayoría de sus miembros. Para ellos, la llama del servicio, el honor y la satisfacción de ese servicio, la dedicación a él, ardía con la misma fuerza de siempre.

Pero no durante mucho tiempo; no durante muchos días. El primer encabezado en uno de los periódicos, el primer rumor de escándalo y la luz clara y brillante de sus propósitos serían como una tea que resplandecería vivamente en la suciedad y en la vergüenza tenebrosa.

Había un medio; tenía que haber un medio para evitarlo. Debía existir una forma de que el gremio de los Sueños pudiera salvarse, y si ese medio existía tenía que encontrarlo ese mismo día, porque, entre todos, Blaine era el único que conocía la inminencia del deshonor.

El primer paso sería encontrar a Harriet, hablar con ella y hacerle pesar el bien y el mal de la situación.

Los hombres de Farris lo perseguían, pero tendrían que hacerlo ellos solos; no podrían pedir la ayuda de ningún otro sindicato. Pensó que sería relativamente seguro hacer una llamada telefónica.

En el extremo de la calle vio una cabina telefónica y se dirigió hacia ella, apresurando sus pasos, que golpeaban claramente en el silencio del amanecer.

Marcó el número de la oficina de Harriet.

Pero una voz le dijo que no se encontraba allí, ni tenía tampoco idea de en dónde estaría. Preguntó si deseaba que ella le llamara cuando regresara.

—No, no es de importancia —dijo Blaine.

Marcó otro número.

—Ya hemos cerrado —le contestó una voz—; no hay nadie aquí.

Llamó a un tercer número, y no obtuvo respuesta.

Marcó todavía otro número más.

—No hay nadie aquí, señor; hace horas que cerramos, pues ya es casi la madrugada.

Tampoco la encontró en su oficina ni en ninguno de los lugares a los que solía asistir por las noches.

¿Acaso estaría en su casa?

Vaciló un momento, y luego decidió que no era prudente llamarla allí. Los hombres de Farris, contraviniendo los reglamentos de Comunicaciones, habrían intervenido la línea telefónica de su casa.

Luego, recordó aquel pequeño sitio cerca del lago, en donde habían pasado una tarde. «Es posible que esté allí», se dijo.

Buscó el número del teléfono, que había anotado en su agenda, y lo marcó.

—Sí; aquí está —le dijo el hombre que contestó.

Blaine esperó.

—¡Hola, Norm! —dijo la mujer, y Norman percibió el miedo en su voz y en su respiración agitada.

—Tengo que hablar contigo.

—Norm —dijo ella—, Norm, ¿cómo se te ocurrió llamar? No puedes hablar conmigo, los policías te andan buscando…

—Tengo que hablar contigo; esa historia…

—Ya tengo la historia, Norm.

—Pero tienes que escucharme. Tu historia está equivocada, no es como tú crees; estás en un error.

—Es mejor que huyas, Norm. Los policías están por todas partes.

—¡Malditos sean! —dijo Blaine.

—Adiós, Norman —le dijo la mujer—; espero que logres escapar.

Luego, se cortó la comunicación.

Blaine se quedó asombrado, mirando el teléfono.

Espero que logres escapar. Adiós, Norman. Espero que puedas escapar.

Harriet había estado asustada al llamar él; no había querido escucharlo. Ahora, se arrepentía de haberlo conocido; era un hombre caído en desgracia. Un asesino perseguido por la policía.

Harriet tenía la historia, tal y como le había dicho, y eso era todo lo que le importaba a ella. Una historia nacida en un susurro, de ginebra y tónico, o de *whisky* escocés con soda. La historia antigua y sabia recogida por medio de muchas confidencias, gracias a que conocía a la gente importante, y al uso de sus influencias.

—Algo feo —había dicho Blaine.

De manera que ella tenía la historia y la escribiría pronto, sabiendo que sería escrita en grandes letras llamativas, para que todo el mundo la leyera.

Debía existir alguna manera de detenerla; era absolutamente necesario que así fuera.

¡Y sí existía esa manera!

Blaine cerró los ojos y se estremeció, sintiendo frío de terror.

—No; no —dijo.

Pero era el único medio de salida; Blaine se puso en pie, salió de la cabina y permaneció inmóvil en la soledad de la calle, observando las luces de las tiendas que se reflejaban en el centro de la avenida, mientras los primeros vientos del amanecer soplaban en el cielo, sobre los tejados.

Un automóvil se acercó lentamente por la calle. Iba con las luces apagadas, pero él no se dio cuenta de ello hasta que estaba casi a su lado. El conductor sacó la cabeza y dijo:

—¿Quiere subir, señor?

Blaine dio un salto, asustado por el vehículo, y la voz. Los músculos se le pusieron tensos, pero no tenía a dónde ir, no podía esconderse, ni huir; sabía que lo habían acorralado, y se preguntó por qué no disparaban.

La puerta de atrás se abrió.

—Entre —dijo Lucinda Silone—. No se quede ahí parado ni discuta. Suba; no sea necio.

Norman caminó rápidamente y saltó al coche, golpeando la puerta.

—No podía dejarlo ahí, desvalido —dijo la muchacha—. Los hombres de Farris lo localizarían inmediatamente, en cuanto saliera el sol.

—Tengo que ir al Centro —le dijo Blaine—. ¿Puede dejarme allí?

—¿Al Centro?

—Tengo que ir —dijo Blaine—; si ustedes no me llevan…

—Lo llevaremos.

—No podemos llevarlo allí, y usted lo sabe —dijo el conductor.

—Joe, Joe, el señor quiere ir al Centro.

—Es una verdadera estupidez —dijo Joe—. ¿A qué quiere ir al Centro? Nosotros podemos esconderlo; podemos…

—No me buscarán allí —dijo Blaine—. Es el último lugar en el que sospecharán que me encuentro.

—No puede entrar…

—Yo puedo hacerlo entrar.

13

DIERON VUELTA por el camino circular y se encontraron con que éste estaba bloqueado, y no había tiempo de detenerse ni espacio para dar la vuelta y escapar.

—¡Agáchense! —gritó Joe.

El motor rugió con furia repentina cuando el acelerador fue metido a fondo; Blaine estiró un brazo, y asió a Lucinda tirando de ella hacia abajo y, al hacerlo, cayeron ambos al suelo del automóvil.

El metal crujió estruendosamente cuando el auto golpeó contra la barrera. Con el rabillo del ojo, Norman Blaine vio que los maderos volaban, pasando al lado de la ventana; algún otro objeto golpeó una de éstas y fueron bañados por una lluvia de fragmentos de vidrio.

El automóvil se detuvo, patinó, y después, siguió adelante; una de las llantas estaba destrozada y golpeaba al rodar por el pavimento.

Blaine se asió fuertemente al respaldo del asiento y se levantó, ayudando a Lucinda a que también lo hiciera.

La tapadera del motor se soltó y se elevó, haciendo que el chófer perdiera completamente de vista el camino; el metal estaba torcido y golpeado, agitándose con el viento.

—No podrá resistir mucho —gruñó Joe, tratando de controlar la dirección.

Se volvió a mirarlos; fue una mirada rápida y luego volvió la cabeza, pero Blaine vio que la cara del conductor estaba bañada en sangre que manaba de una cortadura que tenía en la frente.

Un obús explotó al lado de ellos, y pedazos de metal retorcido se estrellaron contra el automóvil, que volaba.

Eran morteros de mano, ¡y el próximo caería más cerca!

—¡Salten! —gritó Joe.

Blaine vaciló, y un pensamiento se apoderó rápidamente de su mente. No podía saltar, no podía dejar a ese hombre solo; a este inspector llamado Joe. Tenía que quedarse con él. Después de todo, esa batalla era más suya que de él.

Los dedos de Lucinda apretaron su brazo, estrujándolo.

—¡La puerta!

—Pero Joe…

—¡La puerta! —le gritó Lucinda.

Otro obús explotó junto al auto ligeramente a un lado. La mano de Blaine encontró el botón de la puerta y lo apretó. Ésta se abrió violentamente, golpeando hacia atrás. Blaine se lanzó por la abertura.

Golpeó el concreto con el hombro y resbaló sobre éste; luego, el concreto terminó y siguió cayendo hacia la nada; chocó con agua y un lodo pastoso y comenzó a luchar por salir de él, tosiendo y sacudiéndose el lodo y el polvo.

Le dolía mucho la cabeza y tenía un dolor sordo en el cuello y el hombro con el que había chocado el concreto. Cuando saltó del vehículo parecía estar en fuego. Percibió el olor acre de la suciedad y de la humedad de la vegetación putrefacta; el viento que soplaba por el pequeño barranco era tan frío, que lo hizo estremecerse.

Más adelante del camino, otro obús explotó y en un rayo de luz vio objetos metálicos que volaban por todas partes. Luego, una columna de llamas se elevó y ardió como una antorcha.

«Ese fue el auto», pensó.

Y también Joe…, el hombrecillo que le había salido al paso en el terreno del estacionamiento aquella mañana; el pequeño inspector por quien había sentido ira y desprecio. Pero un hombre que había muerto, que había estado a hacerlo, por algo que era mucho más importante que él mismo.

Blaine salió de la zanja, inclinándose tanto como podía tras la vegetación que crecía a lo largo de sus orillas.

—¡Lucinda!

Oyó el chapoteo del agua un poco más adelante y se asombró del sentimiento de alivio que experimentó.

Entonces, Lucinda se había salvado; estaba segura allí en la zanja…, aunque en realidad, estar en la zanja era solamente una

seguridad temporal. Podían haber sido vistos por los policías que vigilaban. Tendrían que escapar y tan rápidamente como fuera posible.

La luminosidad del auto en llamas comenzaba a decaer y la zanja estaba más obscura. Procuró avanzar, tratando de producir el menor ruido posible.

Ella le estaba esperando, oculta por la pared de la zanja.

—¿Está usted bien? —susurró Norman.

Ella asintió, haciendo un movimiento rápido en la obscuridad.

Lucinda levantó un brazo. El Centro, visto desde allí, por entre los arbustos del pantano, parecía un enorme edificio que se elevaba contra las primeras luces del amanecer.

—Ya casi llegamos —le dijo ella, suavemente.

Lucinda siguió conduciéndolo lentamente a lo largo de la zanja, atravesando el pantano, siguiendo el sendero húmedo que corría por entre la cerrada vegetación de juncos y juncias.

—¿Sabe por dónde vamos?

—Limítese a seguirme —dijo la joven.

Blaine se preguntó cuántas otras personas habrían seguido aquel sendero oculto por el pantano, y cuántas veces ella misma lo habría hecho. Le era difícil pensar en ella como la veía ahora: sucia de lodo del pantano y caminando por el agua. A sus espaldas se oían todavía los gritos de los policías que habían estado estacionados junto al bloqueo.

Blaine pensó que en esa ocasión los hombres de Farris habían rebasado la línea, bloqueando una carretera pública. Alguien podía crearles verdaderas dificultades por hacerlo.

Le había dicho a Lucinda que los policías nunca pensarían que él regresaría al Centro, pero se había equivocado. Al parecer, habían calculado que él trataría de regresar y lo habían estado esperando. ¿Por qué?

Lucinda se detuvo frente a la boca de un tubo de desagüe de unos noventa centímetros de diámetro que sobresalía de la pared del barranco, justamente a la orilla del canal. Un pequeño hilo de agua salía de él, e iba a dar al pantano.

—¿Sabe arrastrarse?

—Puedo hacer cualquier cosa —le contestó Norman.

—La distancia es grande.

Él echó una mirada a la enorme masa del Centro, que parecía nacer del propio pantano, visto desde el punto donde ellos se encontraban.

—¿Tenemos que recorrerlo todo?

—Todo —contestó Lucinda.

Lucinda levantó una mano llena de lodo, para echarse hacia atrás una mecha de cabellos que le había caído sobre la frente, y dejó una mancha de lodo sobre su rostro. Él sonrió al verla de esa manera, empapada y sucia. Ya no era la joven tranquila y serena que se había sentado frente a su escritorio.

—Si se ríe en voz alta —dijo ella—, le juro que le daré una bofetada.

Lucinda apoyó los codos sobre la orilla del tubo de desagüe, y se impulsó hacia arriba, entrando en él, arrastrándose sobre las manos y las rodillas.

Blaine la siguió.

—Conoce muy bien el camino —comentó Norman, y su voz, que era sólo un susurro, fue ampliada por el tubo, haciendo que se repitiera varias veces en un eco espectral.

—Tuve que hacerlo; luchamos con un enemigo despiadado.

Se arrastraron en completo silencio, durante un tiempo que les pareció una eternidad.

—Aquí, tenga mucho cuidado —advirtió Lucinda. Le tendió una mano y lo guio hacia adelante, en medio de la obscuridad. Se percibía una débil luz que penetraba por una parte rota en uno de los costados del tubo, en donde había sido retirado un pedazo de losa—. Tendrá que pasar por ahí —le dijo Lucinda.

Norman vio cómo se deslizó por el hueco y se perdió de vista, y la siguió con cautela. Una de las puntas de la losa le hirió en la espalda y rasgó su camisa, pero obligó a su cuerpo a pasar por el hueco y se dejó caer.

Se encontraron en un corredor mal alumbrado, el aire era fétido y viciado, las rocas goteaban la humedad; continuaron caminando y llegaron a un tramo de escaleras por las que subieron llegando después a otro corredor y subiendo nuevamente.

Luego, repentinamente, ya no encontraron rocas que goteaban, y la humedad desapareció. Se encontraron en un pasillo de mármol que le era familiar, desde donde podían verse los murales del

primer piso, que brillaban sobre las paredes en la parte superior de las brillantes puertas de los ascensores.

Había algunos robots en el pasillo. De pronto, los robots los vieron, y se dirigieron hacia ellos.

Lucinda retrocedió hasta la pared y Blaine la asió por la muñeca.

—¡Rápido! —le dijo—; vámonos por la parte de atrás…

—Blaine —dijo uno de los robots—; espéreme un momento, Blaine.

Norman se volvió y esperó; los robots se detuvieron.

—Lo estábamos esperando —dijo el robot que había hablado antes—; estábamos seguros de que lograría entrar.

Blaine asió la muñeca de Lucinda.

—Espere —murmuró la joven—; algo raro sucede aquí.

—Roemer dijo que usted regresaría —dijo el robot—. Aseguró que usted intentaría venir.

—¿Roemer? ¿Qué tiene que ver Roemer en esto?

—Estamos con usted —dijo el robot—. Sacamos a todos los hombres de Farris. Permítame, señor…

Las puertas del ascensor más cercano se deslizaron suavemente.

—Vayamos con ellos —le aconsejó Lucinda—. Me parece que son sinceros.

Entraron en el ascensor con el robot que había hablado con ellos.

El ascensor subió, y luego, se detuvo. Las puertas se abrieron y ambos salieron entre dos filas de robots que flanqueaban el camino desde el ascensor hasta la puerta en la que se leía: Archivos.

Un hombre estaba en pie junto a la puerta; un hombre alto, decidido, de cabellos negros, a quien Norman Blaine había visto en algunas ocasiones. Un hombre que había escrito: En caso de que me necesite más tarde, estoy a su disposición.

—Me enteré de todo, Blaine —dijo Roemer—. Esperaba que intentara regresar. Sabía que lo haría.

Blaine se quedó mirándolo, asombrado.

—Me alegra que piense eso, Roemer. Dentro de cinco minutos…

—Alguien tenía que hacerlo —dijo Roemer—; no piense demasiado en eso. Tenía que suceder así.

Blaine caminó como si sus pies estuvieran cargados de plomo por entre las filas de robots, pasó al lado de Roemer y cruzó la

puerta.

El teléfono estaba sobre el escritorio y Norman Blaine se sentó pesadamente sobre la silla que estaba junto a él. Lentamente, estiró la mano para cogerlo.

¡No! ¡No! Tenía que haber otra solución; era absolutamente necesario que existiera una forma mejor de derrotarlos. Harriet tenía su historia, y todos los hombres de Farris lo perseguían. Ese complot, cuyas raíces se remontaban a siete siglos atrás, ahora podría lograrlo. Con Roemer y los robots de su parte podía hacerlo.

Cuando había pensado en ello por primera vez, no había estado seguro de poder hacerlo; recordó que su único pensamiento había sido regresar al Centro como fuera, para llegar a su oficina y apoderarse del lugar para controlarlo tanto como fuera posible, de manera que nadie intentara impedir que hiciera lo que había decidido hacer.

Había esperado morir allí, detrás de algún escritorio o de una silla, abatido por las balas de los hombres de Farris, que habrían vencido finalmente todos los obstáculos para entrar.

Tenía que haber otra manera, pero no existía otro camino. Sólo había una solución; el fruto amargo de setecientos años de sentarse calladamente en un rincón con las manos sobre las piernas y el cerebro envenenado. Levantó el receptor y lo sostuvo un momento, mirando a Roemer, que se encontraba al otro lado del escritorio.

—¿Cómo lo logró? —preguntó—. ¿Cómo se ganó a los robots y por qué lo hizo?

—Giesey está muerto —dijo Roemer—, lo mismo que Farris. No se ha hecho el nombramiento para esas plazas de nadie; es simplemente la cadena del mando, amigo. Primeramente, el agente de negocios; luego, Protección; después, Archivos. Así que usted es ahora el jefe: ha quedado como director de Sueños, desde el momento en que murió Farris.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Blaine.

—Los robots son leales —continuó Roemer—; no a un hombre en particular; ni siquiera a un departamento. Fueron acondicionados para ser leales a Sueños, y usted, amigo mío, representa ahora al departamento de Sueños. ¿Por cuánto tiempo?, no lo sé; pero por el momento, usted es Sueños.

Se contemplaron un largo instante.

—La autoridad está en sus manos —dijo Roemer—. ¡Vamos! Haga su llamado.

Blaine pensó: «Así que esa es la razón por la que los hombres de Farris supusieron que yo regresaría». Habían establecido bloqueos, no solamente en una carretera, sino quizá en todas, de manera que no pudiera regresar hasta que alguien hubiera sido nombrado para los puestos superiores.

«Debí pensar en ello», se dijo. «Lo sabía; esta misma tarde pensé que yo era el tercero en la jerarquía».

El telefonista estaba diciendo:

—Su número, por favor; su número, por favor. ¿A qué número desea llamar?

Blaine le dio el número y esperó.

Lucinda se había reído de él y le había dicho: «Es usted un hombre muy dedicado». Quizá no con esas mismas palabras, pero el significado había sido el mismo; se había burlado de su dedicación, probándolo, para ver cómo reaccionaba. Un hombre dedicado, había dicho ella y, ahora, veía al fin el premio a esa dedicación.

—Aquí, Central de Noticias —dijo una voz.

—Tengo un artículo para ustedes.

—¿Quién habla, por favor?

—Norman Blaine. Soy Blaine, del departamento de Sueños.

—¿Blaine? —Siguió una pausa—. ¿Dijo que su nombre era Blaine?

—Exactamente.

—Tenemos otro artículo aquí —dijo la Central de Noticias— que nos fue enviado por uno de nuestros departamentos. Lo hemos estado confirmando. En realidad, lo detuvimos para asegurarnos…

—Haga una transcripción de lo que voy a decir. Quiero que reciban esto correctamente; no me gustaría que equivocaran las citas.

—La transcripción está preparada, señor.

—Entonces, ahí va…

Entonces, ahí va.

He aquí el fin de todo…

—Adelante, Blaine.

Blaine comenzó a hablar.

—Durante setecientos años, el departamento de Sueños ha

estado desarrollando una serie de experimentos dirigidos al estudio de culturas paralelas…

—Eso es exactamente lo que dice el artículo que tenemos, señor. ¿Está seguro de que es lo correcto?

—¿Duda de ello?

—No, pero…

—Pues es cierto; hemos trabajado en ese plan durante setecientos años, en el más estricto secreto, debido a ciertas citaciones continuas que hacen imposible el mencionar algo de ello…

—La historia que tenemos…

—¡Olvide la historia que tienen! —gritó Blaine—. No sé qué se dice en ella. Yo llamé para decirles que vamos a relatarlo todo, ¿comprende esto? Vamos a relatarlo todo. En los próximos días, pensamos poner todos nuestros datos a disposición de una comisión especialmente creada para ello. Sus miembros serán elegidos entre los diferentes gremios, para que hagan una revisión de los datos y decidan el mejor uso que pueda dárseles.

—Blaine, espere un minuto.

Roemer tomó el teléfono.

—Déjeme terminar; está usted muerto de cansancio. Descanse ahora, y yo terminaré de hacerlo.

Levantó el receptor, sonriendo.

—Querrán tener los datos necesarios sobre su posición, autoridad y todo lo demás.

Volvió a sonreír.

—Esto es lo que Giesey deseaba, Blaine; por eso Farris lo obligó a que me despidiera, y esta es la razón por la que lo mató…

Roemer habló entonces con Central de Noticias:

—¡Hola! Blaine tuvo que salir. Yo les diré lo que falta…

¿Lo que falta? No quedaba más que decir. ¿No podían entenderlo? Lo había dicho claramente.

El departamento de Sueños estaba privándose de la única oportunidad que tendría para alcanzar la grandeza; era todo lo que Sueños tenía, y Norman Blaine lo había desperdiciado. Había vencido a Harriet, a Farris y a los hombres de este último que lo perseguían, pero era una victoria amarga e inútil.

Había salvado el honor de Sueños, pero eso era todo lo que

había logrado salvar.

Algo; un pensamiento, o quizá un impulso, hizo que levantara la cabeza. Era como si alguien lo hubiera llamado desde el otro extremo de la habitación.

Lucinda estaba en pie, al lado de la puerta, mirándolo con una dulce sonrisa reflejada en su rostro lleno de lodo. Su mirada era profunda y acariciadora.

—¿No los oye vitorear? —le preguntó—. ¿No oye que todo el mundo lo vitorea? ¡Sí, Blaine; hace mucho tiempo que el mundo entero no había vitoreado a nadie!

EL VAN GOGH DEL ESPACIO

EL planeta era tan poco importante y estaba tan alejado del centro, que ni siquiera tenía un nombre, sino solamente una clave y un número que daba su posición. La ciudad tenía un nombre, pero era tan extraño, que a un ser humano le era imposible pronunciarlo correctamente.

Era muy costoso llegar hasta allá. Bueno, no precisamente llegar, porque todo lo que se lograba hacer era trazar la ruta; pero costaba una buena suma de dinero establecer una coordenada para dicha ruta. Por la lejanía del planeta, el computador tenía que hacer un trabajo tan minucioso, que era necesario corregir hasta la aproximación de siete puntos decimales; de otra manera, uno corría el riesgo de materializarse a millones de kilómetros de su destino, en las profundidades del espacio; o se llegaba al planeta, pero a unos mil quinientos kilómetros sobre él, o lo que era peor, a unos trescientos kilómetros bajo su superficie. Como se ve, todos estos resultados podían ser peligrosos, si no es que fatales.

En todo el universo, nadie tenía ninguna razón para ir a ese sitio, excepto Anson Lathrop. Lathrop tenía que ir allí, porque ese era el sitio en que Reuben Clay había muerto.

Tuvo que gastar una buena cantidad de dinero para recibir instrucciones sobre los usos tradicionales y el lenguaje del planeta, y otra cantidad todavía mayor para que le trazaran su ruta, que, en este caso, representaba dos procesos: la ida y la vuelta.

Cuando llegó allí era cerca de mediodía, aunque no llegó precisamente a la ciudad, porque aun con siete puntos decimales no se lograba hacer llegar a una persona con toda exactitud, aunque, en realidad, el error no resultó ser tan grande, porque apareció a unos treinta y dos kilómetros de distancia del lugar y

aproximadamente a tres metros y medio sobre el suelo.

Se levantó y se sacudió el polvo por la mochila que llevaba, porque cuando cayó, ésta le sirvió para amortiguar el golpe.

El planeta, o cuando menos lo que podía ver de él, era un lugar lúgubre. Era un día nublado y tuvo gran dificultad en saber dónde terminaba el horizonte y dónde comenzaba el cielo, debido a que la tierra era incolora; el terreno era plano y se extendía como una gran llanura, sin árboles ni cordilleras que rompieran su monotonía. Estaba cubierto, aquí y allí, por manchas de pequeños arbustos.

Había aterrizado cerca de un camino y pensó que cuando menos había eso, porque recordó de sus instrucciones que el planeta no tenía carreteras; solamente unos cuantos senderos.

Se colocó firmemente la mochila en su lugar y comenzó a andar por el sendero. Había caminado un kilómetro y medio cuando llegó a un letrero, muy maltratado por la intemperie, y aunque no estaba muy seguro de leer muy correctamente los símbolos, parecía indicar que iba en la dirección equivocada, de manera que dio vuelta, esperando fervientemente haber leído bien los signos.

Llegó a la ciudad cuando el atardecer comenzaba a cubrirlo todo, después de una caminata solitaria en la que no había encontrado a nadie, excepto a un feroz y extraño animal que se sentó erecto a verlo pasar, silbándole constantemente, como si estuviera asombrado de verlo.

Pero tampoco vio muchas más cosas cuando llegó a la ciudad.

Ésta, como ya se lo habían indicado, se parecía en algo a uno de esos pueblecillos de las praderas que podían verse en la parte occidental de Estados Unidos, en su planeta nativo, la Tierra.

En los extremos de la ciudad se encontró con porciones cultivadas de tierra con extraños cultivos y, en algunos de aquellos sembradíos, vio, trabajando en la penumbra de la tarde, a tres pequeñas figuras parecidas a los gnomos. Cuando se detuvo y les habló, ellos simplemente se quedaron mirándolo un momento y volvieron a su trabajo.

Continuó caminando por la única calle de la ciudad que no era sino un sendero un poco más frecuentado, mientras trataba de encontrar algún sentido en las entradas a las madrigueras, cada una de las cuales estaba reforzada con un túmulo de tierra, que había sido extraída recientemente. Cada uno de los montículos era muy

semejante al siguiente y la boca de ninguna de las madrigueras parecía tener nada que la distinguiera de las demás.

Frente a ellas, había numerosas figuras diminutas, semejantes también a los gnomos que él supuso serían niños jugando, pero cuando se acercó, ellos corrieron rápidamente y se escondieron, para no volver a reaparecer.

Siguió caminando, recorriendo toda la calle, y, cuando estaba parado al otro extremo, vio que había una madriguera un poco mayor que las demás a cierta distancia de allí, coronada por lo que parecía ser una especie de tosco monumento; un chapitel algo grueso que señalaba hacia arriba, como si fuera un dedo dirigido al cielo.

Y eso le pareció sorprendente, porque no había sido mencionado en su instrucción. Nada le habían dicho de monumentos ni estructuras religiosas, aunque comprendió que la información que había recibido debía ser necesariamente incompleta, para un lugar como ese, ya que no se sabían muchas cosas respecto al planeta ni respecto a sus habitantes. Con todo, no era muy ilógico suponer que aquellos gnomos pudieran poseer todavía alguna religión, porque en algunas partes se encontraban todavía residuos de ellas. A veces se trataba de algo nativo del planeta, y en otros casos, era solamente lo que había sobrevivido de las trasplantaciones del planeta Tierra, o de alguno de los otros numerosos sistemas en los que las religiones habían florecido durante algún tiempo.

Dio media vuelta y recorrió nuevamente la calle, regresando sobre sus propios pasos. Se detuvo en medio de la ciudad. Nadie salió a recibirlo, de manera que se sentó a la mitad del sendero, y esperó. Sacó un bocadillo de su mochila, se lo comió y bebió agua de una de las botellas al vacío de que se había provisto, y se preguntó por qué Reuben Clay había escogido aquel lugar tan pobre para pasar en él los últimos días de su vida.

No es que ello fuera extraño en el hombre; era un lugar humilde, y Clay había sido un hombre humilde, que había sido conocido como el «Van Gogh del espacio». Clay había vivido dentro de sí mismo más que con el universo que lo rodeaba; no había buscado la gloria ni la fama, aunque pudo haber reclamado ambas cosas… En ocasiones, a decir verdad, parecía que huía de ellas. Durante toda su vida había dado la impresión de ser un hombre que se escondía

continuamente; que huía de algo o que perseguía alguna cosa… Un hombre dado a investigar e indagar y que nunca alcanzaba lo que estaba buscando. Lathrop sacudió la cabeza; era difícil saber qué clase de hombre había sido Clay; si el hombre perseguido, o el cazador. Si había sido perseguido, ¿qué era lo que había temido? Y si cazador, ¿qué era lo que buscaba?

Lathrop oyó que alguien se acercaba arrastrando los pies por el sendero, volvió la cabeza y vio que una de las criaturas semejantes a gnomos se acercaba a él. El gnomo era viejo; su pelo era gris y, cuando se acercó más, pudo observar otras marcas del tiempo en él; los ojos inyectados de sangre, la piel arrugada, el abundante pelo de las cejas y la nudosa dureza de las manos.

Se detuvo, habló, y Lathrop comenzó a descifrar el lenguaje.

—Buena vista a usted, señor —en realidad no era «señor», pero era lo más aproximado que pudo encontrar para traducirlo.

—Buen oído —dijo Lathrop, ceremoniosamente.

—Buen dormir.

—Buen comer —añadió Lathrop.

Finalmente, ambos mencionaron todos los «buenos» que pudieron encontrar.

El gnomo permaneció en pie sobre el sendero, lo miró largamente otra vez, y luego dijo:

—Usted se parece al otro.

—Clay —dijo Lathrop.

—Más joven —dijo el gnomo.

—Sí; más joven —afirmó Lathrop—, aunque no mucho más.

—Bastante bien —dijo el gnomo, con la intención de hacerle un cumplido diplomático.

—Gracias.

—¿No enfermo?

—Sano —dijo Lathrop.

—Clay sí enfermo, Clay… —El gnomo no dijo «murió», sino algo más semejante a «descontinuado» o posiblemente «terminado», pero el significado era claro.

—Lo sé, y vine a hablar sobre él.

—Vivió con nosotros —dijo el viejo—; él… se descontinuó con nosotros.

¿Hacía cuánto tiempo? ¿Cómo se preguntaba cuánto tiempo

hacía? En ese instante, Lathrop comprendió con cierto sentimiento de horror que no existía ninguna palabra del idioma de los gnomos o cuando menos él no conocía ninguna que representara duración o medida del tiempo; había tiempos verbales del presente, del futuro y del pasado, por supuesto, pero no había ninguna palabra que midiera ni el tiempo ni el espacio.

—Ustedes lo… —Pero no encontró ninguna palabra para enterrar ni una palabra para sepultura.

—¿Lo plantaron ustedes? —preguntó Lathrop.

Sintió claramente el horror que su pregunta había provocado.

—Nosotros…, ¿a Clay?

«¿Se comieron a Clay?», se preguntó Lathrop. «Algunas de las tribus antiguas de la Tierra, y de algunos otros planetas también, acostumbraban devorar a sus muertos confiriéndoles así tiernos honores».

Pero la palabra no era comer.

¿Quemado? ¿Ejecutado? ¿Dejado a merced de las inclemencias?

No; no era ninguna de esas cosas.

—Nosotros… a Clay —insistió el gnomo—. Ese fue su deseo; nosotros le amábamos, y no podíamos hacer menos.

Lathrop hizo una reverencia de agradecimiento.

—Me siento honrado porque lo amabais.

Eso pareció apaciguar al gnomo.

—Él era inofensivo —dijo el gnomo, aunque no, no era exactamente «inofensivo» lo que dijo, fue quizá «bondadoso» o «no cruel». Con ciertos conatos de locura, lo cual era natural, por supuesto, porque en su confusión por medio de la falta de comprensión, un extraño podía parecer algo loco a cualquier otra persona.

Como si hubiera sabido lo que Lathrop pensaba, el gnomo dijo:

—Nosotros no le entendíamos; tenía algo que él llamaba pinturasypinceles, con lo que acostumbraba hacer trazos.

—¿Trazos?

¿Pinturasypinceles? ¡Ah, claro! ¡Pintura y pinceles!

¿Trazos? Sí; claro está, porque los habitantes de ese planeta no podían percibir los colores. Para ellos, las pinturas de Clay eran solamente trazos.

—¿Él hizo eso?

—Sí, eso aquí.

—¿Cree que puedo verlo?

—Por supuesto —dijo el gnomo—, si me quiere seguir.

Recorrieron la calle nuevamente y se acercaron a la abertura de una madriguera. Lathrop lo siguió por el túnel, caminando encorvado, y después de recorrer tres metros o tres y medio, llegaron a una habitación; a una especie de cueva terrestre.

Había una luz extraña, no muy buena, sino suave y opaca, que provenía de unos pequeños montones de un material resplandeciente, que estaban colocados en platos de arcilla de forma burda, en diversas partes de la madriguera.

«Eso», pensó Lathrop, «debe ser la luz fosforescente de la madera que se pudre».

—Ahí —dijo el gnomo.

La pintura estaba apoyada contra una de las paredes de la madriguera; era un cuadro de color completamente extraño en ese lugar ultraterrestre. En circunstancias ordinarias, la luz que provenía de los montones luminosos, habría sido demasiado débil para que alguien hubiera podido ver la pintura, pero los golpes del pincel, sobre la tela, parecían tener una luz ligera en sí mismos, de tal manera que los colores sobresalían como un mundo extraño que se viera por una ventana, más allá de la opacidad del material luminoso.

Mientras Lathrop contemplaba la pintura, el resplandor de ésta parecía hacerse cada vez más intenso, hasta que el cuadro se vio claramente hasta en sus más pequeños detalles técnicos, y no era precisamente un resplandor, sino una brillantez.

Indudablemente, Clay era el autor. La pintura, aun en el estado inconcluso en que se encontraba, no dejaba lugar a dudas. Aun si uno no hubiera sabido que Clay había pasado los últimos meses de su existencia en esa ciudad, se podía estar seguro de que ese trabajo era suyo. Podían verse los contornos puros, la autoridad de su arte combinada, con la calidad aprisionada, la vaguedad mostrada con maestría, los detalles cuidadosos y los colores bien definidos. Pero también había otra cosa: cierta felicidad, una felicidad humilde que no hablaba de triunfo.

—No lo terminó —dijo Lathrop—. No tuvo… —Pero no había palabra para decir tiempo—. Él, descontinuado antes de terminarlo.

—Su pinturasypinceles se descontinuó; él se sentaba y lo miraba.

Así que eso era lo que había sucedido. Ese había sido el caso, las pinturas de Clay se habían acabado y no había habido posibilidad, por falta de lugar, forma o quizá tiempo, de conseguir más.

Así que Reuben Clay se había sentado en esta madriguera a contemplar su última pintura, sabiendo que era la última que haría, y la veía allí, apoyada contra la pared, experimentando la desesperación de no poder terminar el gran cuadro que había comenzado. Aunque lo más seguro era que Clay nunca hubiera pensado que era algo grande, para él, sus pinturas nunca habían sido más que una expresión de sí mismo. Vivían dentro de él, y sólo esperaban ser trasladadas a alguna expresión que el universo pudiera ver; una especie de comunicación artística entre Clay y el resto de los seres.

—Descanse —dijo el gnomo—; está cansado.

—Gracias —dijo Lathrop.

Se sentó en el suelo duro, apoyando la espalda contra la pared, en un lugar frente a la pintura.

—Usted lo conoció —dijo el gnomo.

Lathrop asintió con la cabeza.

—Pero vino a buscarlo.

—Vengo a buscar noticias de él.

Se preguntó cómo podría explicarle a ese pequeño gnomo que buscaba a Clay, o cuál era el objeto de encontrarlo cuando todo el universo lo había olvidado. ¿Cómo podría explicarles a esas criaturas, que no podían percibir los colores y que seguramente no tenían ningún concepto de lo que era una pintura, toda la grandeza de Clay? ¿Cómo hablarles de la técnica que habitaba en sus manos, su rápido y claro sentido del color, y su habilidad casi espiritual para ver una cosa exactamente como era?

Era ver la verdad y representar la verdad, no como una sola faceta de ella, sino la verdad completa, en su perspectiva correcta y en sus colores precisos, con su significado, con su humor señalado tan precisamente que sólo era necesario mirar para saber.

«Quizá por eso lo busqué», pensó Lathrop. «Es posible que esa haya sido la razón por la que pasé veinte años terrestres y gasté todo ese dinero en saber lo que había sido de su vida. La monografía que algún día escribiré sobre él, no será sino un débil

intento de racionalizar mi búsqueda de los hechos, la lógica que es necesaria para justificar una cosa. Pero era la verdad; esa es la respuesta final a lo que buscaba en Clay; la verdad que vivía en él y en sus pinturas, porque yo también, en algún tiempo, trabajé con la verdad».

—Es mágica —dijo el gnomo, contemplando la pintura.

—En cierto modo —dijo Lathrop.

Esa pudo haber sido la razón de que aceptaran a Clay cuando llegó allí, esperando que algo de su magia pudiera pasar sobre ellos. Pero quizá no era enteramente eso, cuando menos no sería cierto aplicado a los últimos tiempos. Porque Clay no era la clase de hombre sencillo y humilde que estas criaturas simples habían respetado y amado.

Lo más probable era que lo hubieran dejado vivir entre ellos como cualquiera de ellos, y seguramente, ni siquiera pensaron en ser pagados por el espacio que ocupaba y los alimentos. Quizá trabajó un poco en los campos y tal vez había hecho alguna que otra cosa, pero él había sido esencialmente su huésped, porque ninguna criatura extraña podría adaptarse económicamente a una cultura tan simple.

Ellos lo habían ayudado en sus últimos días, lo habían visto morir y, cuando finalmente había muerto, le habían hecho una especie de homenaje de gran respeto y amor.

¿Cuál era esa palabra? No podía recordarla. Su instrucción había sido deficiente; había palabras que no existían, lagunas y cosas inexistentes en el conocimiento, y todo era incomprensible, en un lugar como aquél.

Vio que el gnomo estaba esperando que él explicara la magia, que les mostrara más claramente cómo lo había hecho Clay. O quizá Clay no había tratado de explicárselo, porque ellos no habían osado preguntar.

El gnomo esperaba ansioso, pero eso era todo; porque no podía preguntar. Nadie le pregunta a un ser de otra raza y de otro planeta los detalles de su magia.

—Es una… —No conocía ninguna palabra equivalente a representación, ni tampoco a pintura—… de un lugar que Clay vio; él trató de darle nuevamente vida, de decirnos, a ustedes y a mí, lo que había visto; quería que nosotros también lo viéramos…

—Mágica —dijo el gnomo.

Lathrop se dio por vencido. Era imposible; para el gnomo eso representaba simplemente algo mágico. Entonces, que fuera eso…, simple magia.

El cuadro representaba un valle con un riachuelo que gorjeaba sombríamente al correr entre enormes árboles; el paisaje estaba iluminado por una luz que era algo más que la luz del sol. No había ninguna criatura viviente en él, y eso era algo típico, porque Clay era un paisajista que no necesitaba de las gentes ni de ningún otro ser.

«Es un lugar», pensó Lathrop, «pero de una felicidad solemne; un lugar para correr y reír, pero no para correr demasiado rápidamente ni reír muy ruidosamente, porque en su composición puede verse, en forma implícita, una reverencia profunda».

—Él vio muchos lugares —le dijo Lathrop al gnomo—. Y puso muchos lugares en una… —No conocía ninguna palabra que expresara tela, plancha o lienzo—…, en una superficie como ésa; vio muchos planetas diferentes, y trató de captar el… —Tampoco había palabra para espíritu—…, la apariencia que cada planeta tenía.

—Magia —dijo el gnomo—. Su magia era muy poderosa.

El gnomo se acercó a la pared extrema de la habitación y encendió un fuego en una estufa primitiva hecha de barro.

—Usted tiene hambre —dijo el gnomo.

—Ya comí.

—Debe comer con nosotros. Los demás vendrán más tarde, pues ya está muy obscuro para trabajar.

—Comeré con ustedes —dijo Lathrop.

Era preciso que partiera el pan con ellos. Tenía que ser uno de ellos, si quería lograr llevar a cabo su misión. Quizá no llegaría a ser como Clay, pero cuando menos lo aceptarían. A despecho de qué cosa horrenda y asquerosa le sirvieran como menú, debía comer con ellos.

Pero lo más seguro era que la comida no fuera tan mala; quizá consistiera de raíces y vegetales de sus huertos, quizá insectos en escabeche, o alguna cocción alcohólica con la que tendría que tener cuidado.

Pero, fuera lo que fuera, debía comer con ellos, dormir con ellos

y mostrarse tan amistoso como él pensaba que Clay lo había hecho.

Ellos conocían cosas que podrían decirle, datos que él había perdido la esperanza de obtener, la historia de los últimos días de Reuben Clay. Quizá le dieran alguna clave para explicar los misteriosos años perdidos, durante los que Clay había desaparecido por completo.

Se quedó callado, sentado donde estaba, pensando en cómo la pista había llegado a su fin, cerca de los límites de la galaxia, a no muchos años luz de distancia de ese mismo lugar. Porque año tras año, había seguido la pista de Clay de una estrella a otra, recogiendo datos sobre el hombre, hablando con aquellos que lo habían conocido, buscando una por una de las pinturas que él había hecho; y luego, la pista desapareció. Clay había abandonado cierto planeta y nadie sabía adonde había ido durante años; Lathrop buscaba indicios, para averiguar en qué lugar se encontraba, y estaba a punto de darse por vencido, cuando finalmente encontró pruebas de que Clay había ido a morir a ese lugar. Pero la evidencia mostraba claramente que no había ido allí directamente desde el sitio donde habían desaparecido las huellas, sino que había pasado varios años en algún otro lugar. De manera que aún había lagunas en la historia que había estado buscando, una laguna de años perdidos, que no había manera de calcular cuántos eran.

Quizá allí, en ese pueblo, podría encontrar la clave para saber en dónde había pasado Clay esos años, pero se dijo a sí mismo que sólo podría ser algún indicio; no podría ser nada concreto, porque esas pequeñas criaturas no tenían ningún concepto del tiempo, ni de los demás lugares que existían.

Lo más probable era que la pintura que había encontrado en esa madriguera fuera en sí misma una clave; que ese fuera el lugar que Clay había visitado antes de ir a morir allí. Pero aun si así fuera, pensó Lathrop, era una esperanza demasiado remota, porque podría pasar tres vidas enteras, o quizá más, visitando planeta tras planeta, con la vana esperanza de reconocer el sitio que Clay había reproducido en el lienzo.

Observó al gnomo, que estaba ocupado cerca de la estufa. No se oía ningún ruido, excepto el gemido solitario del viento en la chimenea y en la boca del túnel. Un viento, un páramo vacío y los pequeños pueblecitos de tierra amontonada que se encontraban en

ese límite de la galaxia, en el borde mismo de la poderosa rueda de los soles.

Luego, pensó:

«¿Cuánto sabemos acerca de lo que llamamos nuestra galaxia, este puñado de materia lanzado al espacio por algún Puño poderoso? No conocemos ni el principio ni el fin, ni su razón de ser. Somos seres ciegos que caminan a tientas en la obscuridad, buscando realidades. Y cuando las hallamos, las conocemos del mismo modo que un hombre ciego conoce los objetos que se encuentran en su habitación; las conocemos solamente por el sentido del tacto. Porque, en un sentido más amplio, todos somos tan ciegos como quien carece de ojos; todos nosotros, las criaturas vivientes de esta galaxia. Además, somos presuntuosos y precoces, a pesar de nuestra ceguera llena de caídas, porque antes de conocer nuestra galaxia, debemos conocernos a nosotros mismos.

»Pero no nos comprendemos, ni tenemos una idea del propósito de nuestra existencia. Hemos inventado dispositivos y aparatos para explicarnos a nosotros mismos, aparatos materiales y ardides espirituales, además de la aplicación de la lógica pura, que estaba muy lejos de ser verdaderamente pura. Nos hemos engañado a nosotros mismos, se dijo Lathrop; a eso se reduce lo que hemos hecho. Nos hemos reído de las cosas que no comprendemos, substituyendo con risa la sabiduría, usando la risa como un escudo contra nuestra ignorancia, como una droga para acallar nuestro pánico. En otro tiempo, buscamos el consuelo en el misticismo, luchando con todas nuestras fuerzas contra la explicación del misticismo, porque mientras permaneciera el estado místico inexplicado podría consolarnos. En otro tiempo nos subordinamos a la fe también y peleamos para evitar que esa fe se transformara en hechos, porque en nuestras torcidas mentes, la fe era más fuerte que la realidad».

Y se preguntó:

«¿Somos mejores ahora, por haber desterrado la fe y el misticismo, persiguiendo las creencias y las religiones antiguas hasta hacerlas desaparecer, más que los cínicos de una galaxia que creen solamente en la lógica, y fundan todas sus esperanzas solamente en la realidad? Un paso no es más que un paso; un adelanto hacia la lógica y la realidad, ese fetichismo para explicarlo

todo. Algún día, quizá distante, descubriremos otra realidad que nos permita continuar con la lógica y la realidad, pero que nos proporcione nuevamente el consuelo que perdimos con la fe».

El gnomo comenzó a cocinar y de su guiso se desprendía un olor agradable. Era casi semejante a los olores terrestres; quizá, después de todo, la comida no sería tan mala como lo había temido.

—¿Usted gusta como Clay? —preguntó el gnomo.

—Sí, claro; Clay me gustaba.

—No, ¿no usted como Clay? ¿Usted hace trazos como él?

Lathrop sacudió la cabeza.

—No hago nada ahora, estoy… —¿cómo podría decirles retirado?—…, mi trabajo ha terminado; ahora juego… —Juego, porque no existía otra palabra.

—¿Juega?

—Ya no trabajo; ahora hago lo que quiero. Aprendo cosas sobre la vida de Clay y… —Tampoco conocía la palabra para decir escribir—…, yo relato su vida con trazos, no con la misma clase de trazos, no con los trazos que él hacía, sino algo diferente.

Al sentarse, había colocado su mochila a su lado, ahora la puso sobre su regazo y la abrió, sacando un cuaderno y un lápiz.

—Estos son mis trazos —le dijo.

El gnomo cruzó la habitación y se detuvo a su lado.

Lathrop escribió en su libreta: Yo era un investigador, empleaba los hechos y la lógica para saber a dónde vamos, era un buscador de la verdad.

—Esta es la clase de trazos que hago —explicó—. He hecho muchos de estos trazos sobre la vida de Clay.

—Magia —dijo el gnomo.

Lo tenía todo, pensó Lathrop, todo lo que había podido saber de la vida de Clay, excepto esos años perdidos. Todo estaba anotado en las páginas de ese cuaderno, esperando participar en la verdadera obra. Eran notas que relataban la historia extraña de un hombre singular que había vagabundeado de estrella en estrella, pintando planeta tras planeta y dejando sus cuadros esparcidos por toda la galaxia. Un hombre que había deambulado como si lo que buscara no fuera simplemente las nuevas escenas, que reproducía en sus lienzos; como si sus pinturas no fueran sino un capricho pasajero o una forma conveniente y singular de ganarse la vida y el dinero

necesario para alimentos y…, el dinero que le permitía ir de sistema en sistema. No hacía esfuerzos por ganar ninguno de sus trabajos, vendía todos sus cuadros y, a veces, simplemente se iba, abandonándolo todo.

Y no era que sus pinturas no fueran buenas; eran de una calidad extraordinaria, y estaban en sitios de honor en muchas galerías, o equivalentes de galerías, y estaban en sitios en diversos planetas.

Clay nunca permanecía largo tiempo en un lugar. Siempre se apresuraba a irse, como si tuviera un propósito definido o algo lo empujara a andar de estrella en estrella.

Y la suma total del vagabundeo, del propósito que le impulsaba, había terminado allí, en aquella misma madriguera, que no era sino un refugio contra el viento y la intemperie.

—¿Por qué? —preguntó el gnomo—. ¿Por qué Clay hacía trazos?

—¿Por qué? —dijo Lathrop—. ¡El porqué, no lo sé!

Pero la respuesta, no sólo al vagabundeo de Clay, sino a su propio seguimiento de su pista, estaba más cerca que nunca; finalmente, después de todos esos años de búsqueda, veía la posibilidad de encontrarla en ese lugar.

—¿Por qué hace trazos usted?

¿Cómo contestar a eso?

¿Cómo había contestado Clay? Porque seguramente se lo habían preguntado también, no el cómo, porque no se pregunta el cómo de la magia, sino el porqué… Eso sí era permitido; no el secreto de la magia, sino su objeto.

—Para que sepamos —dijo Lathrop, tratando de escoger bien las palabras—, para que todos nosotros lleguemos a saber: usted, yo y los demás en las otras estrellas, la clase de ser —¿hombre?— que era Clay.

—Él era… —¿bondadoso?—, era uno de nosotros; lo amábamos, y eso es todo lo que necesitamos saber.

—Quizá sea todo lo que ustedes necesiten —dijo Lathrop—. Pero eso no les basta a otros.

Aunque probablemente no habría muchos que leerían la monografía, cuando la escribiera, quizá sólo una minoría irrisoria se tomaría el tiempo necesario para leerla, o se interesaría por hacerlo.

«Ahora, finalmente», pensó, «reconozco lo que he sabido desde

hace mucho tiempo, pero que rehusaba admitir: que no estoy haciendo esto por otros, sino por aprovechar en algo los días de mi retiro, sino por mí mismo, que no lo hago simplemente por ocuparme, ni por aprovechar algo los días de mi retiro, sino por una razón más profunda y por una necesidad mayor; por algún factor o algún sentimiento que quizá ignoré antes, por una necesidad que no logro comprender, por algún propósito que probablemente me asombraría, si llegara a descubrirlo».

El gnomo regresó a la estufa, continuó preparando la comida y Lathrop siguió recargado con la espalda contra la pared, sintiendo toda la fatiga de su cuerpo. Había tenido un día muy ocupado; el viaje no había sido difícil, en realidad le había parecido bastante fácil, pero era verdad que un hombre debía emplear todas sus fuerzas para hacerlo, y, además de eso, había caminado treinta y dos kilómetros desde su lugar de aparición para llegar a la ciudad.

Era ahora algo sencillo, pero su descubrimiento había sido algo verdaderamente complicado, porque su desarrollo había sido obligado a esperar, hasta la desaparición de creencias erróneas; había llegado a ser una realidad sólo cuando habían sido desterradas y había sido destruida la falsa pantalla del prejuicio, que había sido puesta para proteger al hombre de su ignorancia. Porque cuando el hombre no comprendía algo, lo llamaba supersticiones tontas, y se olvidaba de ello. La raza humana podía ignorar una tonta superstición y quedarse tan tranquila, pero no podía ignorar un hecho constante, sin tener un sentimiento de culpabilidad.

Por el túnel se oyeron pasos arrastrados; cuatro hombres aparecieron en la madriguera. Llevaban herramientas de jardinería muy toscas y las colocaron cerca de la pared, luego se sentaron silenciosamente en fila, a mirar al hombre que estaba sentado en el suelo.

El gnomo viejo dijo:

—Es otro como Clay; se quedará con nosotros.

Los cuatro gnomos se acercaron y formaron un semicírculo frente a Lathrop. Uno de ellos le preguntó al gnomo viejo:

—¿Se quedará aquí a morir?

Y otro dijo:

—Éste no parece estar cerca de morir.

Sus rostros reflejaban cierta ansiedad.

—No moriré aquí —dijo Lathrop, sintiéndose incómodo.

—Nosotros lo… —dijo uno de ellos, repitiendo la palabra que significaba lo que ellos habían hecho con Clay al morir éste, y lo dijo de una manera como si fuera un soborno para convencer al humano a quedarse, y morir.

—Quizá él no quiera que nosotros lo… —dijo otro—. Clay sí quería que lo hiciéramos; es posible que éste no piense como Clay.

Había horror en la madriguera, un débil horror que ascendía por su cuerpo, por las palabras que decían y la manera en que lo miraban con cierta ansiedad.

El gnomo viejo fue hacia uno de los rincones de la madriguera, y regresó con un bulto. Lo colocó al lado de Lathrop y desató la cinta que lo mantenía cerrado, mientras los otros lo observaban. Era evidente que observaban con reverencia y esperanza, y que la abertura del envoltorio era una gran ocasión. Sí, había algo que pudiera tomarse como solemnidad en aquellos cuerpos endebles que observaban con la mayor solemnidad posible.

La cinta se soltó al fin y el anciano inclinó el envoltorio, lo asió por la parte posterior y lo vació sobre el piso de tierra. Eran pinceles y muchos tubos de pintura; estaban casi todos completamente exprimidos y secos. Había también una cartera maltratada y otro objeto que el anciano levantó del suelo y entregó al hombre de la Tierra.

Lathrop tendió la mano y lo tomó, lo sostuvo y lo observó, y de pronto supo lo que le habían hecho a Clay; supo, sin lugar a dudas, cuál era el grande y máximo honor.

La risa se agitó en su garganta; no era risa provocada por algo gracioso, porque no había nada humorístico en eso, sino risa por los valores torcidos, por los conceptos opuestos, por las preguntas que se hacía sobre cómo habían los gnomos llegado a la conclusión a la que habían llegado al rendirle a Clay el gran honor máximo.

Ahora podía ver cómo pudo suceder… Cómo habían trabajado durante el día llevando la tierra para construir el promontorio que había visto más allá de la ciudad, sabiendo que el fin estaba próximo para ese extraño amigo suyo; comprendió cómo debieron buscar en sitios lejanos la madera tan extraña en ese planeta de pequeños arbustos, y una vez encontrada, la habían transportado

sobre sus propias espaldas, puesto que no conocían la rueda, y cómo la habían unido, quizá torpemente, con clavijas de madera, perforando laboriosamente los hoyos necesarios, porque carecían de metales y no tenían nociones de carpintería.

Y lo habían hecho todo por el amor que sentían por Clay; todo su trabajo y el tiempo dedicado a ello, lo habían considerado como algo sin valor ante la gloria de lo que habían hecho tan amorosamente.

Miró nuevamente el crucifijo y le pareció que al fin comprendía lo que le había parecido tan extraño en Clay, la extraña búsqueda, el vagabundeo febril y enloquecedor de un sistema a otro, y entendió, aunque sólo fuera en parte, el supremo arte que hablaba tan claramente de la verdad oculta y sospechada que se encontraba tras de las muchas verdades que él había expresado con sus pinceles.

Porque Clay había sido uno de los sobrevivientes de esa secta, dulce y extraña, que provenía de la antigüedad de la Tierra. Había sido uno de los que permanecieron fieles al misticismo y a la fe, en un mundo de lógica y realidad. Aunque quizá para Clay, la sola fe no había sido suficiente, de la misma manera que para él, Anson Lathrop, los hechos, desnudos a veces, no le habían parecido suficientes. Era fácil explicar por qué nunca había sospechado esta verdad de Clay; nadie lanzaba su fe al rostro del gran cínico, en un universo lógico.

Para ambos, quizá no era fácil aceptar solamente la fe o solamente los hechos, sino que era necesario mezclar ambas cosas.

«Aunque eso es un error», se dijo Lathrop, «yo no necesito la fe; he trabajado durante muchos años con la lógica y los hechos y eso es todo lo que se necesita. Si existe alguna otra necesidad, es algo que reside en un hecho aún no descubierto. No necesitamos volver a la fe».

Cuando los hechos estaban desprovistos de la fe y del fetichismo, se tenía algo que podía usarse. De la misma manera que el hombre había destruido la incredulidad y la risa del duendecillo y había descubierto el principio de las nuevas rutas, el hecho y el principio que movían a un hombre de una estrella a otra tan fácilmente como en tiempos antiguos había caminado por una calle hasta el bar preferido.

Sin embargo, no cabía ninguna duda de que, para Clay, no había dado el mismo resultado que con los puros hechos; no habría pintado como lo hacía, que necesitaba la fe simple y el resplandor interno de esa misma fe, para obtener fervor y dedicación, dedicándose a hacer de su pintura lo que era.

Y esa misma fe era la que lo había impulsado en su búsqueda por toda la galaxia.

Lathrop observó la pintura y vio la simplicidad y la dignidad, la ternura, la felicidad y el sentimiento de la luz que lo inundaba.

Lathrop pensó que era exactamente el mismo tipo de luz que había sido dibujado tan crudamente en las ilustraciones de los antiguos libros, que él había estudiado en su curso sobre las religiones comparadas de la Tierra; recordó que, en una ocasión, uno de sus instructores había empleado mucho tiempo en explicarles el simbolismo de la luz.

Dejó caer el crucifijo y tomó algunos de los retorcidos tubos de pintura.

El gnomo había dicho que la pintura estaba inconclusa, porque Clay se había quedado sin materiales, y era verdad; porque los tubos estaban completamente aplastados y enrollados sobre sí mismos hasta las mismas aberturas, y podían verse las huellas de los dedos que habían presionado para sacar la última gota de los preciosos aceites.

Él voló a través de la galaxia, pensó Lathrop; y yo seguí sus huellas. Aun después de muerto, yo continué y obtuve noticias sobre él, olfateando por los fríos senderos que había dejado entre las estrellas. Yo lo seguí porque lo quería; no al hombre en sí, porque no sé ni tengo los medios de saber qué clase de hombre era, sino porque vi en sus pinturas algo que todos los críticos dejaron pasar inadvertido. Hubo algo que me atrajo, y aunque ahora pretenda negarlo, pudo haber sido la antigua fe que me llamaba. La fe que ya no existe, la fe simple que fue asesinada hace mucho tiempo por la lógica simple.

Pero ahora conocía a Clay; lo conocía gracias a ese pequeño crucifijo, por el simbolismo de ese último gran lienzo y por la cruda realidad del montículo que estaba en uno de los extremos de la ciudad de ese insignificante planeta.

Entonces supo por qué había tenido que ser un planeta

insignificante.

Porque debía de haber humildad; aun en la fe había humildad, pero nunca la había habido en la lógica.

Lathrop cerró los ojos y lo vio todo… Las nubes sombrías, la vasta monotonía del yermo, los brezales arrastrados por una eternidad y la figura blanca sobre la cruz, la multitud que permanecía al pie de ella, contemplándola, marcados para siempre por algo que no comprendían, algo que no podían entender, pero algo que habían hecho en su gran bondad por alguien cuya fe los había conmovido.

—¿Les dijo alguna vez dónde había estado? —les preguntó a los gnomos—. ¿De dónde venía? ¿En dónde había estado antes de venir aquí?

Ellos menearon la cabeza.

—Él nunca lo dijo —dijeron.

Lathrop pensó en alguna parte, donde crecían árboles como los del cuadro; donde había paz, dignidad, ternura…, y luz.

El hombre había desterrado completamente toda superstición del duendecillo y había encontrado el meollo del principio de la nueva ruta. Habían hecho lo mismo con la antigravedad, con la telepatía y con muchas otras cosas, pero no había intentado destruir la capa exterior de la fe para encontrar el meollo oculto, porque la fe no se había sometido a la investigación, se bastaba a sí misma y no admitía las cosas solamente por los hechos.

¿Qué era la fe y cuál su meta? En las muchas lenguas de la Tierra antigua, ¿cuáles habían sido los objetivos de aquellos que habían seguido la fe? Se llamara como se llamara, Tierra de caza perenne, Valhala, cielo, las islas de los bienaventurados… ¿Cuánto era fe y cuánto realidad? Era imposible saberlo, a menos que se viviera por la fe, y en aquel tiempo no había un solo ser, o casi ninguno, que viviera solamente por y para su fe.

O, ¿no era posible que en el último gran reconocimiento de la vida, la sabiduría y los conocimientos galácticos, existiera otro principio que fuera más poderoso que la fe o los hechos, un principio desconocido todavía, pero que solamente sería descubierto por los eones de la evolución intelectual? ¿Habría tropezado Clay con ese principio, Clay, un hombre que indagaba adelantándose a su tiempo, que huía de los conocimientos evolutivos y que, por esa

misma virtud, había alcanzado a vislumbrar tan sólo una opaca impresión del futuro principio?

La fe había fracasado porque se había cegado con el fulgor de su propia gloria. ¿Era posible que la realidad hubiera fracasado por el resplandor de su propio ser? Pero dejando a un lado la fe y la realidad, poseyendo una capacidad mayor de discernimiento, ¿no era posible que el hombre buscara y encontrara la gloria final y la meta que la vida ha tratado de alcanzar, a sabiendas o en ignorancia, desde los primeros movimientos de conciencia en las miríadas de los sistemas solares?

Lathrop encontró un tubo de pintura blanca, lo destapó y lo apretó con fuerza. De él salió un poco de aceite; una diminuta gota de pintura. Sostuvo firmemente el tubo con una mano y con la otra cogió un pincel; luego, pasó con todo cuidado el color sobre el pincel.

Dejó caer el tubo y atravesó la madriguera hasta el sitio en donde estaba la pintura. Se puso en cuclillas y trató de observarla bajo la débil luz, buscando la fuente de luz.

En la esquina superior izquierda, exactamente sobre la línea del horizonte, creyó encontrarla, aunque no podía estar completamente seguro de no equivocarse. Extendió el brazo con el pincel, pero luego lo retiró.

Sí; eso debía ser. El hombre debería estar de pie bajo los gigantescos árboles y enfrentarse a la luz.

«Cuidado», pensó; «con mucho cuidado; sólo una leve sugestión, puesto que se trata de un simple simbolismo. Solamente una insinuación de color, un trazo perpendicular y otro más corto en ángulo recto y cerca del extremo superior».

Su mano asía el pincel con torpeza.

Tocó el lienzo y volvió a retirar la mano.

Lathrop se dijo: «Es una tontería, y no solamente eso; una locura también». Además, no sabía hacerlo, no sabía cómo. Aun el toque más ligero sería crudo y erróneo; sería una profanación.

Sus dedos cayeron y el pincel cayó, mientras él observaba cómo rodaba por el suelo.

Lo intenté, le dijo al espíritu de Clay.

CICLO COMPLETO

1

CUANDO RECIBIÓ la carta, Amby Wilson temió que su vida terminara. La carta había sido enviada en forma oficial, con el domicilio mecanografiado con cinta negra y nueva. Decía:

Dr. Ambrose Wilson,
Departamento de Historia

Le informamos con profundo pesar que en la sesión de esta mañana, la Junta Directiva tomó el acuerdo de concluir las funciones de la universidad al final del presente curso.

A esta decisión contribuyeron la falta de fondos y la disminución progresiva del cuerpo estudiantil. Por supuesto, usted estaba al corriente de la situación desde hacía algún tiempo; sin embargo…

La carta no concluía ahí, pero Amby no la leyó toda. Sabía que el resto estaba lleno de las trivialidades acostumbradas.

Era algo que tenía que suceder.

Los miembros de la Junta Directiva habían tratado de continuar, aun enfrentándose a las monstruosas dificultades; la universidad estaba virtualmente abandonada; el lugar que en un tiempo había vibrado con la vida y palpitado con el aprendizaje, no era sino una escuela fantasmal.

La ciudad también era una ciudad fantasmal.

«Y como yo: soy un fantasma»; pensó Amby.

En su fuero interno admitió algo; algo que no habría admitido un día antes, ni siquiera una hora antes: durante treinta años o más, había vivido en un mundo irreal e insubstancial, aferrándose a un

modo de vida antiguo y vago, tal como él lo había conocido desde un principio. Para hacer que esa vida vaga fuera más substancial, había desterrado a un limbo intelectual cualquier consideración válida del mundo que se encontraba más allá de la ciudad.

Pensó que había tenido buenas razones para hacerlo, razones que eran válidas. Lo que existía en las afueras de su ciudad, no tenía ninguna relación con ese mundo que le pertenecía; allí vivía una población nómada…; un mundo algo extraño, que había establecido una neocultura basada en la decadencia; que había forjado una mezcla, mitad provincialismo y mitad antiguos cultos populares.

Pensó que en ese mundo no había nada que fuera de valor para un hombre como él; nada que valiera la pena tomar en cuenta por un hombre como él. Ahí, en esa universidad, él había conservado encendida la débil luz del antiguo aprendizaje y de las viejas tradiciones; ahora, la luz se había apagado, y el aprendizaje y la tradición se perderían en las tinieblas.

Pero sabía que esa no era una actitud que debería adoptar un historiador; la historia era la verdad, y la búsqueda de ella. Disculpar, ignorar o alejar un suceso posible, por muy desagradable que fuera, no eran los métodos tradicionales de la historia.

Ahora, la historia lo había alcanzado y tenía dos alternativas: podía salir y enfrentarse al mundo, o podía huir de él. No había término medio posible.

Amby levantó la carta entre los dedos, con las puntas de éstos, como si se tratara de un cuerpo muerto que hubiera permanecido demasiado tiempo bajo el sol; la dejó caer cuidadosamente en el cesto de los papeles, y luego, cogió su viejo sombrero de fieltro y se lo puso firmemente en la cabeza.

Salió del salón de clases, sin mirar hacia atrás.

2

Al LLEGAR a su casa, un espantapájaros estaba tendido en los escalones del frente; cuando éste lo vio venir, reunió todos sus miembros y se puso en pie.

—Buenas noches, doctor —dijo.

—Buenas noches, Jake —dijo Amby.

—Estaba arreglando las cosas para irme de pesca —le explicó Jake.

Amby se sentó lentamente sobre los peldaños de la escalera y sacudió la cabeza.

—No tengo muchos deseos de pescar esta noche. Van a clausurar la universidad.

Jake se sentó a su lado y permaneció con la vista fija en el otro lado de la calle, observando la soledad de la ciudad.

—Supongo que no le cogió de sorpresa.

—Hace tiempo que lo esperaba —dijo Amby—. Ya nadie asiste a ella, con excepción de algunos muchachos remilgosos. Todos los nómadas van a sus propias universidades, si es que puede uno llamarlas así. Aunque, si he de decir la verdad, Jake, no sé cómo esas escuelas puedan darles lo que necesitan.

—Bueno, pero supongo que no tendrá problemas —dijo Jake, en tono consolador—. Ha estado trabajando todos estos años, y probablemente ha ahorrado algo; pero en mi caso es totalmente diferente: he estado viviendo siempre al día, y así seguiré siempre.

—No crea que estoy tan bien —dijo Amby—, pero saldré avante de alguna manera. Probablemente no me quede mucho tiempo por delante, pues tengo casi setenta años.

—En otros tiempos —dijo Jake—, existían leyes que otorgaban pagos vitalicios para que un hombre se retirara a los sesenta y cinco

años, pero los nómadas las derogaron, tal como hicieron con todo lo demás —cogió un pedazo de una ramita seca y la enterró distraídamente en el césped—. Yo siempre pensé que algún día tendría lo suficiente para comprarme un coche-habitación; verdaderamente sorprende cómo cambian los tiempos. Recuerdo que, cuando era niño, el hombre que poseía una casa era el que estaba bien preparado para la vida; pero ahora, una casa no cuenta; es necesario tener un coche-habitación.

Se puso en pie por partes, y permaneció así, mientras sus harapos volaban impulsados por el viento. Luego, miró a Amby.

—¿Está usted seguro de que no quiere venir a pescar, doctor?

—Estoy deshecho —dijo Amby.

—Ahora que ya no volverá a trabajar —dijo Jake—, los dos podremos dedicar más tiempo a la caza. Los campos están llenos de ardillas y los conejos jóvenes tendrán pronto el tamaño conveniente para comerlos. En este otoño habrá multitud de mapaches y, ahora que ya no trabaja, podremos repartir las pieles entre los dos.

—Puedes guardar las pieles —dijo Amby.

Jake se metió los dedos en el cinturón y escupió al suelo.

—Es mejor que pase el tiempo en los bosques, que no en ninguna otra parte. En otros tiempos, un hombre podía ganar un poco de dinero si tenía suerte en sus pillajes, pero en estos días, el pillaje es sólo una pérdida de tiempo. Todos los sitios han sido transformados y se está haciendo cada vez más peligroso entrar en ellos. Nunca se sabe cuándo algo puede ceder, caer y golpearlo a uno, o cuándo desaparecerá el terreno firme bajo los pies.

Se levantó el pantalón, y dijo:

—¿Recuerda aquella vez que encontramos la caja llena de joyas?

Amby asintió.

—¡Claro que lo recuerdo! En esa ocasión casi obtuvo el dinero necesario para comprar el coche-habitación.

—Es cierto, ¿verdad? Es asombroso cómo puede un hombre desperdiciar el dinero. Compré una pistola nueva y una buena cantidad de cartuchos, unas cuantas prendas de ropa para la familia, ¡Dios sabe bien cuánto las necesitábamos!, y abundante comida; cuando me di cuenta de ello, no quedaba casi absolutamente nada; no podía ni siquiera pensar en comprarlo. En aquellos días, una persona podía comprarlos a crédito; lo único que

necesitaba era el diez por ciento de la cantidad para darlo como enganche, pero ahora, eso es imposible. Ni siquiera existen ya los bancos, ni las compañías de préstamos. ¿Se acuerda, doctor, de cuando todo estaba inundado de compañías de préstamos?

—Todo ha cambiado —dijo Amby—. Pero, cuando recuerdo aquellos años, no me parece posible…

Pero, por supuesto, lo era.

La ciudad había desaparecido como institución; las granjas se habían convertido en compañías y las personas no vivían ya en casas…, con excepción de unos cuantos remilgosos, y los advenedizos.

«Y la gente me quiere», pensó Amby.

3

ERA una idea loca; quizá un síntoma de vejez y debilidad. Un hombre de sesenta y ocho años, competente y de hábitos establecidos, no se lanzaba a una aventura salvaje; ni aun cuando su mundo estuviera amenazado por la destrucción.

Trató de evitar el pensar en ello, pero era imposible no hacerlo. Pensaba constantemente en ello, mientras hacía la cena, mientras la comía y, después, mientras fregaba los trastos.

Cuando terminó de lavar los trastos, fue hacia la sala, llevando consigo la lámpara de la cocina. Acomodó la lámpara sobre la mesa, al lado de otra, y la encendió.

«Cuando una persona necesita dos lámparas para leer», pensó, «debe ser signo de que su vista se está gastando. Pero las lámparas de keroseno eran muy pobres; no se parecían a las de electricidad».

Escogió un libro de los estantes y se acomodó para leer, pero no pudo hacerlo; no podía mantener su mente concentrada en lo que trataba de leer. Finalmente, se dio por vencido.

Tomó una de las dos lámparas, se dirigió a la chimenea y la sostuvo en alto, de manera que su luz cayera sobre la pintura que estaba colocada allí. Cuando levantó la lámpara, se preguntó si ella le sonreiría esa noche; estaba casi seguro de que así sería, porque ella siempre estaba dispuesta a sonreírle, aunque fuera ligeramente, cuando más lo necesitaba.

En un principio, no estaba seguro de si sonreía; luego, se convenció de que así era, y se quedó en pie, observándola a ella y su sonrisa.

En los últimos tiempos, había habido muchas ocasiones en las que él había hablado con ella, puesto que recordaba que siempre había estado dispuesta a escucharlo, cuando hablaba de sus

problemas y de sus triunfos; aunque, a decir verdad, sus triunfos habían sido insignificantes.

Pero esa noche no podía hablar con ella; no lo comprendería. Este mundo, en el que él vivía sin su compañía, le parecería tan desordenado, que se le antojaría completamente incomprensible. Si él trataba de hablarle sobre él, ella se sentiría molesta y preocupada, y no podía permitir que esto sucediera.

«Cualquiera diría», se dijo a sí mismo, recriminándose, «que debería contentarse con dejarlo todo en paz. Tengo un hogar en el que puedo esconderme y podría vivir durante todo el resto de mi vida con comodidad y seguridad». Supo que eso era lo que él quería.

Pero allí estaba la fastidiosa voz que le hablaba desde el interior de su cerebro: «Fracasaste en tu misión y lo hiciste voluntariamente. Cerraste los ojos y fracasaste; tu fracaso se debe a que mirabas hacia atrás; el verdadero historiador no vive solamente en lo pasado; debe basarse en lo pasado para comprender lo presente; y debe conocer ambos si desea ver la tendencia hacia lo futuro».

«Pero yo no quiero conocer lo futuro», dijo tercamente el doctor Ambrose Wilson.

Y la voz molesta dijo: «Lo futuro es la única cosa que vale la pena conocer».

Se quedó inmóvil y silencioso, sosteniendo la lámpara sobre su cabeza, contemplando la pintura, casi como si esperara que ésta le hablara; como si fuera a darle una señal.

Pero no hubo ninguna señal. No podía haberla, y él bien lo sabía. Se trataba solamente del retrato de una mujer, muerta hacía treinta años. La presentida cercanía, la antigua y vivida memoria, la sonrisa en los labios, estaban en el corazón y en el recuerdo, no el pedazo de lienzo, con bellas pinceladas, que se conservaban a través de los años; la brillante ilusión de un rostro amado.

Bajó la lámpara y se dirigió nuevamente hacia su silla.

Pensó que tenía muchas cosas que decir y que no había nadie a quien decírselas…, aunque la casa podría escuchar si él le hablaba como a un antiguo amigo. En efecto, había sido como un amigo. Con frecuencia, se había sentido muy solo, desde la muerte de ella, pero nunca se sintió en la casa tan solitario como fuera de ella, porque la casa era parte de ella.

Ahí se sentía seguro; seguro en esa casa anacrónica. En esa ciudad abandonada de edificios vacíos; se sentía seguro en aquella ciudad despoblada, llena de ardillas y conejos, que ahora se veía pintoresca y fragante con el florecimiento de las lilas, que se habían vuelto silvestres, y los narcisos sobrevivientes; rogaba por los advenedizos, quienes buscaban las mejores piezas de caza en sus terrenos y que acostumbraban a hacer pillajes en las derruidas estructuras, para encontrar algo que pudieran vender.

«Son extraños», pensó, «los conceptos sobre los que se puede fundar una cultura; las fantásticas normas de educación que evolucionaban en cada sociedad».

Hacía cuarenta años que la desunión de la cultura había comenzado; no había sobrevenido todo al mismo tiempo, pero con la suficiente rapidez, de tal manera que, históricamente, aparecía como una desunión abrupta, más que gradual.

Recordaba que había sido el Año de Crisis, cuando los tambores del temor habían redoblado por toda la Tierra y un hombre había permanecido en el lecho, tenso y escuchando, esperando la llegada de la bomba, sabiendo, aun cuando escuchaba, que si llegaba, no la oiría.

«El temor fue el principio de todo», pensó. «¿Y cómo y dónde sería el fin?».

Se sentó recogido en su silla, alejado del obscuro barbarismo que existía más allá de la ciudad… Era un hombre viejo, aprisionado entre lo pasado y lo futuro.

4

—Es PRECIOSO, doctor —dijo Jake, y volvió a caminar alrededor de él.

—Sí, ya lo creo —dijo, dándole palmaditas—. Verdaderamente es algo formidable; creo que puedo decir, con todo derecho, que nunca vi uno mejor, y he visto muchos coches-habitación.

—Es posible que hagamos muchos viajes en él —le dijo Amby—. Por eso necesitamos uno que sea más resistente; he oído decir que las carreteras no son tan buenas como antaño. Los nómadas hicieron grandes estafas con los impuestos de las carreteras, y al gobierno no le queda el dinero suficiente para conservarlas en buen estado.

—No se necesita mucho tiempo —dijo Jake, confiadamente—. Todo lo que necesitamos hacer es echar un vistazo por los alrededores y, en poco tiempo, encontraremos un campamento que nos acepte; es seguro que habrá cuando menos uno que podrá utilizar nuestros servicios.

Se acercó al coche-habitación y limpió cuidadosamente una mancha de polvo que estaba en su superficie brillante, con una de las mangas de su camisa harapienta.

—Nosotros a duras penas hemos podido cerrar los ojos desde que nos lo dijo, doctor. Myrt no puede comprenderlo. Siempre me está preguntando: «¿Por qué nos lleva el doctor consigo? No tiene ninguna obligación para con nosotros; solamente hemos sido vecinos».

—Mi edad es ya muy avanzada —dijo Amby— para poder hacerlo yo solo. Necesito a alguien que me ayude a conducir y a hacer las otras tareas, y ustedes han estado deseándolo todos estos años: poder salir de viaje en un coche-habitación.

—Es cierto —admitió Jake—. Doctor, nunca dijo una verdad mayor que esa. Lo deseaba tanto, que me parecía verlo hecho ya realidad; y por lo que veo, también los demás lo han hecho. Debería ver el trabajo que están haciendo, tirando las cosas viejas y empacando lo necesario; Myrt está a punto de enloquecer, se lo aseguro, doctor, y creo que no hay ningún lugar a donde ir con seguridad, mientras Myrt no se calme un poco.

—Quizá ella también deba empacar algunas cosas —dijo Amby —. Aunque no tengo mucho que hacer, dejaré la mayor parte de las cosas.

Pero no se movió; no quería enfrentarse a ello.

Le dolía abandonar su casa, aunque eso era pensar anticuadamente, porque ya no existían los hogares.

«Hogar», palabra de una era que había quedado atrás. «Hogar», otra nostálgica palabra que los ancianos como él murmuraban en sus confusos recuerdos. «Hogar» era el símbolo de una cultura estática que había fracasado en las escalas de la supervivencia del hombre. Echar raíces, permanecer en un lugar y llenarse de posesiones, no sólo físicas, sino mentales y tradicionales; también era morir. Ser móvil y estar siempre preparado para partir, viajar con lo indispensable, y despreciar las posesiones, era el precio de la libertad y de la vida.

Amby pensó: «Hemos vivido un ciclo completo: de la tribu a la ciudad, y, ahora, volvemos a la tribu nuevamente».

Jake regresó del coche-habitación y se sentó otra vez.

—Dígame, doctor, pero dígame sinceramente: ¿por qué va a hacerlo? No es que no me alegre de que lo haga, porque, de otra manera, nunca hubiera podido salir de esta ratonera. Pero, por alguna razón, no puedo comprender por qué va a marcharse; ya no es usted joven, doctor, y…

—Lo sé —dijo Amby—; quizá sea esa precisamente la razón. No me queda mucho tiempo por delante y tengo que utilizar el poco que me resta de la mejor manera posible.

—Está usted bien situado y no tiene ninguna preocupación en la vida, ahora que se ha retirado; podría vivir tranquilamente, y divertirse mucho.

—Tengo que saber —dijo Amby.

—¿Saber qué?

—No lo sé; supongo que solamente quiero saber lo que sucede.

Ambos permanecieron sentados, contemplando el coche-habitación en todo su esplendor. A cierta distancia, calle abajo, se oía chocar vasijas y sartenes y una voz que se alzaba de vez en cuando.

Myrt seguía ocupada, empacando.

5

La PRIMERA NOCHE se detuvieron en un campamento abandonado que estaba al cruzar la carretera, frente a una fábrica silenciosa.

Era un gran campamento y había señales que demostraban que había sido ocupado recientemente, como si los viajeros lo hubieran abandonado sólo uno o dos días antes. En el polvo se veían huellas frescas y por el campo volaban todavía pedacitos de papeles; la tierra bajo las llaves de agua estaba todavía húmeda.

Jake y Amby se sentaron a la sombra del coche-habitación y observaron los edificios abandonados que se encontraban al otro lado de la carretera.

—Es extraño que esta fábrica no funcione —dijo Jake—. El letrero que hay allí, indica que es una fábrica que elabora los alimentos; creo que se trataba de desayunos. ¿Cree que la cerraron porque no había suficiente mercado para el producto?

—Es posible que sea por eso —dijo Amby—, pero creo que debe existir un buen mercado para la venta de cereales de desayuno, aunque sea en pequeñas proporciones, lo suficiente para mantenerla en funcionamiento, aunque no sea en toda su capacidad.

—¿Piensa que tuvieron dificultades?

—No veo señales de ello —dijo Amby—. Parece que, simplemente, lo pensaron bien, y se fueron.

—Hay una enorme casa en aquella colina. Mire, por aquel lado…

—Ahora la veo —dijo Amby.

—Es posible que sea ahí donde viven los remilgosos.

—Puede ser.

—¿Se ha preguntado alguna vez lo que sería ser un remilgoso? Una persona que simplemente se sienta a observar el dinero que

recibe en abundancia, dejar que otras personas trabajen por uno, tener todo lo que se quiere, y no carecer nunca de nada…

—Yo creo que los remilgosos tienen también sus problemas —dijo Amby.

—Me gustaría tener esa clase de problemas. ¡Cómo me gustaría tener esa clase de problemas durante uno o dos años!

Escupió a la tierra y se puso en pie, erecto.

—Es posible que vaya a ver si puedo cazar un conejo o una ardilla —dijo—. ¿Le gustaría venir conmigo?

Amby sacudió la cabeza.

—Estoy fatigado.

—De todas maneras, es probable que no encuentre nada; no deben de quedar casi animales en un lugar tan cercano al campamento.

—Dentro de un rato, cuando haya descansado un poco, iré quizá a dar un paseo —dijo Amby.

6

EN efecto, la casa había resultado ser de unos remilgosos. Se podía oler casi el dinero que contenía. Era grande y extendida, muy bien cuidada y rodeada por extensas tierras de cultivo llenas de flores y arbustos.

Amby se sentó en una pared de tierra en las afueras de las tierras, y se volvió a mirar el lugar por donde habían llegado. Allá, debajo de él, se encontraban la fábrica y el campamento abandonado, en el que su coche-habitación resaltaba sobre la tierra nivelada y apisonada. La carretera se veía blanca bajo la luz del sol e iba a perderse en el lejano horizonte, sin que hubiera nada sobre ella; ni un automóvil, ni un camión, ni siquiera un solo coche-habitación. «Y eso», pensó, «no era como había sido antes; en otros tiempos, las carreteras habían estado llenas de vehículos de motor».

Pero este era un mundo diferente del que él había conocido. Era un mundo totalmente ignorado durante cuarenta años, al cabo de los cuales se había convertido en algo totalmente extraño. Él se había encerrado a sí mismo lejos de él, y lo había perdido; y cuando volvía a buscarlo una vez más, lo encontró misterioso, y, a veces, un poco aterrador.

Una voz habló a sus espaldas:

—Buenas noches, señor.

Amby se volvió y vio a un hombre de unos cuarenta años o algo más, que vestía un traje de lana y fumaba una pipa. Era casi la encarnación de la tradición antiquísima del terrateniente inglés.

—Buenas noches —dijo Amby—. Espero no ser inoportuno.

—De ninguna manera; lo vi acampar allí abajo, y me alegra mucho que lo haya hecho.

—Mi socio se fue a cazar y yo decidí dar un pequeño paseo.

—¿Andan ustedes cambiándose?

—¿Cambiándonos?

—Cambiando de campamento. Antes se acostumbraba eso muchísimo, pero ahora es algo muy raro.

—¿Quiere decir, cambiarse de un campamento a otro?

—Exactamente; me parece que es un proceso de establecerse: no se siente contento en un lugar y se va en busca de otro.

—Para ahora ya habrá terminado el período de los grandes movimientos —dijo Amby—. Para estas fechas, cada hombre debe de haber encontrado su lugar.

El remilgoso asintió.

—Es posible que sea así como actúan; yo no sé mucho sobre el particular.

—Ni yo tampoco —le dijo Amby—. Nosotros apenas salimos. Mi universidad cerró sus puertas, de manera que compré el coche-habitación; mis vecinos me acompañan, y este es nuestro primer día de viaje.

—Con frecuencia he pensado que debe de ser divertido hacer un viaje de esos —dijo el hombre—. Cuando era muchacho, acostumbrábamos hacer grandes viajes y visitar diferentes lugares, pero creo que eso ya no se estila. Había lugares en los que se podía pasar la noche: los llamados moteles. Y cada kilómetro y medio o dos, más o menos, se encontraban lugares para comer y expendios de gasolina en donde se podía llenar el tanque. Ahora, el único sitio en el que puede conseguir algo para comer o comprar gasolina es en alguno de los campamentos; y hasta he oído decir que, en muchas ocasiones, rehúsan vender esas mercancías.

—Pero nosotros no andamos de paseo; esperamos unirnos a algún campamento.

El remilgoso lo miró de hito en hito, por un momento, y luego le dijo:

—Mirándolo a usted, nunca lo hubiera pensado…

—¿No lo aprueba?

—Olvide lo que dije —dijo el remilgoso—. En estos momentos estoy enojado con ellos; hace sólo unos días se fueron todos y me dejaron aquí. Tuve que cerrar la fábrica.

Trepó por la pared y se sentó al lado de Amby.

—Querían poseerlo todo por completo, ¿comprende? —le dijo,

preparándose a hacerle un relato minucioso de lo sucedido—. Bajo el contrato vigente, ellos dirigían ya las funciones de la fábrica, compraban las materias primas, establecían sus propios horarios y se encargaban del mantenimiento. Ellos decidían cuál iba a ser la política que seguiría la fábrica y establecían los horarios de producción. Tendría que haberles pedido permiso simplemente para ir a la fábrica y visitarla. Pero eso no les bastaba. ¿Sabe lo que querían?

Amby sacudió la cabeza.

—Querían apoderarse del mercado; eso era todo lo que me quedaba, y me lo querían quitar. Estaban preparados para deshacerse completamente de mí. Darme un porcentaje de las ganancias, y alejarme por completo.

—Pues eso no me parece justo —dijo Amby.

—Y cuando me rehusé a firmar, se limitaron a empacarlo todo y a marcharse.

—¿Es una huelga?

—Creo que podemos llamarla así, y le aseguro que es muy efectiva.

—Y, ¿qué hace ahora?

—Esperar hasta que otro campamento pase por aquí. Sé que más tarde o más temprano pasará uno, verán la fábrica abandonada y si son trabajadores y creen que pueden manejarla vendrán a verme. Es posible que hagamos un contrato, pero si no lo hacemos, tendré que esperar a que pase otro. Siempre hay algún campamento en movimiento. Ya sea así, o en enjambres.

—¿Enjambres?

—Como las abejas, ¿sabe? A veces, hay demasiada gente en el campamento; demasiada para que les baste el contrato que tienen, de manera que aumentan y forman enjambres. Es más fácil manejar un enjambre que los flotadores. Éstos son casi siempre un grupo de radicales y descontentos, que no congenian con nadie, mientras que los más jóvenes del enjambre están ansiosos de comenzar algo por ellos mismos.

—Eso no suena tan mal —dijo Amby—, pero ¿qué me dice de los que lo abandonaron? ¿Pueden permitirse abandonar un trabajo de esa manera?

—No tienen ninguna preocupación económica —dijo el

remilgoso—. Trabajaron aquí durante veinte años y tenían un fondo de amortización que le hubiera bastado a cualquiera.

—No lo sabía —dijo Amby.

Pensó que había muchas cosas que no sabía; no solamente el modo de pensar y las costumbres, sino gran parte de su vocabulario le era extraña.

Todo había sido diferente antaño, cuando existía una prensa diaria, cuando una frase nueva o un pensamiento ingenioso eran del dominio público, casi de la noche a la mañana. Cuando las fuerzas que le daban forma a la vida les eran presentadas a todos por medio del papel impreso. Pero ahora no existía la prensa, ni la televisión, por supuesto. Quedaba todavía la radio, pero pensó que ésta era un medio muy mediocre para mantener al hombre en relación con otros. No era la clase de radio que él había conocido y, por eso, ya no la escuchaba.

Ya no existían los periódicos, ni la televisión y, por supuesto, eso no era todo. No existían los muebles, puesto que no había necesidad de ellos en un coche-habitación que lo tenía todo construido en su interior. No había tapetes, ni alfombras, ni cortinas. Quedaban muy pocos objetos de lujo, porque no había espacio suficiente para ellos en el interior de un coche-habitación. No había ropas de etiqueta, ni de fiesta, porque ninguno de los habitantes de un campamento para coches-habitación los usaría; no existían espacios suficientes para tener un ropero extenso y la íntima vida comunal rehusaba toda formalidad. Los únicos vestidos y trajes que se veían en un campamento eran los deportivos.

No existían los bancos, ni las compañías de seguros, como tampoco las compañías de crédito. El Seguro Social había desaparecido por completo y no eran necesarios los servicios de los bancos y las compañías de préstamos; el sistema del sindicato de créditos, que databa desde los días antiguos del sindicalismo, lo había reemplazado un estricto sistema de bases comunales. Una versión del antiguo fondo de salud y beneficencia, basado también en el mismo sistema comunal, había reemplazado cualquier necesidad de seguridad social, subsidio gubernamental de beneficencia, o seguro médico. Y la idea de la guerra, tomada también del sindicalismo, había hecho de cada campamento una unidad independiente; una unidad independiente y con gobierno

propio.

—Todo funcionaba de una manera efectiva, porque quedaban pocas cosas en las que el residente de un campamento pudiera gastar su dinero.

Las antiguas costumbres de divertirse, la necesidad de lucir vestidos costosos, los gastos generales de los muebles de casa…, todo había sido anulado. La frugalidad se había convertido en una virtud respaldada… por las circunstancias.

Ninguna persona pagaba impuestos ya, o, cuando menos, eran tan mínimos, que ni se mencionaban. Los gobiernos estatales y locales habían caído en desuso desde hacía mucho tiempo. Lo único que quedaba era el gobierno federal, y, aun éste, había perdido gran parte de su control…, como debió suponer que sucedería, aquel día, hacía cuarenta años. Todo lo que ahora se pagaba era un reducido impuesto de defensa y otro ligeramente mayor para las carreteras, y los nómadas protestaban airada y continuamente contra el pago de los impuestos de carreteras.

—Antes no era así —dijo el remilgoso—. Esto del sindicalismo perdió el control por completo.

—Era todo lo que le quedaba a la gente para aferrarse —le dijo Amby—. Era la única cosa lógica que había sobrevivido; el único resto de firmeza que les quedaba. Naturalmente, lo siguieron, y éste tomó el lugar del gobierno.

—El gobierno debió de hacerlo de una manera diferente —opinó el remilgoso.

—Quizá lo hubieran hecho si nosotros no nos hubiéramos asustado tanto. Fue el miedo el causante de todo; todo habría salido bien si no hubiéramos sentido ese temor.

—Pero si no hubiera existido ese miedo, hubiéramos sido destruidos —dijo el remilgoso.

—Quizá —dijo Amby—. Aún recuerdo cómo sucedió. El principio fue aquella orden para descentralizar, y supongo que la industria sintió más los efectos de la situación que la mayoría de nosotros; se extendió, sin presentar ninguna resistencia. Quizá ellos supieran que los del gobierno no bromeaban, y probablemente conocían algunos datos que no eran del dominio público. Aunque, según recuerdo, los sucesos públicos se inclinaban más bien a lo sombrío…

—En aquellos años, yo era apenas un adolescente —dijo el remilgoso—, pero recuerdo parte de ello. Los bienes inmuebles no valían nada y no se podía vender una propiedad dentro de la ciudad, ni siquiera a una fracción de su valor; los trabajadores no podían permanecer allí, porque sus trabajos habían sido cambiados a lugares lejanos en el campo. La descentralización ocupó grandes superficies del campo. Las grandes fábricas se dividieron, algunas de ellas en pequeñas unidades, y entre cada una de ellas debía de haber grandes distancias.

Amby asintió, y dijo:

—Para que no hubiera un blanco lo suficientemente grande, para que nadie hiciera estallar una bomba sobre ellos; de esa manera, les costaría mucho hacer desaparecer la industria; para un trabajo que hubiera podido ser realizado antes con una sola bomba, serían necesarias ahora cien.

—No sé qué pensar —dijo el remilgoso, todavía reacio a acceder —. Me parece que el gobierno pudo haber solucionado el asunto de una manera diferente, en vez de permitir que las cosas sucedieran así.

—Yo creo que el gobierno tenía sus razones para hacerlo.

—Claro que las tenía, pero se había metido demasiado en los negocios de construcción, como en otras ocasiones había sucedido; se habían dedicado a construir proyectos de viviendas a bajo costo.

—Tenía la obligación de ayudar a la industria a establecer las nuevas fábricas, y los coches-habitación resolvieron el problema de la vivienda en ese trance.

—Supongo que eso es lo que sucedió —dijo el remilgoso.

Y, por supuesto, eso era lo que había sucedido.

Los trabajadores habían sido obligados a seguir sus trabajos o de lo contrario morirse de hambre. Como no podían vender sus casas de las ciudades, cuando el mercado de los bienes raíces desapareció casi de la noche a la mañana, tuvieron que aceptar los coches-habitación, y, cerca de cada industria fraccionada, se establecieron los campamentos para ellos.

Quizá se habían acostumbrado a ese modo de vida, o quizá temían construir sus casas, por no vivir dos veces la misma experiencia, aun cuando algunos de ellos podían permitirse hacerlo. Pero la mayoría no podía correr ese riesgo. También era posible que

se hubieran sentido desilusionados y asqueados; en realidad no importaba qué era lo que sentían. Pero, la vida en los campamentos había llegado a ser tan común, que se hizo un sistema establecido, y las personas que no habían sido afectadas por la descentralización habían sido llevadas gradualmente a los campamentos de coches-habitación, hasta que la mayor parte de las ciudades quedaron vacías.

—El culto de la posesión fue abolido y la tribu volvió a aparecer.

El temor había jugado un papel importante, y la libertad, la libertad de las posesiones, además de la libertad de poder marcharse sin siquiera mirar hacia atrás, junto con el sindicalismo, habían participado también.

El movimiento de los coches-habitación había asestado un sistema mortal al sistema de los grandes sindicatos. Los presidentes de sindicatos y los agentes de negocios, quienes habían encontrado que era sencillo controlar un enorme sistema sindical, descubrieron que era absolutamente imposible controlar los cientos de unidades repartidas, en las que había sido dividido cada sindicato local. Pero dentro de cada campamento había nacido una nueva clase de sindicalismo, que había cobrado nuevas fuerzas y significado. Había servido para hacer de cada campamento una unidad firme y coherente. Había logrado que la unión llegara a ser un elemento importante en cada familia y en los intereses de sus miembros. Era el sindicalismo interpretado en términos de las personas y sus necesidades, que había proporcionado un sistema tribal que era necesario para que el sistema de coches-habitación funcionara debidamente.

—Tengo que admitir que era un grupo muy eficiente —dijo el remilgoso—. Administraban la fábrica mejor de lo que yo lo hubiera hecho; cuidaban los gastos y siempre estaban buscando mejoras y procedimientos para ganar tiempo. Durante los veinte años que trabajaron aquí, prácticamente volvieron a diseñar la fábrica; esa es una de las cosas que ellos me señalaron cuando entramos en negociaciones, pero yo les dije que ellos lo habían hecho para proteger sus trabajos y quizá fue eso lo que los enfureció tanto, que decidieron irse —dio con su pipa unos golpecitos en la pared, y continuó—: No estoy muy seguro; pero creo que lo más probable es que sólo un nuevo grupo que pase por aquí, dentro de un mes o

quizá más, podrá sacar algo en limpio de todo ese montón de inventos que el grupo que se acaba de ir ideó; lo único que espero es que no recomiencen con la misma historia demasiado pronto y lo arruinen todo —comenzó a pulir el hornillo de su pipa, sumido en profunda reflexión—. No sé; quisiera poder comprender a esa tribu, aunque solamente fuera para tener la conciencia en paz. Eran buenas personas y, además, muy sensatas; eran muy buenos trabajadores, y hasta hace como un mes congeniamos muy bien. Llevaban vidas normales casi todos, pero había respecto a ellos algunas cosas que no podía comprender. Cosas como las supersticiones que cultivan, porque tenían una enorme lista de tabúes; eran expertos en los signos de exorcismo y aplacamiento. ¡Oh! Por supuesto, yo sé que nosotros las acostumbrábamos: cruzar los dedos y escupir por encima del hombro izquierdo, etc., pero lo hacíamos por diversión; era solamente una broma que acostumbrábamos entre nosotros. Un eslabón lleno de cariño que nos unía al pasado y que nos dolía abandonar. Pero esas personas, se lo juro, creen y viven en y para eso.

—Eso está de acuerdo con mi propia creencia de que la cultura ha degenerado, en realidad, hacia su equivalente de tribalismo, quizá a un grado mayor de lo que yo pensé. Esos grupos sociales, pequeños, compactos y cerrados, dan cabida a esa clase de cosas. En una cultura más integrada, tales nociones son objeto de risas hasta que llegan a ser desterradas; pero echarán raíces y crecerán con toda felicidad en tierras protegidas.

—Los campamentos de los campesinos son los peores —dijo el remilgoso—; tienen conjuros para hacer llover y para lograr cosechas magníficas y algunas otras cosas por el estilo.

Amby asintió, y comentó:

—Eso sí tiene sentido; hay algo en el enigma de la tierra y las semillas, que incita al misticismo. Recuerde la riqueza mitológica que se desarrolló con relación a la agricultura en los tiempos prehistóricos, con ritos de fertilidad y las mesas lunares de plantación, y todos los demás fetiches.

Permaneció apoyado sobre la pared, contemplando la tierra que se extendía ante sus ojos; y le pareció oír, desde los comienzos obscuros de la raza, el golpear dé pies endurecidos; el canto ritual y el grito del sacrificio.

7

AL día siguiente, desde una alta colina, divisaron el campamento granjero. Estaba asentado en los linderos de un bosquecillo que estaba a corta distancia de una hilera de elevaciones y frente a las llanuras que se extendían en todas direcciones, se encontraban los campos verdes y dorados.

¡Ah! Ese es el lugar que me gustaría para permanecer —dijo Jake—. Es un buen sitio para criar a los chicos y es evidente que no es necesario matarse trabajando. Casi todas las tareas del campo se hacen con maquinaria y uno sólo tiene que sentarse y dirigir un tractor, una segadora, una trilladora o algo parecido. También sería una vida saludable, al sol y al aire libre, y se podría contemplar el campo casi siempre. Una vez terminada la siega, todo el grupo recogería sus cosas y, simplemente, se iría a otro sitio, quizá hacia el suroeste, para cultivar lechugas o cualquier otro cultivo de huerto, o hacia la costa por las frutas, o quizá hasta el sur. Yo no sé si acostumbran sembrar en invierno en el sur; quizá usted lo sepa, doctor.

—No; no lo sé —dijo Amby.

Iba sentado al lado de Jake, observando cómo conducía éste; Amby pensó, en su fuero interno, que Jake era muy buen conductor; cualquier hombre podría sentirse seguro y confiado si Jake iba al volante. Nunca iba demasiado aprisa, ni aceptaba riesgos; y sabía cómo tratar el auto.

En la parte posterior, los chicos armaban un tremendo alboroto y Jake se volvió hacia atrás para gritarles:

—¡Si no se callan de una vez por todas, voy a detener el automóvil, y les voy a dar unos buenos azotes! No estarían haciendo tanto ruido si su madre estuviera con ustedes en lugar de venir ahí

atrás en el coche-habitación, porque les daría a cada uno un buen tirón de orejas y los haría callarse.

Los muchachos no le prestaron la menor atención y siguieron en sus forcejeos.

—He estado pensando —le dijo Jake a Amby, una vez que había cumplido con sus deberes de padre—, que esta es la cosa más sabia que haya hecho usted; quizá debió decidirlo antes. Lo más seguro es que un hombre tan educado como usted no encuentre ninguna dificultad para instalarse en uno de estos campamentos. No creo que tengan muchos hombres educados, y como siempre lo he dicho, no hay nada como la educación. Yo nunca la recibí, y quizá por eso le tengo tanto aprecio; una de las cosas que más me desagradaban cuando estábamos en la ciudad, era el ver a los chicos crecer sin ninguna instrucción. Myrt y yo hacíamos todo lo que podíamos, pero ninguno de nosotros sabe algo más que el simple abecedario, y no éramos buenos maestros.

—Probablemente tienen escuelas en todos los campamentos —dijo Amby—. Nunca oí decir que fuera así, pero tienen una especie de universidad. Antes de que cualquier persona pueda ir a una de éstas, tiene que poseer cierta cultura elemental. Me imagino que encontraremos los campamentos, con un programa comunal bastante desarrollado. Un campamento es una especie de ciudad móvil, y, lo más probable, es que sea administrado como una ciudad; que tenga escuelas, hospitales, iglesias y todas las demás cosas que uno espera encontrar en las ciudades, a pesar de que todo ello tendrá, como imagino, ciertos tonos de sindicalismo; la cultura es algo extraño, Jake, pero, por lo general, se obtienen los mismos resultados al final. Las culturas que difieren entre sí no son sino simples formas diversas de resolver un problema.

—Le aseguro que es un placer sentarse aquí y escuchar todas esas palabras que tanto nos gustan. Lo mejor de todo es que se oye todo; es como si en realidad conociera lo que todas esas elevadas palabras significan.

Dio vuelta para salir de la carretera y tomó un sendero transitado, que atravesaba el campo; disminuyó la velocidad y continuó por el camino, dando saltos.

—¡Mire qué paisaje tan encantador! Observe toda esa ropa lavada colgada de los tendederos y todas esas flores que crecen en

las macetas de las ventanas, de los coches-habitación; aquella pequeña verja que han colocado en torno a los coches-habitación se parece mucho a los patios de nuestra ciudad. No me sorprendería ver que, en realidad, estas gentes son igual que nosotros.

Llegaron al campamento, se salieron del camino y se dirigieron hacia uno de los lados en que estaban detenidos los coches-habitación. Había un buen grupo de niños que se habían reunido y que continuaban de pie observándolos. Una mujer salió a la puerta de uno de los coches-habitación y se quedó inmóvil, apoyada sobre el marco de la puerta, observándolos. Algunos perros se reunieron con los niños y se sentaron a matarse las pulgas.

Jake salió del auto.

—¡Hola, niños! —les dijo.

Ellos se rieron tímidamente.

Los niños de Jake se amontonaron uno sobre el otro en el asiento posterior y se quedaron cerca de su padre, enredados como si se tratara de un verdadero nudo.

Myrt descendió del coche-habitación abanicándose con un pedazo de cartón.

—¡Vaya, vaya! —exclamó.

Esperaron.

Finalmente, un anciano salió de uno de los coches-habitación y se dirigió hacia ellos. Los niños le dejaron espacio para que pasara. Caminaba lentamente, ayudándose con un bastón.

—¿Puedo hacer algo por usted, forastero?

—Andábamos solamente viendo —dijo Jake.

—Miren todo lo que quieran —les dijo el anciano.

Luego advirtió la presencia de Amby, que continuaba sentado en el auto.

—¡Hola, veterano!

—¡Hola! —contestó Amby.

—¿Busca algo en especial, veterano?

—Creo que podré decir que andamos buscando trabajo. Esperamos encontrar algún campamento que nos acepte.

El anciano sacudió la cabeza y dijo:

—Puede hablar con el agente de negocios. Es a él a quien deben ver.

Se volvió y les gritó a los niños, que estaban inmóviles

mirándolos:

—¡Vamos, chicos, vayan a buscar a Fred!

Y los muchachos se desbandaron como perdices asustadas.

Ya no es frecuente que veamos a personas como ustedes —dijo el anciano—. Hace varios años, todavía quedaban muchos que deambulaban buscando lo que pudieran encontrar. Muchos de ellos eran de las ciudades pequeñas, pero la mayoría eran G. D.

El anciano vio la mirada interrogativa en el rostro de Amby.

—Es decir, granjeros desplazados —le explicó—. Los que no habían logrado ningún resultado, pero cuando suprimieron la paridad, quedaron muchos de ellos. Es el grupo más loco que he visto jamás; peleaban constantemente, habían confiado en conservar la paridad, porque creían que la merecían. Pensaban que el gobierno les había engañado vilmente, y supongo que, en efecto, así fue; pero lo hizo también con muchos de nosotros. Era imposible haber hecho lo que hicieron sin que alguien saliera lastimado y, en vista de cómo estaban las cosas, no podía esperarse que el gobierno continuara con todos sus programas; tenía que simplificar.

Amby asintió, demostrando que estaba de acuerdo.

No podía mantener una burocracia tan numerosa, dentro de un sistema que había llegado a ser tecnológico-tribal.

Es cierto —asintió el anciano—. En cuanto a los granjeros, la diferencia había sido poca; las pequeñas granjas estaban destinadas a desaparecer; el pequeño granjero no podía calificar, la agricultura seguía una tendencia hacia la posesión colectiva, aun antes de que el problema se agudizara. La maquinaria fue la solución de todo. Era imposible cultivar sin maquinaria y no era conveniente comprarla, solamente para cultivar unas cuantas hectáreas en las granjas pequeñas.

Se acercó al automóvil y tocó un guardafangos con su mano nudosa.

—Tiene usted un auto excelente.

—Hace muchos años que lo tengo —le dijo Amby—. Pero lo he cuidado bien.

El anciano se animó al oír estas palabras.

—Esa es una regla que seguimos también aquí; todos tienen que tener buen cuidado de todas las cosas. Ya no es como en aquellos tiempos, cuando si uno rompía algo, lo desgastaba o, simplemente,

lo perdía, podía ir a la esquina y adquirir otro. De esa manera hemos logrado tener un campamento notable; los jóvenes pasan gran parte de su tiempo libre lustrando los autos. Ojalá pudiera ver los resultados que han logrado algunos de ellos. Ya lo creo, algunos de los automóviles parecen casi humanos.

Se acercó hasta llegar a la ventana abierta del coche y se apoyó en la puerta.

—Es un campamento excelente —le dijo—. En fin, puede verlo por sí mismo; tenemos las mejores cosechas de los alrededores y tenemos gran cuidado de nuestra tierra, y eso es algo valioso para el remilgado que es propietario de este lugar. Hemos regresado a este mismo lugar todas las primaveras desde hace veinte años. Si alguien llega aquí antes que nosotros, el remilgoso ni siquiera se molesta en hablar con ellos, nos espera a nosotros. Puedo asegurarle que no hay muchos campamentos que puedan decir lo mismo; por supuesto, durante el invierno vagabundeamos considerablemente, pero eso es porque así lo queremos; a cualquiera de los lugares en los que hemos pasado alguna vez el invierno, podemos regresar siempre que queramos.

Luego miró a Amby inquisitivamente.

—¿Sabe usted por casualidad algo sobre cómo hacer llover?

—Hace algunos años leí algo sobre el trabajo que se había realizado respecto a esa cuestión —le dijo Amby—. Me parece que le llamaban bombardeo de nubes, pero ya no recuerdo qué era lo que empleaban. Era algún compuesto de plata o alguna otra substancia química.

—Yo nunca he oído hablar de ese bombardeo —dijo el anciano —; no sé si usan substancias químicas o no.

Pero, luego, temiendo una mala interpretación, agregó:

—Por supuesto, nosotros tenemos un grupo de fabricantes de lluvia. Lo mejor que se haya visto jamás; pero en este negocio de las siembras, vale más tener uno de más, que de menos.

El anciano levantó los ojos hacia el cielo.

—Ahora no necesitamos ninguna lluvia y, por supuesto, no es bueno utilizar el poder, a menos que se tenga necesidad de ello. Ojalá pudiera venir cuando necesitamos agua, porque entonces podría quedarse y admirar el poder de los muchachos; lo hacen con mucha maestría; siempre que ejecutan una danza, todo el mundo va

a observarlos.

—Recuerdo que leí, en una ocasión, algo sobre los navajos —dijo Amby—, o tal vez eran los hopis…

Pero el anciano no estaba interesado en los navajos ni en los hopis.

—También tenemos varios sembradores que obtienen los mejores cultivos de todos —le comunicó—. No quiero que piense que estoy presumiendo, pero tenemos el mejor grupo de…

Los niños regresaron corriendo por entre los coches-habitación, produciendo un gran alboroto; el anciano dio media vuelta y dijo:

—Ahí viene Fred.

Fred se acercó hacia ellos, con pasos amblados. Era un hombre alto, con la cabeza descubierta y un mechón de cabello negro y rebelde; tenía las cejas pobladas y una dentadura blanca y prominente.

—Hola, amigos —les dijo—. ¿En qué puedo servirles?

Jake le explicó lo que buscaban.

Fred se rascó la cabeza, avergonzado y perplejo.

—Nuestro cupo está completo; en realidad, estamos a punto de convertirnos en enjambre. No creo que podamos recibir una familia más, a menos que ustedes puedan ofrecer algo especial.

—Yo sé manejar la maquinaria —le dijo Jake—; puedo conducir cualquier cosa.

—Tenemos muchos conductores. ¿Sabe hacer reparaciones? ¿Conoce algo de soldadura? ¿Sabe manejar el torno?

—Bueno, no…

—Nosotros tenemos que componer nuestras propias máquinas y mantenerlas en óptimas condiciones; a veces tenemos que fabricar las piezas para reemplazar las que se han roto. Es imposible esperar a obtener refacciones de la fábrica. Aquí hacemos un poco de todo. El trabajo es algo más complicado que conducir simplemente, cualquier persona puede hacer eso, hasta las mujeres y los niños.

—El doctor es un hombre educado —dijo Jake—. Era profesor de la universidad, hasta que ésta cerró sus puertas; quizá puedan utilizar sus servicios…

Fred pareció animarse.

—¿Es verdad? ¿Acaso de agronomía?

—De historia —le dijo Amby—; mis conocimientos se reducen a

la historia.

—¡Es una pena! —dijo Fred—; lo que necesitamos en un agrónomo. Estamos, tratando de cultivar algunas parcelas experimentales, pero nuestros conocimientos son limitados; parece que no logramos obtener ningún buen resultado.

El anciano le dijo a Amby:

—El propósito es obtener mejores cultivos; ese es nuestro oficio, uno de los acuerdos en nuestros contratos. Cada campamento proporciona sus propias semillas y, teniendo cultivos superiores, se pueden obtener mayores ventajas del remilgoso. Tenemos un buen trigo duro, pero ahora estamos trabajando con el maíz. Si pudiéramos obtener maíz que madurara diez días antes…

—Parece ser bastante interesante —dijo Amby—, pero yo no puedo ayudarles; no sé nada de cultivos.

—Yo trabajaré todo lo que sea necesario, si me dan la oportunidad. En todo el campamento no encontrarán un trabajador con mejor voluntad que yo —dijo Jake.

—Lo sentimos —dijo el agente de negocios—. Todos nosotros somos trabajadores de gran voluntad. Si lo que buscan es un lugar, su mejor oportunidad la encontrarán en un enjambre, ellos sí podrían aceptarlos; un campamento tan antiguo como el nuestro no acepta recién llegados por lo general, a menos que éstos ofrezcan algo especial.

—Bien —dijo Jake—, creo que eso es todo.

Abrió la puerta del automóvil y entró en él. Los muchachos, volvieron a acomodarse en el asiento trasero y Myrt subió nuevamente al coche-habitación.

—Muchas gracias —le dijo Jake al agente de negocios—; lamentamos haberle hecho perder su tiempo.

Hizo girar el vehículo y tomó nuevamente la avenida. Se mantuvo silencioso por largo tiempo, y finalmente preguntó:

—¿Qué diablos es un agrónomo?

8

Y ESO SE REPITIÓ en todos los sitios a los que fueron.

—¿Es usted uno de esos especialistas en cibernética? ¿No? ¡Qué pena!, ¡lo único que necesitamos ahora es uno de esos especialistas!

—¡Qué lástima! Podemos emplear a un químico; trabajamos con combustible, pero no sabemos nada y nos dedicamos a cavar. Un día de estos, los muchachos harán que el campamento caiga hasta el infierno.

—Si usted fuera alzador… Es eso precisamente lo que necesitamos.

—¿Sabe electrónica? ¿No? ¡Lo sentimos!

—¿Historia? Temo que no podemos utilizar la historia para nada.

—¿Sabe algo de medicina? Nuestro médico está ya muy anciano…

—¿Es ingeniero en cohetes? Queremos probar algunas ideas que tenemos y necesitamos un ingeniero especializado en este campo.

—¿Historia? No. ¿Qué quiere que hagamos con la historia?

Pero existía una aplicación para la historia, se dijo Amby.

—Yo sé que puede usarse para algo —dijo—. En tiempos pasados siempre fue un instrumento, y ahora, de pronto, no pudo haber perdido su objetivo; ni siquiera en una sociedad nueva y primitiva como ésta.

Estaba acostado dentro de su saco de dormir y contemplaba el firmamento.

Pensó que en casa ya sería otoño; las hojas caían, y recordó que la ciudad, en el resplandor del otoño, era un lugar de belleza indescriptible.

Pero allí, tan al sur, era verano todavía, y el verdor del follaje y

la dureza del azul del cielo, producían una sensación extraña y letárgica, como si el verde y el azul estuvieran estampados sobre la tierra y se mantuvieran así para siempre; una tierra en la que los cambios habían sido proscritos y la matriz de la existencia hubiera sido moldeada, en tal forma, que sería imposible cualquier alteración.

El coche-habitación proyectaba su sombra negra contra el cielo, y cuando Jake y Myrt dejaron de conversar en voz baja dentro del vehículo, pudo oír el murmullo del arroyuelo, que pasaba un poco más allá del campamento. La fogata se había extinguido y no quedó sino un ligero tinte rojo en la blancura de las cenizas; en los linderos del bosque, un ave hizo oír su canto…, un sinsonte, pensó, aunque el canto no había sido tan dulce como él se lo había imaginado que iba a ser.

Eso sucedía con todo; nada era como se había imaginado; la mayor parte de las veces, una cosa era menos hermosa y más prosaica de lo que había sido imaginada; y luego, de pronto, en un lugar insospechado, encontraba algo que le afirmaba en su camino.

Después de que vio dos o tres campamentos, comprendió que todos podían entrar en un solo molde…, modelos de normas en los negocios que eran buenos, firmes y típicamente americanos; las peculiaridades habían cesado de existir, tan pronto como se comprendió su razón de ser.

Como, por ejemplo, los ejercicios militares semanales y los juegos de guerra regulares, en los que todos los hombres del campamento realizaban las maniobras o resolvían un problema militar, llenos de seriedad y austeridad, sin bromas, mientras las mujeres y niños corrían como bandadas de codornices, en busca de escondites en donde poder refugiarse de enemigos imaginarios. Era por eso, pensó, que el gobierno federal podía funcionar con el poco dinero que recibía del ridículo impuesto de defensa, porque tenía a mano, al primer llamado, a la soldadesca, compuesta de ciudadanos que pelearían en una guerra destructora y total, en la que haría pedazos y perseguiría con feroz eficiencia y salvajismo a cualquier enemigo que pusiera el pie en el continente. El gobierno federal mantenía la fuerza aérea, proporcionaba las armas, dirigía las investigaciones militares y se encargaba del mando y la táctica suprema. El pueblo, hasta el último y más pequeño de sus

miembros, era el ejército, listo para una movilización instantánea, adiestrados a prepararse en cuestión de segundos y cuyo funcionamiento no gravaba el presupuesto federal.

Después de haber visto los ejercicios y juegos de guerra, comprendió que esa organización que habría de enfrentarse a cualquier enemigo en potencia, era algo nuevo en la ciencia de la guerra. Era una nación que no presentaba ningún blanco; que no temía a las bombas que pudieran ser lanzadas contra ella; que no tenía ciudades de las que apoderarse para conservarlas; carecía de industrias que pudieran ser completamente destruidas, y tenía en cada habitante masculino entre los 16 y los 70 años, un soldado preparado y ansioso por pelear.

Siguió acostado, inmóvil, reflexionando en las muchas cosas que había visto; las que le eran extrañamente familiares y las totalmente desconocidas.

Como las costumbres que se habían desarrollado en cada campamento, compuestas de leyendas, supersticiones, magia, enseñanzas no olvidadas, adoración a héroes y todos los demás elementos de la vida comunal. Comprendió que las costumbres formaban parte de la lealtad vehemente de cada mujer y hombre hacia su propio campamento. Esto le había provocado una rivalidad fantástica entre los campamentos que, en ocasiones, era difícil de comprender, y que se manifestaba desde la presunción de los niños hasta las negativas, llenas de soberbia, con que los dirigentes de los campamentos rehusaban compartir sus conocimientos o secretos con cualquier otro campamento. Era difícil comprender todo eso, en tanto no se llegaba a ver en ello el resultado de la antigua tradición, que había sido el alma y el cuerpo de la práctica de los negocios en Norteamérica.

Un sistema extraño, pensó el doctor Ambrose Wilson, mientras yacía acostado en su saco de dormir; un sistema extraño, pero muy efectivo y comprensible, dentro de sus términos de referencia.

Era comprensible, excepto por una cosa… Algo que no acababa de definir. Quizá era más sensación que hecho… Una sensación de que, en algún lugar, en alguna forma, bajo toda esa capa de vida neogitana, existía un nuevo factor vital e importante que podía sentirse, pero que nunca podría ser denominado con exactitud.

Siguió reflexionando, pensando en ese factor nuevo y vital,

tratando de separar y entresacar las impresiones de las realidades.

Pero nada era tangible; no descubrió nada a lo que pudiera aferrarse; nada que pudiera ser identificado. Era como una barcia sin un solo grano, como humo sin fuego… Era algo nuevo que, quizá, como todas las cosas, era perfectamente comprensible, dentro de su marco de referencia. Pero ¿en dónde estaba la referencia?

Habían atravesado la región, siguiendo un gran río que corría de norte a sur, y habían encontrado muchos campamentos, campamentos de cultivos, con grandes extensiones de cereales, y kilómetros de maizales; industriales, con chimeneas humeantes y traqueteo de máquinas, de transportes, con sus innumerables camiones y su funcionamiento perfecto casi de una vasta red de servicio de carga; lecherías, con enormes manadas de ganado; cremerías y fábricas de queso, en donde se procesaba la leche y, además, las manadas de cerdos, que constituían una actividad secundaria de la lechería; campamentos avícolas y de cultivo mecanizado, de minas, de carreteras, de la madera y de una infinidad de otras actividades. De vez en cuando encontraban flotadores y enjambres, vagabundos, como ellos mismos, en busca de un sitio en donde establecerse.

Lo mismo sucedió en todos los lugares que visitaron. Un coro de «¡Lo lamentamos!» se repetía en toda la región, se repetían los grupos de niños llenos de curiosidad, los perros que se mataban las pulgas y el agente de negocios, que afirmaba que era imposible…

Algunos campamentos habían sido más amistosos que otros; en algunos de ellos habían permanecido un día, una semana, para descansar de sus viajes, para hacer reparaciones al motor, para aliviar el dolor de sus piernas, etc.

En algunos campamentos por los que habían caminado, habían conversado, se habían sentado, unas veces al sol y otras a la sombra, según invitara la hora correspondiente del día. Le pareció, en ocasiones, que había aprendido a conocer a las personas. Pero siempre que le parecía conocerlas, percibía la leve rareza, la nebulosa diferencia, como si estuviera presente entre ellos otra persona a quien él no pudiese ver; alguien que los observaba desde algún lugar oculto; en esos momentos, cuando entre él y esas personas se colocaba la tela finamente cardada de cuarenta años olvidados.

Escuchó sus aparatos de radio, que eran versiones comunales de las emisoras de aficionados de 1960, y oyó las voces espectrales que provenían de otros campamentos, algunos cercanos y otros muy lejanos, lo cual constituía una extraña red de comunicaciones a nivel de ciudad. Casi todo eran murmuraciones, pero no todo. Porque parte de lo que escuchó, eran mensajes oficiales, acusando el recibo de una tonelada de queso o un cargamento completo de heno, o el reemplazo de alguna parte de maquinaria rota, o posiblemente la confirmación de una deuda que un campamento tenía pendiente con otro, por alguna mercancía o producto y, frecuentemente, el extraño manejo de esas deudas, de un campamento a otro, en los que una promesa pagaba otra promesa y lo que eran murmuraciones en apariencia, tenían en realidad un sentido especial, impreso con el modelo casi increíble de esa cultura fantástica, que había salido de sus suburbios, para abrazar el nomadismo.

La magia estaba siempre presente; una magia extrañamente dulce, utilizada para el bien de las personas, más que para dañarlas. Pensó que era como si los duendes morenos y las hadas hubieran regresado de su breve destierro de un mundo materialista. Presenció ceremonias nuevas y extrañas, que nacían en la fantasía de las antiguas, usaban amuletos para la buena suerte, y ciertas palabras para ser pronunciadas; se registró el renacimiento de la fe sencilla antigua, que había sido olvidada en los últimos siglos; una fe simple y, en ciertos aspectos, infantil. Y quizá es mejor que sea así.

Pero lo más sorprendente de todo era la mezcla de la magia antigua y las creencias de antaño, con un interés igualmente vital de la tecnología moderna…, la cibernética, que iba de la mano del amuleto de buena suerte, la danza de la lluvia y la agronomía, inclinadas, una al lado de la otra.

Todo ello preocupaba en diversas formas cuando intentaba comprenderlo, y buscaba simplificar el modelo y grabar mentalmente en una hoja la gráfica histórica, porque, siempre que la gráfica parecía producir un sistema sensato, era descompuesto, porque comprendía que estaba trabajando con pruebas superficiales.

Siempre faltaba algo…, ese factor vital y presentido.

Habían viajado por todo el continente con los constantes «¡Lo

lamento!», y sabía que Jake estaba preocupado, como tenía derecho a estarlo, cuando se metía en su saco de dormir, noche tras noche. Oía hablar a Jake y a Myrt, cuando creían que tanto él como los niños estaban dormidos. Aunque había tenido cuidado, por delicadeza, de no acercarse lo suficiente para oír las palabras en vez de los murmullos. Había comprendido por los tonos susurrantes de sus voces de qué habían discutido.

«¡Es una lástima!», pensó. «Las esperanzas de Jake fueron tan grandes y su confianza tan profunda».

Era algo terrible ver a un hombre que perdía la confianza cada día un poco más… Verla desaparecer como la sangre que se pierde de una herida. Se movió, acomodando su cuerpo para dormir, y cerró los ojos. Sintió que el sueño se apoderaba de él, como un antiguo consolador, y a punto de salir del mundo, semidormido, vio nuevamente, idealizada y hermosa, la pintura que estaba sobre la chimenea, alumbrada por los rayos de la luz de la lámpara, que caían sobre ella.

9

CUANDO DESPERTÓ, el coche-habitación había desaparecido. De pronto, no lo comprendió, porque estaba acostado, caliente y cómodo, mientras el viento fresco de la mañana le daba en el rostro; escuchó la alegría de las aves en la arboleda y el canturrear del arroyuelo que corría entre piedrecillas.

Pensaba en lo agradable que era vivir y, vagamente, también en lo que le aportaría el día, sintiéndose agradecido, porque no sentía temor por nada.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que el coche-habitación había desaparecido. Se quedó inmóvil durante un momento, sin lograr comprenderlo, antes de que el golpe de lo sucedido fuera como una bofetada en pleno rostro.

La primera onda de miedo lo cubrió y se volvió a perder… El terror de la soledad, el miedo a ser abandonado…, retirándose pronto para dejar paso a una ira sorda. Encontró sus ropas dentro del saco de dormir, y salió de éste rápidamente. Se sentó en una piedra, examinó la escena y trató de reconstruir lo que pudo haber sucedido.

El campamento estaba al otro lado de un bache profundo de la carretera, y recordó que habían sujetado las ruedas del coche, para que no resbalara por la pendiente. Lo más probable era que Jake hubiera retirado los calces, quitando los frenos y dejando que el vehículo se deslizara cuesta abajo, para encender el motor cuando ya estuviera bastante lejos. Se puso en pie y caminó como si estuviera atontado. Allí estaban las rocas que habían servido para calzar las ruedas del coche-habitación, y también las huellas de los neumáticos que descendían en línea recta, bajo el rocío.

Y otra cosa… El rifle calibre 22, que había sido la posesión más

preciada de Jake, estaba apoyado contra un árbol, y a su lado se encontraba una abultada mochila.

Se arrodilló junto al árbol y abrió la mochila. Encontró dos cajas de fósforos, diez cajas de municiones, su otra ropa, alimentos, utensilios para cocinar y para comer, y un viejo impermeable.

Permaneció de rodillas, observándolo todo extendido en el suelo, y sintió las lágrimas ardientes que le quemaban en los párpados. Era una traición, no cabía duda, pero no totalmente traición, puesto que no lo habían olvidado. Robo y abandono, y las peores de las malas intenciones. Con todo, Jake le había dejado el rifle que había sido su brazo derecho. Las conversaciones en voz baja que había oído, ¿podrían haber sido planes y no un intercambio de preocupaciones? ¿Qué hubiera pasado si hubiera oído las palabras en vez de los murmullos? ¿Qué hubiera pasado si se hubiera deslizado con cuidado y hubiera oído y comprendido lo que tramaban? ¿Qué hubiera podido hacer para impedirlo?

Metió todas las cosas en la mochila y la llevó junto con el rifle hasta donde se encontraba el saco de dormir. Iba a ser difícil cargarlo todo, pero iría despacio y con calma y saldría adelante. Se consoló a sí mismo, diciéndose que no estaba tan mal; aún tenía su cartera y el dinero que guardaba en ella. Se preguntó, sin importarle mucho, cómo haría Jake, que no llevaba un centavo, para conseguir alimentos y gasolina cuando lo necesitara.

Le parecía oír a Jake, diciendo en sus conversaciones nocturnas:

El doctor es la causa de que no nos acepten; no hacen sino mirarlo para comprender en seguida que no está lejano el día en que será una carga de beneficencia. No aceptan a nadie que vaya a serlo, así sea en un año o dos.

Te digo que la culpa es del doctor, Myrt. Les espeta sus palabrotas y los asusta. Piensan que no encajará; que está algo tocado. Pero nosotros somos personas comunes y corrientes. Nos aceptarían inmediatamente, si el doctor no estuviera con nosotros.

Nosotros podemos hacer cualquier clase de trabajo, pero el doctor está especializado. Nada ganaremos mientras no nos separemos de él.

Amby sacudió la cabeza. Era curioso ver hasta qué extremos llegaba un hombre presa de la desesperación. La gratitud, el honor y hasta la amistad eran frágiles barreras para los actos inspirados

por la desesperación.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se preguntó.

Ciertamente, no haría lo primero que había pensado; dar media vuelta y regresar a su casa. Eso sería imposible en uno o dos meses más, pues la nieve habría caído en el norte y no lograría pasar. Si decidía regresar a su casa, tendría que esperar hasta la primavera.

Podría hacer una cosa: continuar hacia el sur, viajando como lo había estado haciendo, pero a un paso más lento. Quizá hasta tuviera así algún mérito. Estaría solo y tendría más tiempo para pensar. Era una situación que exigía profundas reflexiones y muchas cosas en qué pensar para tratar de descifrarlas. Sabía que, en algún sitio, tenía que existir la respuesta y la clave para ese factor, cuya existencia presintió en los campamentos. Una vez que poseyera el factor, la gráfica de la historia quedaría resuelta y él habría llevado a cabo el trabajo que se había propuesto realizar.

Dejó la mochila y el rifle sobre el saco de dormir, y caminó hasta la carretera. En pie sobre ésta, miró primeramente a un lado y después al otro. Era un camino largo y solitario, y él debería recorrerlo solo. Nunca había tenido hijos, y hacía tiempo que no tenía amigos. Ahora admitía que Jake había sido su amigo más íntimo, pero Jake se había ido. Estaba separado de él, no sólo por la distancia de la serpenteante carretera, sino por su acto, que ahora se levantaba como un muro entre ambos hombres.

Irguió los hombros como una muestra exterior de una confianza y un valor que no sentía, y regresó a coger el saco de dormir, la mochila y el rifle.

10

UN mes después, tropezó con un campamento de camiones, casi por accidente. Era cerca del anochecer; andaba buscando un lugar en donde pasar la noche, cuando se acercó a una intersección y vio el pequeño coche-habitación que estaba detenido allí.

Un hombre estaba acostado, al lado de una fogata encendida, echando lentamente ramitas al fuego. Otro hombre estaba desembalando algo que tenía la apariencia de una caja de provisiones. Otro más, salió del bosque llevando una cubeta, probablemente llevaba agua de la corriente cercana.

El hombre que estaba cerca del fuego vio a Amby, se puso en pie, y le dijo:

—¡Hola, extranjero! ¿Busca usted un lugar en donde dormir?

Amby asintió y se acercó a la fogata, se bajó del hombro la mochila y el saco de dormir, y los dejó caer al suelo.

—Les estaré muy agradecido.

—Encantado de que se quede —dijo el hombre, que continuaba inclinado sobre la fogata cuidándola—. De ordinario, no acampamos fuera durante la noche, sino que nos detenemos solamente el tiempo necesario para cocinar algo y comer, y luego continuamos nuestro camino. Tenemos un catre atrás, de manera que uno de nosotros puede dormir mientras el otro conduce, que al fin hasta Tom lo hace ya bastante bien, ha adelantado mucho.

Hizo una seña en dirección del hombre que había llevado el agua.

—Tom, no es el otro chófer; es un profesor de la universidad, que está ahora de vacaciones.

Tom le sonrió cordialmente a Amby, desde el otro lado del fuego.

—Estoy de vacaciones, ahora.

—Yo también, pero en forma permanente —dijo Amby.

—Pero, esta noche acamparemos —continuó el chófer—. No me gusta el sonido del motor, y además calienta un poco; tendremos que desmontarlo.

—¿Desmontarlo? ¿Aquí?

—¿Y por qué no? Es un lugar tan bueno como cualquier otro.

—Pero…

El chófer se rió y dijo:

—No será un problema; mi ayudante, Jim, aquel que está allí, es un cargador. Él lo levantará, lo traerá cerca del fuego, y lo desmontaremos.

Amby se sentó junto a la fogata.

—Soy Amby Wilson. Ando visitando el país.

—¿Viene de lejos?

—Desde Minnesota.

—Es una gran distancia, para un hombre de su edad.

—Venía en automóvil.

—¿Se le estropeó?

—Mi socio huyó con él.

—Eso es algo verdaderamente repugnante —dijo, serio.

—Jake no lo hizo por maldad; sólo que…, estaba asustado.

—¿Trató de seguirlo?

—¿Cómo iba a encontrarlo? No tengo medios para hacerlo.

—Puede conseguir un trazador.

—¿Qué es un trazador?

—¿Dónde diablos ha estado todos estos años?

Y Amby tuvo que admitir que la pregunta era justa.

—Un trazador —explicó Tom—, es un telépata, un tipo especial de telépata que puede rastrear una mente y encontrarla casi invariablemente. Es una especie de sabueso humano. El trabajo es duro y no tenemos muchos, pero esperamos que, con el tiempo, tengamos más, y mejores.

Un trazador es un telépata.

Así, de sorpresa, sin haber oído nunca algo sobre ello.

Un tipo especial de telépata, como si pudiera haber muchos tipos de ellos.

Amby se acuclilló junto al fuego y los miró, para ver si

sorprendía una sonrisa oculta; pero no estaban sonriendo, sino que actuaban, como si la cuestión de los telépatas fuera algo que se veía todos los días.

Se preguntó si podía ser posible que allí, a los pocos minutos de conocerlo, esos hombres hubieran dicho algo que verdaderamente tenía sentido, en medio de la confusión, del folklore y de la magia que había encontrado en los campamentos.

Un trazador era un telépata; un cargador sería un teleportador, y un especialista en cultivos bien podría ser que tuviera una simpatía y una comprensión inherente y exagerada por el mundo de las cosas vivientes.

¿Era ése, entonces, el factor perdido que esperaba encontrar, la lógica de los fabricantes de lluvia y todos los otros fetichismos, que él había considerado como simplemente incidentales en un grupo social comprendido?

Cruzó las manos entre las rodillas, entrelazando fuertemente los dedos, para evitar que temblaran. Dios mío, pensó, si esta es la respuesta que buscaba, entonces, ¡esta es una cultura invencible!

—Dijo usted que estaba de vacaciones como yo, pero permanentemente. ¿Es usted maestro también?

—Lo era —dijo Amby—; pero la universidad fue clausurada. Era una de las universidades antiguas; además, el dinero escaseaba y los alumnos disminuían.

—¿Busca algún puesto escolar?

—Aceptaría cualquier cosa, pero parece que nadie me necesita.

—En todas las escuelas faltan maestros, a usted lo aceptarían inmediatamente.

—¿Se refiere usted a las universidades móviles?

Tom asintió y dijo:

—Exactamente.

—Parece no tener mucha fe en ellas, ¿verdad? —preguntó el chófer, algo molesto.

—No las conozco.

—Son escuelas tan buenas como cualquier otra que haya existido —dijo el chófer—. No deje que nadie le engañe.

Amby se inclinó hacia adelante, sobre el fuego, mientras en su cerebro bullía una infinidad de preguntas, la esperanza y el miedo.

—Eso que decía del trazador —dijo—. Dijo que era una clase

especial de telépatas. ¿Es que hay otros? Es decir: ¿existen las posibilidades?

—Algunos —dijo Tom—. Parece que hoy en día están apareciendo muchos talentos nuevos. En las universidades recibimos a muchos de ellos, y nosotros tratamos de darles instrucción; pero ¿qué podemos enseñarle a un telépata usted o yo? ¿Cómo hacerlo? Lo mejor que uno puede hacer es ayudarlos y a animar a cada uno de ellos, para que utilicen sus talentos para los mejores fines.

Amby sacudió la cabeza, confundido.

—Bien, pero, no comprendo cómo es que los tienen ahora, si nosotros nunca los tuvimos.

—Quizá había algunos antes de nuestra nueva era. Debían existir, porque la habilidad debía de estar latente, esperando una oportunidad para aparecer, pero quizá nunca tuvieron esa oportunidad, antes de ahora, por las habilidades que existían. Puede haber disminuido bajo la influencia niveladora de un nuevo sistema educativo. Quizá existieron algunos que tenían el talento y evitaban usarlo, por temor de ser diferentes, dentro de una cultura en la que cualquier diferencia era algo no muy favorecido. Así, lo suprimieron hasta que el talento no los molestó; también pudo haber otro grupo que lo utilizara en su propio beneficio. ¿Imagina usted lo que un abogado, un político o un vendedor podrían lograr con la telepatía?

—¿Y usted cree eso?

—Bueno, no todo; pero existe la posibilidad…

—Entonces, ¿qué cree?

—Que los hombres son más inteligentes ahora —dijo el chófer.

—No, Ray… no es eso; las personas son las mismas; quizá había talentos especiales en los años anteriores a nuestra era actual, pero no creo, no creo que hayan aparecido con tanta frecuencia, como sucede ahora. Nosotros nos deshicimos de muchas de las antiguas restricciones y de los convencionalismos; rechazamos gran parte de la competencia y la tensión, cuando abandonamos nuestras casas y todas las otras cosas que creíamos nos eran esenciales para sobrevivir. Destruimos las complejidades y, ahora, nadie nos mira por encima del hombro. No tenemos que preocuparnos por igualar al vecino de al lado, porque éste es ahora un amigo que ha dejado de ser el metro de nuestro nivel económico y social. No tratamos de

comprimir lo que se necesita hacer en cuarenta y ocho horas, haciéndolo en veinticuatro. Quizá todo se reduzca a que nos estamos ofreciendo la oportunidad de desarrollarnos, que nunca teníamos antes.

Jim, el ayudante, había colocado sobre el fuego una cafetera de asa forjada, y luego, comenzó a cortar carne.

—Esta noche comeremos chuletas de cerdo —dijo Ray al otro chófer—. Pasamos por un campamento esta mañana, y encontramos este cerdo en la carretera. Nada pude hacer, así que…

—Y casi destrozaste el camión cuando lo cogiste.

—¡Vaya! ¡Eso es lo que yo llamo una calumnia! —protestó Ray —. Hice todo lo que pude por evitarlo.

Jim siguió cortando las chuletas y poniéndolas en una enorme sartén para freirías.

—Si busca un trabajo como instructor, no necesita más que ir a cualquiera de las universidades. Son numerosas, y la mayor parte de ellas son pequeñas.

—Pero no sé dónde encontrarlas.

—Tendrá que preguntar, porque viajan constantemente. Se cansan de un lugar y se van a otro. Pero, ahora tiene usted suerte: el sur está lleno de ellas en esta época. En primavera se van al norte, y en el otoño al sur.

El chófer se acostó nuevamente, apoyándose sobre una cadera, y comenzó a liar un cigarrillo; se llevó el papel a los labios, lo humedeció y lo enrolló; luego, se lo colocó entre los labios mientras buscaba una ramita en la hoguera, para encenderlo.

—Escuche —dijo—. ¿Por qué no viene con nosotros? Tenemos espacio de sobra y es seguro que encontraremos varias universidades en el camino; así hasta podrá escoger. O quizá preferirá ir con nosotros hasta que lleguemos a la playa. Tom va hasta allá para visitar a unos parientes.

Tom asintió, y dijo:

—¡Claro! ¿Por qué no nos acompaña?

—Las cosas ya no son como eran antes —dijo el otro—. Mi padre trabajaba con un camión y guiaba hora tras hora. Entonces, no se detenía… Ni siquiera para ser un poco más humano. Todo era correr y correr.

—Lo mismo nos sucedió a todos nosotros —dijo Amby.

—Ahora somos más reposados —dijo el del camión—. No llegamos tan rápidamente, pero nos divertimos mucho más, y nadie sufre si llegamos uno o dos días más tarde.

Jim colocó la sartén con las chuletas sobre el carbón.

—El trabajo con los camiones es también más sencillo, si puede uno conseguirse como ayudante un buen cargador —dijo Ray—. La carga y la descarga no son un problema. Con la ayuda de ellos, y si el camión se atasca, él puede sacarlo. Jim es el mejor cargador que he visto en mi vida; podría levantar ese artefacto, si fuera necesario, y sin ninguna dificultad, pero hay que andar tras él; es el ser más perezoso que conozco.

Jim siguió friendo las chuletas.

Ray arrojó al fuego la colilla de su cigarrillo y cayó en la sartén de la carne; casi inmediatamente saltó fuera de ella; hizo un pequeño arco en el aire y cayó sobre las brasas.

—Ray, cesa de hacer esas cosas; ten cuidado con lo que haces, pues me muero de cansancio sólo de recoger las cosas que arrojas…

Ray se volvió hacia Amby, y dijo:

—¿Viene usted con nosotros, entonces? Así vería gran parte del país.

Amby sacudió la cabeza.

—Tengo que pensarlo —dijo, pero estaba fingiendo; no tenía que pensarlo. Sabía que no iría.

11

ESTABA EN PIE cerca de la fogata apagada, en la intersección, y agitó la mano para despedirse, viendo cómo desaparecía carretera abajo el pequeño coche-habitación, entre la niebla matutina.

Luego, se inclinó, asió su mochila y el saco de dormir, y se los colgó del hombro.

Sintió dentro de sí una extraña y feliz alegría; era bueno experimentarla nuevamente, después de tantos meses, como también era bueno saber que tenía un trabajo.

Se quedó en pie un momento, contemplando los terrenos del campamento que se extendía allá abajo, las cenizas de la fogata apagada, el montón de leña que no llegaron a utilizar y la gran mancha sobre la tierra, que el aceite del motor del camión había dejado, al empapar el suelo lentamente.

Sabía que no lo hubiera creído si no lo hubiera visto con sus propios ojos, cómo Jim levantaba el motor del camión, después de que los pernos de la base habían sido quitados, y lo llevaba hasta donde estaban los demás, cerca de la fogata, sin ponerle las manos encima. Continuó observando la voluntariosa tuerca que había desafiado la acción de la llave: comenzaba a dar la vuelta, lenta y renuentemente, sin que ninguna herramienta la tocara, para girar después libremente, salirse de la rosca y depositarse por sí misma en una línea ordenada. Recordó, como si hiciera mucho tiempo, que había hablado con un remilgoso, que le había relatado cuán eficientemente había administrado su fábrica un campamento, quejándose siempre, y cómo habían pasado el tiempo inventando dispositivos y aparatos que le tomaría a otro campamento por lo menos un mes, para descubrir apenas la mecánica de ello.

¡Eficientes! ¡Santo Dios, con razón eran eficientes! ¿Qué nuevos

métodos, qué principios sólo atisbados habían formado parte de esas invenciones de la fábrica? ¿Cuántos principios y métodos estarían en funcionamiento en todo el país? Pero no eran vistos como leyes y procedimientos nuevos por los campamentos que los habían descubierto, sino como secretos profesionales, puntos fuertes en los contratos, como si formaran parte de la tradición de artesanía de la tribu. ¿Cuántos talentos existirían en todo el país y cuántas variaciones aplicables de tales talentos específicos?

Una nueva cultura… Una cultura invencible, si sólo conociera su fuerza; si pudiera salir de ese provincialismo; si pudiera arrancar el velo de la superstición de sus nuevas habilidades, y esto último sería el trabajo más difícil de todos, sin duda alguna. La magia había sido utilizada para cubrir la ignorancia molesta y como una explicación para los malentendidos. Ofrecía una explicación simple y fácil y podría ser difícil de substituir en su lugar la aceptación de que, en ese momento, podrían hallar en ella poca comprensión y pocos conocimientos…, sólo una aceptación y paciencia para esperar el día, cuando pudiera ser comprendido.

Se dirigió al árbol en donde había dejado apoyado el rifle y lo levantó, lo balanceó en la mano con un aire casi alegre y se asombró ante la familiaridad que sintió, como si fuera parte de sí mismo, o una prolongación de su mano.

De la misma manera se sentía respecto a esas personas y sus posibilidades; ellos se habían acostumbrado tanto a la magia que se había hecho parte de la vida diaria y no veían ninguna grandeza en ella.

Cuando se pensaba en las posibilidades, se veía que eran fantásticas si desarrollaran las habilidades; dentro de otros cien años los farfullantes aparatos de radio habrían desaparecido y serían reemplazados por telépatas que cubrirían la nación con una red de comunicaciones flexible, que nunca podría ser interrumpida, y que sería inmune a las condiciones atmosféricas; un sistema de comunicaciones inteligente y humano, sin las limitaciones inherentes a un equipo electrónico.

Los camiones habrían desaparecido también, porque tendrían enlaces de teleportadores que llevarían cargamentos de costa a costa (y a todos los puntos intermedios) de una manera rápida, delicada y sin dar un paso; y nuevamente prestarían sus servicios

haciendo caso omiso de las condiciones atmosféricas o de las carreteras.

Y esas no eran sino dos facetas únicas del cuadro.

¿Qué sería de las otras, las conocidas, las sospechadas y las que hoy eran inimaginables?

Caminó desde el lugar en el que habían acampado hasta la carretera y se quedó en pie, pensando: «¿Dónde estaba el campamento en que le habían preguntado si era ingeniero de cohetes? ¿Y dónde estaba el campamento que buscaba un ingeniero químico, porque los muchachos se divertían con combustibles? ¿Y dónde podría contratar a un levantador?». Quizá también pudiera encontrar un buen telépata que pudiera prestar servicios generales.

No era mucho lo que tenía en mente, admitió, pero era un principio.

—Denme diez años —dijo—. Diez años es todo lo que pido.

Pero si no le quedaran más que dos años, tendría que establecer un principio, porque si lo hacía, quizá habría quien continuara su trabajo. Alguien tenía que principiar; quizá alguien como el mismo que pudiera mirar ese mundo neotribal de una manera objetiva y a la luz del pasado histórico. Y es muy posible que no quedemos muchos que podamos hacerlo.

Sabía que quizá tendría grandes problemas para convencerlos, pero pensaba que conocía el medio de lograrlo.

Echó a andar por el camino, e iba silbando mientras lo hacía.

No era gran cosa, pero sería algo espectacular si pudiera realizarlo; ya se había realizado una vez; sería algo que haría que cada campamento espiara, planeara o tratara de engañar o robar para lograrlo.

Era necesaria una cosa semejante, estaba seguro, para hacerles tener más significado; para hacerles comprender las posibilidades; para obligarlos a pensar en cómo emplear las otras habilidades extrañas que habían florecido allí, en el terreno de una nueva sociedad.

¿Dónde estaría ese campamento en que necesitaban un ingeniero en cohetes?

En algún sitio camino arriba, siguiendo la carretera sinuosa y solitaria que ya no lo parecía tanto.

Un poco más arriba, ciento cincuenta o doscientos kilómetros

más allá. ¿O era más que eso?

Continuó a paso vivo tratando de recordar, pero le era difícil; habían transcurrido tantos días y había visitado muchos campamentos. «Es necesario un mojón», pensó; «yo siempre fui bueno para reconocer los mojones y los límites».

Pero también había visto demasiados mojones.

12

CONTINUÓ SU CAMINO por la carretera, deteniéndose en los campamentos, y las respuestas que recibía se hicieron monótonas.

—¿Cohetes? ¡Por supuesto que no! ¿Quién se pondría a juguetear con esas cosas?

Y se preguntaba: ¿Existió alguna vez un campamento donde necesitaban un ingeniero en cohetes? ¿Quién se pondría a jugar con tales cosas? ¿Qué usos podrían darles?

La noticia corrió antes que él; quizá por medio de los telépatas, por radio, por la veloz palabra que va de boca en boca, y pronto supo que él era una leyenda. Descubrió que todos lo esperaban como si supieran que iba a llegar, y tenían una forma de recibirlo que les era común y que se había transformado en una broma.

—¿Es usted el caballero que busca cohetes?

Pero con sus bromas y la leyenda que hicieron de él, llegó a ser uno de ellos y, sin embargo, aun cuando logró esto, continuaba estando aislado de ellos; podía ver la grandeza que ellos ignoraban, una grandeza que debían…, tenían que… conocer. Y la grandeza que nunca llegarían a conocer con el simple uso de las palabras y sus arengas.

Se sentaba todas las noches en las cenas comunales, dormía en los coches-habitación que tenían espacio para una persona más, y ayudaba en las pequeñas tareas y escuchaba sus relatos. Luego, a su vez, él les relataba las suyas. Con mucha frecuencia sentía la extrañeza y la diferencia; pero ahora ya la había reconocido y no le preocupaba; a veces, mirando a sus compañeros cuando formaban un círculo, podía descubrir quién poseía esa magia.

En las noches, cuando se acostaba en su catre, antes de dormir, pensaba mucho en ello y, finalmente, llegó a comprenderlo todo.

Estas habilidades habían existido siempre en el hombre; quizá desde los tiempos de las cavernas. Pero entonces, como ahora, el hombre no había comprendido su poder, y por eso no lo había cultivado. Por el contrario, había seguido otro camino, descuidando el cultivo de la mente por ocuparse de la mano, y había construido para sí una hermosa e impresionante civilización, compleja, llena de máquinas. Las había construido todas con sus propias manos, con grandes trabajos, para lograr las maquinarias complejas y enormes que realizaban lo que él hubiera podido hacer, si sólo hubiera empleado el poder de su mente. Había escondido su poder mental tras semánticas inventadas por él mismo, y al buscar un nivel intelectual, se había burlado del objeto mismo que buscaba.

Amby se dijo que lo que había sucedido no había sido una rareza en la evolución de la raza, sino algo cierto y seguro, como el sol. Era simplemente el regresar hacia el camino que se había trazado para que el hombre lo recorriera. Después de siglos de tropiezos, la raza humana se dirigía nuevamente hacia la dirección correcta. Y aunque no se hubiera realizado la descentralización ni la división de la cultura, finalmente habría ocurrido, porque en algún punto de la línea de la tecnología debe existir algún lugar señalado para un profundo análisis. Las maquinarias podían llegar solamente hasta cierto punto, tenían que tener un fin en algún punto de su camino a la complejidad, fueran máquinas o seres vivientes.

Quizá la descentralización había contribuido algo; quizá había acelerado el proceso mil años o más; pero todo se reducía a eso. Y ahí, el hombre había compuesto nuevamente palabras sabias; palabras que, en realidad, eran comunes y corrientes, para opacar la brillantez de ese algo grandioso que no podía comprender. Un teleportador era llamado cargador; un telépata recibía el nombre de trazador o charlatán; la habilidad de seguir los conocimientos hasta adentrarse un poco en el futuro era llamada segunda vista, mientras que la persona que la practicaba era llamada generalmente escudriñador. Existían también otras muchas habilidades, que no eran reconocidas o apenas se adivinaban, comprendidas todas bajo el término general de magia. Pero esto no importaba mucho; una palabra y otra, selectas, servían en igual forma como terminología correcta, y hasta podían conducir a una aceptación final más rápida. Lo que sí importaba en gran manera era que, esta vez, las

habilidades no se perderían, ni serían desechadas. Algo debía suceder; algo sucedería para obligar a esas personas a comprender lo que poseían.

Y así continuó, de campamento en campamento, aunque ahora ya no tenía la necesidad de hacer la pregunta, porque ésta llegaba antes que él.

Recorrió los caminos como una leyenda, y luego, empezó a oír de otra leyenda: de un hombre que iba de campamento en campamento dando medicinas y curaciones.

En un principio, fue solamente un rumor que se hacía cada vez más insistente. Luego, encontró un campamento en el que el sanador se había detenido hacía no más de una semana. Cuando se sentó esa noche al lado de la fogata, oyó contar las maravillas del sanador.

—La señora Cooper se ha quejado durante años; siempre estuvo enferma —le dijo un anciano—. Pasaba muchos días encamada y no podía conservar lo que comía. Luego, ella tomó una botella de esta substancia. Debería verla ahora, alegre como un arrendajo.

Del otro lado de la hoguera, otro anciano asintió gravemente.

—Yo tenía reumatismo —dijo el anciano—; parecía imposible de curar. Mis huesos estaban doloridos todo el tiempo. El doctor del campamento no podía hacer nada, pero tomé una botella de esto… —El hombre se puso en pie y bailó ágilmente, para probar lo que decía.

No fue solamente en un campamento, sino en veinte, donde las historias se repetían, de los enfermos que abandonaban sus lechos y caminaban, de quejas que desaparecían en la noche.

«Éste es otro de ellos», se dijo Amby, «otra porción de magia. Un hombre con el arte de sanar en las yemas de los dedos. ¿Dónde terminaría todo?».

Luego, conoció al sanador.

Un atardecer, llegó a un campamento desierto cuando la noche era ya cerrada. Era precisamente la hora en que debía concluir la cena y en que los platos estarían limpios; la hora en que la gente se reunía a conversar. Pero no encontró ni una sola alma en los coches-habitación, excepto a un perro o dos que examinaban los botes de basura; las callecitas que corrían entre los coches-habitación tenían un eco, a causa de su vacío.

Se detuvo en medio del campamento, preguntándose si debía gritar para atraer a alguien, pero sintió temor de hacerlo. Comenzó a girar sobre sí muy lentamente, observando con mucho cuidado, por si captaba el primer movimiento, el primer error cometido. Entonces, vio la llamarada de luz en el costado sur del campamento.

Avanzó cautelosamente hacia allá y oyó el murmullo de una multitud cuando todavía estaba lejos. Vaciló un instante, pensando si debía o no inmiscuirse, y luego, avanzó lentamente.

Vio que la multitud estaba reunida a la orilla de un huerto, un poco más allá del campamento; todos estaban amontonados frente a un coche-habitación solitario y la escena estaba alumbrada por media docena de teas clavadas en el suelo.

Un hombre estaba en pie en los escalones que conducían a la puerta de su coche-habitación, y su voz llegaba débilmente hasta el lugar en donde estaba Amby; pero, aunque las palabras fueran débiles, había algo familiar en ellas. Amby se quedó inmóvil, recordando su niñez y un pequeño pueblo que no había recordado durante muchos años, la música de banjo y las carreras en las calles. Recordaba que todo había sido emocionante y que lo habían comentado durante muchos días. Recordó también que la anciana señora Adams había jurado sobre su medicina y esperó pacientemente durante años a que el vendedor de esa medicina regresara al pueblo para poder obtener más, pero nunca había regresado.

Se adelantó hasta la orilla de la multitud, y una mujer volvió la cabeza. Oyó que exclamaba con vehemencia: «¡Es él!», como si hubiera sido Dios Todopoderoso. Luego, la mujer se volvió a escuchar.

El hombre que estaba sobre los escalones estaba en lo más florido de su discurso. Para entonces, no hablaba fuerte, pero su voz se oía muy bien y tenía una autoridad pomposa y sin embargo humana, y una serenidad extraordinaria.

—Amigos míos —les decía—, yo no soy más que un hombre ordinario. No deseo que piensen que no lo soy. No quiero engañarlos diciéndoles que soy alguien, porque en realidad no lo soy, ni siquiera sé hablar bien, ni mi gramática es buena. Pero quizá haya también muchos entre ustedes que no sepan mucha gramática. Creo que todos pueden entenderme y todo estará bien. Quisiera

mezclarme entre ustedes y hablar con cada uno de los presentes cara a cara, pero pueden oírme mejor si me paro aquí. No es que trate de impresionar por el hecho de estar en pie; no estoy tratando de ponerme sobre ustedes. Ahora que les he dicho que no voy a engañarlos, ni siquiera por un minuto, preferiría cortar mi lengua y tirarla a los cerdos, que decirles algo que no es verdad; por eso, no voy a pretender explicar a grandes voces las maravillas de mi medicina. Voy a principiar siendo completamente honrado con ustedes, y voy a decirles que ni siquiera soy doctor; nunca estudié medicina, y no sé nada de ella. Simplemente, me gusta considerarme a mí mismo como un mensajero; alguien que lleva buenas nuevas. Hay una historia sorprendente relacionada con esta medicina, y si ustedes tienen la paciencia de escucharme, me gustaría relatársela. Sucedió hace mucho tiempo, y parte de ella parece casi increíble, pero espero que me crean, porque es absolutamente cierta. Primeramente, tendré que decirles algo de mi abuela; hace muchos años que murió; que Dios le dé descanso; nunca existió una mujer más fina ni más bondadosa. Yo recuerdo que, cuando era niño…

Amby regresó nuevamente hacia la multitud y se sentó pesadamente en el suelo.

«¡Qué valor de hombre!», pensó; «¡qué impertinencia!». Cuando todo terminó, cuando la última botella fue vendida, cuando la gente había regresado al campamento y el hombre de la medicina recogía sus antorchas, Andy se levantó y se dirigió hacia él.

—¡Hola, Jake! —le dijo.

13

—BIEN; LE DIRÉ, doctor; me vi en serios apuros; no teníamos nada. Ni dinero para la gasolina, ni comida; y el pedir no daba buenos resultados. Entonces, me puse a pensar en forma desesperada. Y pensé que solamente porque un hombre había sido honrado toda su vida, no significaba que tenía que seguir siéndolo. Pero, por más que buscaba, no encontraba la manera de beneficiarme, ni siquiera siendo malo, excepción hecha, quizá, de robar, lo cual era muy peligroso, aunque casi estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

—Lo creo —dijo Amby.

—¡Ah, doctor! —suplicó Jake—, ¿por qué lo hace? No tiene sentido que siga enojado; nos arrepentimos en cuanto lo dejamos, y nos habríamos vuelto y regresado, sólo que yo tenía mucho miedo y, después de todo, todo salió bien.

Dio un tirón a la rueda, para evitar que chocara con una piedra que estaba en el camino.

—Pues sí; es verdaderamente sorprendente cómo sucedieron las cosas —dijo, continuando con su relato—. Cuando uno piensa que está perdido, algo aparece. Nos detuvimos, cerca de un río, para tratar de pescar algo, y los chicos encontraron un viejo basurero. Comenzaron a jugar en él como lo hacen todos los niños, y allí encontraron muchas botellas. Cuatro o cinco botellas, todas iguales, y yo imaginé que alguna persona las había arrojado hacía mucho tiempo. Me senté, mirando las botellas, porque no tenía ninguna otra cosa que hacer, y me puse a pensar si podía emplearlas en algo, o si sólo sería una carga el llevarlas conmigo. Repentinamente, tuve una idea: estaban todas sucias y algunas un poco rotas, pero las lavamos, las limpiamos y…

—Dígame, ¿qué puso en las botellas?

—Bueno, doctor, le diré honradamente: lo que puse en aquellas primeras, no lo recuerdo.

—Veo que no fue nada medicinal.

—Doctor, no tendría la menor idea de lo que se le pone a la medicina; lo único que tuve cuidado de hacer, fue no poner nada que los matara o que los pusiera graves. Pero es preciso que sepa mal, o pensarían que no era buena. Myrt no estaba de acuerdo en un principio, pero ahora ha cambiado, especialmente desde que la gente declara que la medicina le hace bien, aunque no tengo la menor idea de cómo puede suceder. ¿Cómo es posible que esa solución haga algún bien?

—No es posible.

—Pero la gente dice que sí es buena; una vez un hombre…

—Es una fe acondicionada —dijo Amby—. Ellos viven en un mundo de magia, y están prontos a aceptar casi cualquier cosa. Viven esperando milagros.

—¿Quiere decir que sólo depende de sus mentes?

—En efecto; estas personas han perdido la malicia, o nunca habría hecho usted un buen negocio. Ellos aceptan una cosa como esa por su fe; la toman, y esperan tan confiadamente que les hará bien, que verdaderamente lo hace. No han sido molestados desde que tenían edad suficiente para comprender, con anuncios que aseguran grandes poderes. No han sido engañados varias veces seguidas por lo que proclamaba cada fabricante; no han sido burlados ni han abusado de su buena fe ni han sido amenazados; por eso están dispuestos a creer.

—Entonces, es eso —dijo Jake—; me alegra saberlo. Estaba preocupado…

Los muchachos estaban haciendo escándalo en el asiento trasero. Jake los riñó, pero ellos siguieron en sus juegos. Todo era como en los tiempos pasados.

Amby se sentó cómodamente en el asiento, observando el paisaje, que se deslizaba.

—¿Está seguro de que sabe dónde está ese campamento?

—Por supuesto, doctor. Estuve allí ayer mismo; recuerdo que me parecieron graciosos esos tipos que querían un ingeniero de cohetes —miró a Amby de reojo, y dijo—: ¿Por qué tiene tanta prisa en encontrar ese campamento?

—¡Se me ha ocurrido una idea! —le dijo Amby.

—¿Sabe algo, doctor? Ahora que volvimos a reunirnos, podríamos asociarnos; con ese pelo blanco que usted tiene y el lenguaje tan florido que usa…

—Olvídelo —dijo Amby.

—No haríamos ningún daño —protestó Jake—; les damos una representación impresionante. Eso es lo que los atrae primero. Las cosas no son como eran antes de esta nueva cultura, cuando existían la televisión, el cine, los juegos de béisbol y todas aquellas cosas. Ahora no hay muchas diversiones, y salen sólo para oímos hablar.

Era agradable volverlo a ver, pensó el doctor. Tenía razón de estar furioso con Jake, pero no podía estarlo. Todos se habían alegrado de verlo a él; hasta los chicos y Myrt, quienes trataban de mil maneras de compensar su abandono.

Pero lo volverían a hacer si la ocasión se presentara, y si ellos pensaran que estaban en una situación desventajosa; mientras tanto, su compañía era agradable, y además, se dirigían adonde él deseaba ir. Estaba satisfecho y se preguntó cuánto tiempo habría tenido que buscar antes de encontrar el campamento de cohetes si Jake no hubiera aparecido; se preguntó vagamente si lo habría encontrado alguna vez.

—¿Sabe? Lo he estado pensando mucho, y es posible que me lance para el Congreso —dijo Jake—. Este asunto de la medicina me ha hecho practicar mucho para hablar en público y sé exactamente sobre qué bases hacer mi campaña: abolir los impuestos de carreteras; sé que a ninguno de los habitantes de aquí les gusta pagarlos y se ponen furiosos como no he visto a nadie en mi vida.

—No puede presentar su candidatura al Congreso —le dijo Amby—. No es residente de ningún lugar, ni pertenece a ningún campamento.

—No había pensado en eso; quizá pueda unirme a alguno el tiempo suficiente para…

—Y no puede abolir los impuestos de carreteras, si desea conservarlos.

—Puede ser que tenga razón, doctor, pero me parece que es lamentable que a estas pobres gentes se les moleste tanto con esos impuestos; están verdaderamente fastidiados… —Miró los

cuadrantes del tablero de instrumentos, y dijo—: Si no tenemos ninguna dificultad, llegaremos a su campamento mañana por la noche.

14

—NO VA A RESULTAR bien —dijeron, pero él sabía desde antes que dirían eso.

—No resultará si ustedes no cooperan —dijo Amby—, pero, para hacerlo, necesitan combustible.

—Tenemos combustible.

—No es suficientemente bueno —dijo Amby—; no tiene la calidad que debe tener. Hay un campamento, siguiendo por este camino, que está haciendo buenos combustibles.

—¿Quiere que vayamos allá con los sombreros en la mano y…?

—No quiero que lleven los sombreros en la mano. Ustedes tienen algo y ellos tienen otra cosa, ¿por qué no hacer un cambio?

Lo pensaron, sentados en círculo, bajo el enorme roble que se alzaba en el centro del campamento. Vio cómo meditaban en ello; sus rostros estaban asombrados y mostraban la incredulidad; parecían los rostros yanquis del siglo XIX, llenos de agudeza, con las manos manchadas de grasa sobre las piernas.

Alrededor de ellos, estaban los coches-habitación, con sus ventanas y tendederos, con los rostros de las mujeres y de los niños que se asomaban por puertas y ventanas en completo silencio; se celebraba una importante reunión, y ellos sabían cuál era su lugar.

Más allá de los coches-habitación estaban los grandes almacenes de la fábrica de herramienta agrícola.

—Escuche, señor —dijo el agente de negocios—, esto de los cohetes es sólo un pasatiempo para nosotros. Unos muchachos encontraron unos libros que trataban de eso, los leyeron y se interesaron por ellos. En poco tiempo, todo el campamento estaba interesado; nosotros trabajamos en este provecto, como otros campamentos juegan al béisbol o celebran concursos de tiro. No

estamos preocupados por hacer algo con ellos; simplemente nos divertimos.

—Pero ¿y si pudieran usar los cohetes?

—No es que tengamos algo en contra de su uso, pero tenemos que pensarlo primero.

—Necesitaría unos cuantos levantadores.

—Los tenemos, señor; tenemos un buen número de ellos; reunimos lo que podemos y ellos reducen los costos de funcionamiento, de manera que podemos pagarles lo que piden. En nuestra planta de montaje trabajan muchos de ellos.

Uno de los hombres más jóvenes habló:

—Sólo hay una cuestión: ¿puede un levantador levantarse a sí mismo?

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Bueno, piense, por ejemplo, en un pedazo de tubo.

Usted puede levantarlo sin ningún trabajo, pero si se sube usted en él, puede consumirse los músculos y ni siquiera lo moverá.

—Un levantador puede levantarse a sí mismo —dijo el agente de negocios—. Trabaja en Monta/e un tipo que se pasea mientras trabaja, montado en los bultos que él levanta; afirma que es más rápido de esa manera.

—Muy bien. Entonces, ponga a su levantador en un coche-habitación. Él podría levantarlo, ¿verdad? —dijo Amby.

El agente de negocios asintió.

—Con toda facilidad.

—¿Podría manejarlo? ¿Bajarlo sin destruirlo?

—¡Claro que podría!

—Pero no podría llevarlo muy lejos. ¿A qué distancia cree que podría llevarlo? ¿A unos ocho kilómetros quizá, tal vez hasta dieciséis? Sé que parece fácil, pero en realidad es mucho trabajo.

—Pero si pone cohetes en el coche-habitación, todo lo que el levantador tendría que hacer sería llevarlo en la dirección correcta. ¿Cree que es muy difícil eso?

—En realidad no lo sé —dijo el agente de negocios—, pero yo diría que es fácil; podría mantenerlo arriba durante todo el día.

—¿Y si algo sucediera? ¿Si un cohete se incendiara? ¿Podría hacerlo descender sin destruirlo?

—Creo que podría hacerlo.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí sentados?

—Dígame adonde quiere llegar —dijo el agente de negocios.

—A los campamentos, en el aire —dijo Amby—. ¿No lo entiende? Cuando desee ir a otra parte, o simplemente salir de vacaciones, lo único que necesita hacer es poner todo el campamento en el aire y estar allí en un dos por tres.

El agente de negocios se frotó el mentón.

—Yo no digo que no resulte bien —confesó—. Opino que sí se puede hacer, pero ¿por qué deberíamos molestarnos? Si queremos ir a alguna parte, no tenemos ninguna prisa en absoluto; tenemos todo el tiempo necesario.

—Sí —dijo otro hombre—, díganos una buena razón para hacerlo.

—¿Y los impuestos de carreteras? —dijo Amby—. Si no usaran las carreteras, no tendrían que pagar esos impuestos.

Recorrió todo el círculo de hombres, que estaba sumido en completo silencio, y supo que se habían tragado el anzuelo.

FIN

EL HOGAR DEL QUE NO SE REGRESA

Henry Kuttner y C. L. Moore

I

El general abrió la puerta y entró en silencio en la gran y brillante habitación subterránea. Allí, junto a la pared, bajo los parpadeantes tableros de control, estaba la caja aislada, de tres metros de longitud, de algo más de cuatro de ancho, como siempre, como estaba cada vez que la veía… día y noche, durmiendo o despierto, ojos abiertos o cerrados. La caja parecía una tumba. Pero de ella, si había suerte, algo nacería.

El general era alto y delgado. Había dejado de mirarse al espejo porque su propio rostro comenzó a asustarle con su agotamiento y le sabía mal enfrentarse a la mirada de sus propios ojos hundidos. Permaneció allí notando el latir de la maquinaria invisible a través de la roca que le rodeaba por entero. Sus nervios cambiaban secretamente cada rítmico pulsar convirtiéndolo en una vasta explosión, algún proyectil nuevo contra el que todas las defensas del mundo resultaran inútiles.

Llamó vivamente en el vacío laboratorio:

—¡Broome!

No hubo respuesta. El general se adelantó y se plantó junto a la caja. Sobre ella las luces del panel de control parpadeaban suavemente encendiéndose y apagándose y ahora de trecho en trecho una aguja oscilaba. Súbitamente el general cerró el puño y estrelló los nudillos con fuerza en el reverberante metal de la caja. Un sonido, como un trueno loco, se produjo.

—Calma… calma —dijo alguien. Abraham Broome estaba plantado en el umbral; un hombre muy viejo, pequeño y arrugado, con ojos brillantes y nudoso. Arrastró los pies en su caminar presuroso hasta la caja y puso sobre ella una mano tranquilizadora, como si aquel objeto pudiese sentir alguna sensación.

—¿Dónde diablos estaba usted? —preguntó el general.

Broome contestó:

—Descansando. Incubando algunas ideas. ¿Por qué?

—¿Estaba usted «descansando»? —El general parecía como un hombre que jamás hubiese oído aquella palabra. Apretó los párpados con los dedos, porque la habitación parecía bailotear a su alrededor y el rostro de Broome retrocedía confundiéndose en las grises distancias. Pero incluso con los ojos cerrados pudo ver que la caja y el dormido gigante de acero de su interior aguardaban pacientemente nacer. Sin abrir los ojos, dijo—: Despiértelo, Broome.

La voz de Broome restalló un poco.

—Pero todavía no…

—Despiértelo.

—Hay algo malo, general.

El general Conway apretó los párpados hasta que la oscuridad interna se enrojeció… como si todo este negro subterráneo pudiese enrojecerse con las últimas explosiones. Quizá mañana. No más tarde de pasado. Estaba casi seguro. Abrió los ojos rápidamente. Broome le miraba con ojos brillantes y dudosos, los párpados colgando en los rabillos externos por el peso de los años inconsiderados.

—No puedo aguardar más —dijo Conway—. Ninguno puede aguardar más. Esta guerra es demasiado para que la puedan manejar los seres humanos. —Se detuvo y dejó que el resto del aire de sus pulmones saliese en un suspiro, sin preocuparse…, quizá sin atreverse a decir en voz alta lo que anidaba en su cabeza, como el trueno que se está acercando. Mañana, o pasado mañana… ese era el plazo final. El enemigo iba a lanzar un ataque total en el sector del Frente del Pacífico dentro de las siguientes cuarenta y ocho horas.

Los computadores así lo decían. Los computadores habían ingerido todos los datos asequibles desde el buen estado del tiempo a las condiciones de los años infantiles del general enemigo y esto era lo que había dicho. Podían equivocarse. De vez en cuando se equivocaban, cuando los datos que recibían eran incompletos. Pero no se podía fiar en la creencia de que se equivocaría. Tenía que presumir que un ataque se produciría pasado mañana.

El general Conway pensó que no había dormido desde el último

ataque, hacía una semana, y eso fue algo sin importancia comparado por lo que ahora predecían los computadores. Estaba sorprendido de una manera remota y sin extrañezas de que el general que le precedió durase tanto tiempo. Sentía una especie de malicia gris hacia el hombre que le sucedería. Pero no había mucha satisfacción en ese pensamiento. El siguiente en el mundo era un loco incompetente. Conway le quitó la responsabilidad mucho tiempo atrás y no podía devolvérsela ahora para que descansase su dolorida cabeza durante una temporada recluyéndose en algún lugar tranquilo para reposar. No; tenía que llevar la cabeza sobre los hombros y su responsabilidad a la espalda hasta…

—O bien el robot se hace cargo del trabajo o no… —dijo—. Pero no podemos aguardar más tiempo para averiguarlo.

Se detuvo de pronto y con un único y potente tirón destapó la caja, echando hacia atrás con estrépito la tapa. Broome se colocó a su lado y los dos miraron a la cosa que yacía plácidamente en el interior, cara arriba, inexpresiva, su único ojo apagado. Y tan muerto como Adán. El panel delantero de su pecho estaba abierto, mostrando una masa de transistores, de componentes de inconcebible tamaño, de finas líneas plateadas de los circuitos impresos. Un laberinto de cables delgadísimos se anidaba en torno al robot, pero la mayor parte de esos cables estaban ahora desconectados. El robot se encontraba a punto de nacer.

—¿A qué esperamos? —preguntó Conway con dureza—. ¡Dije que lo despertase!

—Todavía no, general. No es seguro… aún. Me es imposible predecir lo que pueda ocurrir.

—¿No funcionará?

Broome miró hacia la máscara de acero reluciendo al reflejar las luces del tablero de control que tenía encima. Su rostro se arrugó con dudas. Se inclinó para tocar con un dedo un cable que conducía al impresionante pecho abierto y a un circuito rotulado: «Entrada».

—Está programado —dijo dudoso—. Y sin embargo…

—Entonces está listo —la voz de Conway era clara—. Ya me ha oído, Broome, no puedo esperar más; despiértelo.

—Temo despertarlo —dijo Broome.

II

Los oídos del general le hicieron objeto de una triquiñuela familiar. «Tengo miedo… Tengo miedo…». No pudo hacer que la voz dejase de despertar ecos. «Pero el miedo es todo cuanto la carne hereda», pensó. La carne conoce sus limitaciones. Había llegado el momento de que el acero la reemplazase.

La guerra basada en apretar botones parecía el modo más fácil de luchar. Ningún hombre conocía otro mejor. El individuo sabe cuál es el valor más débil… es decir, él mismo. Carne y sangre. El hombre tiene el trabajo más duro de todos. El trabajo de tomar decisiones con datos incompletos. Hasta ahora ninguna máquina podía hacerlo. Los computadores eran el mismísimo latido y el impulso cerebral de la guerra de los estilos que se reducían a apretar botones, pero constituían pensadores limitados. Podían librarse de la responsabilidad con un fácil: «No hay respuesta… datos insuficientes». Después de eso le correspondía al hombre proporcionarles lo que más necesitasen. La información adecuada, las preguntas justas, las órdenes correctas. No era de extrañar que el relevo de los generales fuese tan frecuente.

Así se concibió el Electronic Guidance Operator. El general lo miró, tranquilamente, esperando nacer. EGO era su nombre. Y tendría libre voluntad después de un rato. La verdadera complejidad de esos fabulosos computadores no yace en las propias máquinas, sino en la programación que se les proporcionó. Los bancos de memoria de nada sirven sin instrucciones de cómo utilizar estos datos. Las instrucciones son en extremo complicadas para quien las elabora.

Ese sería el trabajo de EGO de ahora en adelante.

EGO había sido diseñado para actuar como el cerebro humano,

con solo un conocimiento parcial, como ninguna máquina antes lo había hecho jamás. La carne y la sangre había llegado a sus límites, pensó Conway. Había llegado ahora el momento de que el acero le revelase. Así EGO, yacía preparado para dar el primer bocado a la manzana que Adán mordió. Incansable como el acero, decidido como la carne, se comería la manzana que la humanidad estaba ya harta de mordisquear.

III

—¿Qué quiere decir con que tiene usted miedo? —preguntó Conway.

—Tiene libre albedrío —dijo Broome—. ¿No lo ve? Yo no puedo ajustar la libre voluntad y los controles. Yo sólo puedo dar una orden básica… «Gana la guerra». Pero no puedo decirle cómo, no sé cómo. Ni siquiera puedo decirle lo que no debe hacer. EGO simplemente despertará como un hombre educado y maduro que sale del sueño, y será un despertar para él el primero y el único. Sentirá necesidades y actuará según éstas. No puedo controlarlo. Y eso me asusta, general.

Conway permaneció inmóvil, parpadeando, sintiendo cómo el cansancio vibraba agudamente en las puntas de sus nervios. Suspiró y tocó el conmutador del micrófono de solapa que llevaba.

—Aquí Conway. Envíen al coronel Garden a Operación Christmas. Y un par de MP.

Broome irrumpió en una serie de frases rápidas.

—No, general. ¡Deme otra semana! ¡Deme unos cuantos días…!

—Tiene casi dos minutos —contestó Conway. Pensó: Veamos lo rápido que eres en tus decisiones y ésta es la única. Has tenido cinco años para pensarlo, ¿cuánto tiempo hace que dormí por última vez? Bueno, no importa, eso no importa, que Broome se decida. Acúciale. «¡Descansar!».

Broome dijo:

—¡No quiero hacerlo! No. No acepto la responsabilidad. Necesito más tiempo para probar.

—Usted seguiría haciendo pruebas hasta el día del Juicio Final. Nunca lo activaría —apuntó Conway.

La puerta se abrió, los dos MP seguían al coronel Garden

entrando en la habitación. El uniforme de Garden parecía desaliñado, como siempre. Aquel hombre no nació para vestir uniforme. Pero las bolsas oscuras debajo de sus ojos atemperaron el desdén de Conway. Tampoco Garden había dormido mucho últimamente. Había pasado el tiempo para todos ellos. Ahora EGO debía recoger la carga y justificar su nombre.

—Arresten a Broome —dijo Conway e ignoró que sus miradas de asombro—. ¿Coronel, puede despertar a este robot?

—¿Despertarlo, señor?

Conway hizo un gesto impaciente.

—Activarlo, hacer que funcione.

—Bueno, sí, señor, sé cómo, pero…

Conway no se molestó en escuchar. Señaló al robot y cualquier otra cosa que Garden dijese se convirtió en sus oídos como un balbuceo sin significado. Cuarenta y ocho horas, pensó; el tiempo suficiente para probarlo antes de que se produzca el ataque, si tenemos suerte. Y será mejor que funcione. Se oprimió los ojos otra vez con índice y pulgar para evitar que la habitación siguiese girando, describiendo círculos a su alrededor,

Broome, desde el lejano extremo de la nada dijo:

—¡Espere, general! ¡Deme un día más! ¡Esto no…!

Conway agitó la mano sin abrir los ojos. Oyó cómo decía algo uno de los MP y hubo un breve arrastrar de pies. Luego la puerta se cerró. El general suspiró y abrió los ojos.

Garden le estaba mirando con las mismas dudas que Broome mostrase. Conway frunció el ceño y el otro individuo se volvió rápidamente a la caja en donde yacía el robot. Se agachó como Broome hiciese y tocó con un dedo el cable que aun conducía al lugar etiquetado como «Entrada».

—Una vez conectado, esto, señor, la cosa corre de su cuenta —dijo.

—La cosa tiene sus órdenes —dijo brevemente el general—. Adelante, haga algo.

Hubo un ruidito punzante mientras Garden, con facilidad, hacía las conexiones. Cerró la placa de acero y selló el interior de EGO. Pasó las manos en torno a los miembros metálicos para asegurarse de que ya no quedaban cables que lo sujetasen. Luego se incorporó y cruzó hacia el alto panel de instrumentos.

—Señor —dijo.

Conway no respondió de momento. Estaba meciéndose imperceptiblemente con las puntas y los tacones de sus pies, como una torre que comenzase a oscilar. Dijo:

—No me diga nada que no quiera oír.

Garden habló con compostura:

—No sé oportunamente lo que espera, señor. ¿Quiere indicarme cuando responda el robot? Incluso el más ligero…

—Se lo diré. —Conway miró hacia aquel plácido rostro ciego. Despierta, pensó. O quizá no. Eso realmente no importa, Porque no podemos seguir así. Despierta, entonces yo podré dormir. O no despiertes. Entonces podré morir.

Las grandes, redondas y planas lentes ciclópeas del ojo del robot comenzaron a brillar lentamente. Al mismo tiempo un zumbido creciente del panel de instrumentos hizo que las luces disminuyesen y que todas las imágenes que se reflejaban en la superficie de acero pulido de EGO palideciesen y luego se hicieran más fuertes cuando entraron en funcionamiento los interruptores y los conmutadores auxiliares. Una a una las luces del panel se apagaron. Las agujas que oscilaban fueron del cero hasta el máximo y después quedaron también inmóviles.

El robot miró sin expresión al techo, sin moverse. Conway contemplándolo, pensó: «Ahora te toca el turno. Yo he ido tan lejos como puede ir un hombre. Hazte cargo, robot. ¡Muérete!».

Todo el cuerpo del robot se estremeció muy ligeramente. Los ojos se abrillantaron hasta enviar una luz hasta el techo. Sin el más ligero aviso levantó ambos brazos y sacándolos de la caja entrechocó sus manos metálicas con un estampido que hizo sobresaltar a ambos hombres. Conway jadeó de sorpresa y de tensión. Intranquilo dijo:

—¡Garden!

Garden accionó un conmutador y el canturrear resonante de la energía murió. El robot quedó de nuevo inmóvil, pero esta vez, como una esfinge en una tumba, yacía con las palmas unidas con fuerza. El estremecerse comenzó de nuevo y sonidos rítmicos como muchos relojes tictaqueando se pudieron oír débiles desde el cilindro enorme de acero que formaba el cuerpo.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Conway, suspirando sin

saber por qué—. ¿Qué es lo que hizo eso?

—La activación —dijo Garden, también en un susurro—. Ello… —hizo una pausa, aclaró semiinconsciente la garganta y habló en voz alta—. No estoy familiarizado con esto, señor. Supongo que las tensiones básicas se están sedimentando. Serán remitidas mediante transformación enérgica de cualquier especie, dependiendo del principio homeostático que Broom…

Desde la caja, desde el robot tumbado, una extraña voz hueca habló una especie de aullido.

—Quiero… —dijo penosamente y luego pareció interrumpirse—. «Quiero…» —repitió de nuevo y se cortó con brusquedad.

—¿Qué es eso? —Conway no estaba seguro de que si se dirigía a EGO o a Garden. El sonido de la voz le asustó. Era como la de un fantasma, sin mentalidad alguna, plana y hueca.

—Hay un altavoz en su pecho —dijo Garden, su voz un poco impresionada—. Se me olvidó. Pero debía comunicarse mejor. Ellos… él… EGO… —Garden hizo un gesto de desamparo—. Creo que tiene alguna especie de bloqueo —se levantó y se inclinó sobre la caja, mirándola—. ¿Quieres… necesitas algo? —preguntó con torpeza, creyendo hacer el ridículo. Conway pensó lo inútil que era aquel individuo. Pero por lo menos el robot estaba ahora despierto. Y seguro que al cabo de un ratito estaría ajustado y preparado para hacerse cargo…

Bueno, quizá pudiesen descansar un poco después de aquello. Quizá Conway incluso pudiera dormir. Un pánico súbito le sacudió brevemente mientras pensaba: ¿Qué pasará si he olvidado cómo dormir? Y el cansancio pasó sobre él como el agua lava a la estatua del hombre en la arena, rebajando y desmoronando los mismísimos componentes de sus miembros. Al cabo de un momento estaré libre, pensó Conway. Cuando EGO se haga cargo. Ya lo dije. Ni me he vuelto loco ni me he suicidado. Y ahora no tendré que pensar más. Sólo plantarme aquí, sin moverme. No quiero todavía acostarme. Si la gravedad decide derribarme, es cosa de ella…

Garden, inclinado sobre la caja repitió:

—¿Qué es lo que quieres?

—«Quiero» —contestó EGQ y de pronto las manos en actitud de plegaria se separaron, los largos brazos se abrieron como alas brillantes. Pero permaneció allí otra vez inmóvil, aunque el coronel

Garden ya no se inclinaba sobre la caja. Conway le vio con una brumosa indiferencia, que Garden se había desplomado contra la pared. El gesto le había cogido en mitad del cuello. Yacía con la cabeza en ángulo como una muñeca rota, más inmóvil que el robot.

Avanzando despacio, Conway tocó el conmutador del micrófono de su solapa. El silencio zumbó receptivamente. Hubo un largo intervalo en el que no pudo ni siquiera recordar su nombre. Pero al poco habló.

—El general Conway aquí. Traigan a Broome a Operación Christmas.

Miró al robot.

—Aguarde un momento —dijo—. Broome sabrá.

Los brazos del robot se doblaron. Las manos de acero se cerraron sobre los costados de la caja y con un chirrido de metal rompiéndose, destrozó el receptáculo.

Ahora había nacido. ¿Nacido? Conway pensó: Inadecuadamente maduro. Inadecuadamente maduro… supongo que estaba yo equivocado. ¿Qué pasará ahora?

EGO se incorporó, casi dos metros y medio de altura, sólido como una torre y como una torre ambulante se movió. Se movió derecho hacia adelante hasta que la pared le detuvo. Lentamente giró, su cono de visión barriendo la estancia, sus movimientos al principio sobresaltados y desiguales, pero convirtiéndose en más y más suaves, seguros al calentarse el proceso de su máquina recién activada. Aún temblaba sólo perceptiblemente y el

tic-tac

subía y bajaba dentro suyo, emitido en lentas series, rápidas, rompiendo en una brusca carrera para disminuir otra vez. Escogiendo, soltando, rechazando, evaluando el mundo recién hallado que era ahora la carga del robot…

Vio la pared de los tableros de control que le habían activado. El rayo de su vista recorrió dichos paneles brevemente y luego, con una ráfaga de sorprendente velocidad, cruzó la estancia hacia los cuadros. Sus manos danzaron por los enchufes del tablero, por los conmutadores, por los diales.

No pasó nada. Los paneles estaban muertos.

—«Quiero…» —dijo la voz hueca e inhumana vibrando en el pecho de EGO. Y con dos movimientos de barrido de sus manos de

acero rasgó limpiamente del tablero todos los globos protectores, manómetros e interruptores. Hundió los dedos de acero en los enchufes y arrancó el aislamiento. Metió las manos profundamente en el cableado de colores interno y arrancó grandes puñados en una especie de medido frenesí.

—¡EGO! —exclamó Conway.

El robot le oyó. Se volvió muy de prisa. La brillante mirada le bañó durante un instante. Conway sintió frío mientras estaba enfocado, como si una mente a la temperatura del acero se hubiese entrelazado con la suya. Casi pudo notar el contacto de aquel cerebro recién estrenado pero de infinitos recursos.

La luz de la mirada pasó sobre él y dio la vuelta.

Salió de Conway. Avanzó como un tanque y golpeó la hoja de la puerta de llano con su pecho, partiendo en dos los tableros. Con un simple movimiento apartó los restos a ambos lados y siguió hacia adelante, cruzando el astillado marco.

Para cuando Conway llegó a la puerta, el robot estaba a bastante distancia por el corredor subterráneo, corriendo más y más de prisa, disminuyendo hacia el punto de desvanecerse como una gota de mercurio que se fracciona. Yendo… a alguna parte.

—Señor general Conway —dijo alguien.

Se volvió. Los MP flanqueaban a Abraham Broome, que estaba estirando el cuello tratando de ver entre sus guardianes el destrozado panel de instrumentos.

—Pueden marcharse —dijo Conway—. Venga, Broome.

El anciano pasó junto a él se inclinó sobre el cuerpo de Garden y sacudió la cabeza.

—Ya me temía algo por el estilo —dijo.

Conway sintió un momento de intensa envidia hacia el coronel Garden y dijo:

—Sí. Lo siento. Una baja. Todos seremos bajas si EGO no funciona. ¿Cómo vamos a saber lo que hace el enemigo ahora? Quizá también tengan un EGO. Cometí un error, Broome. Debí haber sido más previsor. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Qué pasó? —Broome miraba incrédulo a la destrozada pared en donde estuvo el panel de instrumentos—. ¿Dónde está el robot en estos momentos? Necesito conocer los detalles.

Un comunicador bastante alto en la pared, emitió ruidos y luego

pronunció el nombre de Conway. Lenta y pesadamente, el cerebro de Conway trató de captar las nuevas demandas. Pero lo que decía el comunicador era un murmullo de sonidos sin significados, hasta que destacó una palabra: «Emergencia».

—¿Ataque? —Una campanilla de alarma sonó en su cabeza.

—Repita —dijo cansado.

—¿General Conway? Un robot está destruyendo el equipo del sector Sub- cinco. Fracasan los intentos de inmovilizarle. ¿General Conway? Un robot está destruyendo…

—Está bien —contestó Conway. Por lo menos no era ataque. O por lo menos no era un ataque del enemigo—. Conway aquí. Ordenes, No hagan daño al robot. Seguirán instrucciones. Estén alerta.

Miró a Broome inquisitivamente, dándose cuenta de que el anciano había estado acuciándole con ansiosas palabras sin significado.

—General, general, necesito saber exactamente lo que pasó.

—Cállese y se lo diré —contestó Conway—. Espere.

Se acercó hasta un lavabo en la pared, sacó un vaso de compuesto químico y extrajo del bolsillo un tubo de comprimidos de Bencedrina. No le servirían de mucho. Había estado viviendo de esa droga demasiado tiempo. Pero tenía que ser el último empujón… era preciso que fuese el último… y cada gramo extra de estimulantes serviría. Podía abandonarlo pronto. Pero aún no.

Durante treinta segundos contó concisamente a Broome lo ocurrido con una voz falsamente animosa. El anciano permaneció en silencio, pellizcándose el labio y viendo a Conway, con rostro inexpresivo, su mente evidentemente enfilando por las abstractas regiones interiores de su cabeza.

—¿Bien? —preguntó Conway—. ¿Qué opina? ¿Corre por ahí como un loco o no? —Quería extender la mano y despertar a Broome sacudiéndolo, pero reprimió el impulso. Ya se había excedido no haciendo caso a la protesta de Broome y se equivocó. Quizá fatalmente se equivocó. Ahora debía dejar que el hombre pensase.

—Creo que está aplicado a la tarea —dijo Broome con enloquecedora lentitud—. Ya me temía algo por el estilo, una reacción incontrolada.

—Pero el programa que se le incorporó me parece que opera hacia la meta que le fijamos. Una cosa es errónea, claro. Debía comunicarse mejor. No debería tener ese bloque en el habla. Tendremos que descubrir lo que necesita y por qué no puede decírnoslo. —Hizo una pausa y parpadeó mirando a la caja de comunicación en la pared—. Sub-Cinco, ¿verdad que dijeron eso? ¿Qué hay en el Sub-Cinco?

—La biblioteca —contestó Conway y se miraron uno a otro en silencio durante un segundo. Luego Conway lanzó otro de sus suspiros profundos y entrecortados y añadió—: Bueno, tenemos que detenerlo, y pronto, sea como sea, EGO es la cosa más importante que tenemos, pero si destruye toda la base…

—No del todo la más importante —contestó Broome—. ¿Ha pensado en lo que hará después? ¿No será la librería su primera meta?

—¿Qué…? No me haga adivinarlo.

—Parece que busca información. La siguiente parada después de la biblioteca, serán los computadores, ¿no le parece?

—¡Buen Dios! —exclamó Conway, con un tono llano y exhausto. Luego soltó una carcajada sin emitir el menor sonido. Hubiese saltado para entrar en acción en los siguientes instantes, pero no estaba seguro de poder hacerlo. Había sido un estúpido, claro, impulsando al robot demasiado pronto, sin precauciones. Había jugado y quizá perdido. Pero sabía que haría lo mismo si se repetía la ocasión. El juego aún no era desesperado. ¿Y qué alternativa le quedaba?

—Sí —dijo—. Los computadores. Tiene usted razón. Si va tras ellos tendremos que destrozarlos.

—Si podemos —añadió Broome muy serio—. Piensa demasiado de prisa.

Cansinamente Conway cuadró los hombros, preguntándose si la Bencedrina iba a tener efecto esta vez. Todavía no lo notaba. Pero no podía esperarlo.

—De acuerdo —dijo—. Vamos. Sabemos cuál es nuestra tarea. La mía inmovilizar a EGO, a menos que se vaya hacia los conmutadores. La suya… descubrir que quiere. Conténgalo antes de que se destroce él mismo y nos destroce. Vamos. Ya hemos perdido bastante tiempo —cogió a Broome por el delgado brazo y se

apresuró hacia la puerta. Por el camino tocó el interruptor de su solapa y dijo al zumbido receptor que emitió su hombro—. Aquí Conway. Voy hacia allá. ¿Dónde está el robot?

La vocecita del auricular comenzó a decir:

—Está abandonando el Sub-Cinco, señor… a través de la pared. Nosotros… —Pero entonces la caja de comunicación del laboratorio tras ellos tosió con voz ronca y lanzó un bramido metálico.

—¡El robot ha irrumpido a través de la pared en el Sub-diecisiete! —Había algo de asombro en la voz—. ¡Está destruyendo el equipo de los archivos…! —Todo esto se transmitió por la Sala de Comunicaciones y los ecos de la queja del Sub-diecisiete apenas podían oírse mezclados confusamente con la voz del micrófono del auricular de la solapa. Conway lo encendió y apagó varias veces.

—¡Sala de Comunicaciones! —dijo entre aquel tumulto—. ¡Descubran hacia dónde se dirige el robot!

Hubo una breve pausa, tras la cual la sala de comunicación siguió rugiendo su informe de los daños. Luego, el micrófono dijo con voz gruesa:

—Se encamina hacia dentro, señor. Hacia el Sub-Treinta.

Conway miró de reojo a Broome que asintió y formó en los labios una palabra muda: «Computadores». Conway apretó los dientes.

—Empiecen a enviar hacia allá robots de trabajo pesado para desviarlo —ordenó, crispado, por el micro—. Inmovilicen al robot si pueden, pero no lo estropeen sino reciben órdenes mías en ese sentido —puso la mano sobre el micrófono de solapa para impedir que entrase el sonido, oyendo como un rugido pequeño y lejano se filtraba desde debajo de su palma mientras apremiaba a Broome para que corriese por el largo corredor en donde desapareciera el robot logrando convertirse en un puntito brillante poco tiempo antes.

Pensó que podría seguir dando órdenes hasta un punto. Solo lo bastante para mantener bajo control a EGO. No más.

—Tome —dijo bruscamente—. ¿«Puede» el robot hacerse cargo? —Y contuvo el aliento esperando la respuesta preguntándose qüé pasaría si era negativa.

—Nunca lo dudé —contestó Broome. Conway expelió el aliento con un sentimiento de voluptuosidad en el suspiro. Pero Broome

continuó—: Si podemos descubrir por qué funciona mal, claro. Tengo una idea, pero no veo cómo realizarla.

—¿Qué?

—Quizás un bucle o bobina de interacción. Una serie cerrada de pasos que se repiten a sí mismo una y otra vez. Pero no sé qué es lo que entraña; dice «Quiero» y todo se bloquea por completo. No sé la razón. Alguna convulsión le conduce tan potentemente que ni siquiera se molesta en abrir las puertas pata llegar a donde quiere. No sé el qué. Mi trabajo es descubrirlo.

Conway pensó para sí: «Quizá yo lo sepa». Pero no esperó aquella idea. Era demasiado escalofriante y sin embargo tan sencilla que se preguntaba por qué Broome no pensó en ella. Quizás sí…

La meta de EGO era ganar la guerra. ¿Pero y si no era posible ganar la guerra…?

Conway sacudió con viveza la cabeza y apartó firmemente aquella idea.

—Está bien, conoce usted su trabajo —dijo—. Ahora vamos al mío… ¿cómo podemos detenerle sin hacerle daño? —En una fracción pequeña de su mente advirtió que estaba dando personalidad al robot. EGO había comenzado a asumir una identidad.

Broome sacudió la cabeza con aire desdichado mientras trotaba junto a Conway.

—Hay un motivo por el que temía activarle —Broome también lo estaba haciendo—. Es complejo, general. Le tenía bastante bien acondicionado contra los sobresaltos normales, pero un cerebro artificial no es como uno humano. Cualquier pequeña herida significa una mala función. Y, además, es tan rápido que no estoy seguro de que podamos detenerle si tenemos que evitar hacerle daño.

—De todos modos, hay un límite en lo que yo puedo proporcionar —dijo Conway—. ¿Qué le parece los ultrasónicos? Quizá podríamos dejarle tullido…

—Déjeme pensar en eso. Los ultrasónicos tan cerca podría averiar algo —Broome jadeaba con violencia por la rápida marcha.

Conway destapó el micrófono.

—¿Sala de Comunicaciones? Traiga a una brigada supersónica al pasillo de la sala de computadores, de prisa. Esperen órdenes. Si el

robot aparece no abran fuego hasta…

Se interrumpió bruscamente, comprendiendo la inutilidad del micrófono. Se encontraba a la puerta de la sala de comunicaciones y su propia voz le salía de una caja que pendía bajo en la semioscuridad verdosa por encima del oficial de comunicaciones, a unos tres metros.

Dejó que la puerta se cerrase tras él y se vio rodeado por el ruido y la oscuridad. Los grandes paneles de vidrio de información y los círculos de colores de las pantallas de comunicación relucían brillantemente y las caras de los hombres se destacaban apenas, en la oscuridad, las luces brillando en sus pómulos y frentes, con tonos dorados y rojos, verdes y azul pálido, reflejo de los instrumentos que ellos cuidaban. El general Conway, automáticamente, lanzó una mirada cansina en torno a los tableros y pantallas, que sirvió para hacerle comprender lo que estaba ocurriendo en todo el Frente del Pacífico. Vio las sombras en el radar de la flota, comprobó el tablero de cifra en busca del viento y del clima, el panel del estado de cosas, para averiguar las misiones de los aviones. Pero la información nada significaba. Su cerebro se negaba a aceptar la carga. Sólo tenía ahora un problema.

—¿Dónde está el robot? —preguntó. Tuvo que gritar para hacerse oír, a causa del sonido normal de la estancia con sus voces complejas a las que ahora se añadía un rugido potente que Conway no pudo identificar de momento.

El oficial de comunicaciones señaló con la cabeza hacia una azulada pantalla de televisión que quedaba a su izquierda, formando parte de una larga fila. Pequeño y brillante en ella un robot del tamaño de un muñeco se podía ver, cruzando furioso un almacén adecuado a su tamaño. Pero el ruido que hacía era colosal. Parecía estar cazando algo y su método era frenético. No abría cajones. Desgarraba el costado de los archivadores y esparcía el contenido, con movimientos graves, rítmicos, precisos, tirando los papeles. De vez en cuando el foco brillante de su mirada giraba para seguir la caída de algún objeto y por dos veces él robot se detuvo para arrebatar documentos y darles la vuelta para examinarlos. Pero claramente, lo que quería no estaba allí. Lo que encontraba inútil lo destruía furioso. No tenía preferencias excepto su propia necesidad inmediata.

—Y quizá tenga razón —pensó Conway—. Quizá no podamos darle lo que necesita.

Tras él oyó a Broome y al oficial de comunicaciones conferenciando con voces tensas por encima del tumulto.

—No lo sé —gritaba el oficial—. Destrozó la biblioteca tan de prisa que no pudimos decir qué es lo que había leído y qué es lo que pasó por alto. Ya sabe cómo funciona ahora. Se mueve tan rápido…

Broome se inclinó sobre el hombro del oficial de comunicaciones y oprimió un botón bidireccional del intercomunicador para conectar con el Sub-Diecisiete en donde el robot se encontraba ahora.

—EGO —dijo por el micrófono—. ¿Me oyes?

El robot arrancó el costado del último archivador. Barrió su contenido originando una lluvia rítmica. Ampliada por la pantalla, oyó el eco de la voz de Broome volver a ellos desde el diminuto almacén verdoso en la pared. El robot se detuvo un instante. Luego se irguió, giró en redondo y en una rápida vuelta barrió con su cono de luz las paredes.

—«Quiero…» —su voz hueca aulló e instantáneamente se cortó guardando otra vez silencio. Golpeó sus manos una con otra, como algo en el último extremo de la desesperación y luego se dirigió derecho hacia la pared del rincón de la estancia.

La pared se dobló, se rajó y se abrió. El robot la atravesó y desapareció de la vista.

Le pareció a Conway que todos los rostros de la sala giraron hacia él. Ovalados pálidos, relucientes con gotas de oro, rojo y verde, sudor en la oscuridad. Ahora le tocaba a él. Aguardaban instrucciones.

Quiso azotarlo todo como lo había azotado el robot. Arrancar esas pantallas luminosas y flotantes y destrozar los brillantes paneles con ellas, silenciar las voces que relucían desde las paredes. Las responsabilidades que no podía resolver zumbaban como abejas furiosas en torno a su cabeza. Era demasiado, demasiado… Una profunda oleada de cansancio le inundó, seguida por una marea de histérica animación, ambas cosas tan fantasmales y tan lejanas que apenas parecían tocar a Conway en absoluto. Era por completo otra persona, a infinita distancia, con singulares problemas que no tenían relación con el vacío de aquel lugar y momento…

—¿General? —decía la voz de Broome—. ¿General?

Conway tosió.

—El robot —dijo con viveza—. Tenemos que detenerle. ¿Sigue localizado su curso, sargento?

—Sí, señor. Pantalla Doce.

El Doce era uno de los paneles colgantes, transparente en la oscuridad, una red de luminosas líneas de oro marcando los pasillos, apareciendo los sectores con números azul y pálido.

—Los puntitos rojos son el robot, señor —le dijo el sargento.

Contemplaron una mano sin cuerpo flotando hacia adelante desde detrás de la pantalla y añadiendo fluorescencia a los puntos grasientos de la línea roja que había empezado en el laboratorio de Broome, cruzando la biblioteca y el almacén y desapareciendo por la sólida pared. Ahora marchaban a través de los siguientes tres sectores, cruzando por las paredes como si fuesen una cadena roja luminosa, cada vez más prolongada.

Su meta resultaba evidente para cada cual. A unos veinticinco centímetros delante en el corazón del mapa se veía una habitación redonda, con brillantes cuadrados verdes luciendo en torno a sus paredes. Todos sabían lo que eran los cuadrados verdes. Todos sabían cuán íntimamente dependía su propia supervivencia del funcionar de los impulsos electrónicos que atronaban a través de aquellos cálculos infinitamente complejos de los conmutadores. Todos los cerebros de la habitación saltaban como los propios conmutadores, considerando lo que ocurriría cuando el robot llegase a ese cuarto.

—El equipo supersónico —dijo Conway pesado—. Los robots de trabajo pesado. ¿Dónde están?

—Los supersónicos suben desde el nivel seis, señor. Tardarán unos cinco minutos. Los robots HD deberían cortar dentro de dos minutos. Ya los puedo ver entrar… ¿qué es? Púrpura… en el panel de señales.

Una lenta línea de manchitas púrpura se movía hacia dentro siguiendo un dorado corredor desde la periferia del mapa.

—Demasiado lentos —exclamó Conway viendo como los puntitos rojos que marcaban las pisadas del robot pensante avanzaban sin cesar—. ¿Hay alguien que sepa si esas paredes son de yeso o de piedra? —Hubo un silencio. Todos lo ignoraban. Pero

mientras miraban, los puntos rojos se detuvieron ante una línea dorada. Rebotaron dos veces, se dieron la vuelta y trataron de hacer una brecha en la línea que señalaba la existencia de una puerta.

—Piedra —dijo Conway—. Por lo menos eso. Espero que no se estropee tratando de romperlo.

—Quizá será mejor que esperemos que se estropee —apuntó Broome.

Conway miró al anciano.

—Voy a detenerlo —dijo—. ¿Entendido? No podemos estropear a EGO. Le necesitamos con urgencia. Lamento que no estemos mejor preparados para manejarle, pero lo volvería a repetir si fuese preciso. No podemos aguardar.

—Se movió de prisa, señor —dijo el oficial de comunicaciones.

Conway miró a la pantalla. Se mordió el labio dolorosamente y luego dijo:

—Voluntarios. Quiero que alguien se coloque allí y lo retrase. No me importa cómo. Que lo haga tropezar, que agite un trapo rojo en su cara. Cualquier cosa, pero que gane tiempo. Necesitamos cada segundo. ¿De acuerdo, cabo? Teniente, ya son dos.

—No podemos prescindir de nadie más —dijo el oficial de comunicaciones.

—Está bien, en camino —ordenó Conway—. Localícenlo en las pantallas, sargento.

Tres redondas pantallas de televisión cobraron una vida azulada, mostrando un reguero de escritorios destrozados y de equipo hecho trizas. En la tercera pantalla, EGO, pareciendo muy pequeño, lejano e inocente, se lanzaba de cabeza contra una puerta demasiado estrecha. En la última embestida, el quicio cedió y EGO atravesó y se quedó en el diminuto y mal alumbrado corredor que había detrás. En el tablero de control los puntos rojos mostraron que estaba sólo a unos quince centímetros de la Sala de Calculadores.

—¿Pero qué es lo que «quieres» hacer con los calculadores? —murmuraba Broome mientras miraba hacia la figura que desaparecía en la pantalla. Irritado, repiqueteó con sus uñas el metal de la mesa—. Quizá —dijo, e hizo una pausa. Miró a Conway —. Aquí no sirvo de nada —dijo—. Voy a la sala de calculadores,

tengo algunas ideas, pero el computador piensa mucho más de prisa que puedo hacerlo yo. EGO actúa con excesiva rapidez. Quizá se necesitan máquinas para averiguar lo que piensan otras máquinas. De todos modos, lo intentaré.

—Adelante, vaya —autorizó Conway—. Tiene usted entre cinco y diez minutos, después de eso… —no terminó, pero mentalmente dijo: «Podré descansar. De un modo u otro, podré descansar».

El oficial de comunicaciones había estado encendiendo y apagando pantallas de televisión. Buscando, ahora dijo:

—¡Mire, señor! ¡El equipo de voluntarios, es muy alto! —La observación fue espontánea. Hasta ahora en la sala de comunicaciones no había visto a EGO junto a figuras humanas.

EGO era un gigante en la escasa luz del corredor que apareció en la pantalla. Los voluntarios acababan de irrumpir en el pasillo, a diez pasos por delante del robot. Y éste se cernía poderoso sobre ellos. Uno podía ver sus diminutos rostros angustiados, no mayores que guisantes, vueltos hacia arriba, en dirección al gigante todopoderoso, mientras seguía el salpicón luminoso de su único ojos pasillo abajo.

Los dos hombres habían de haber ido corriendo para cubrir aquella distancia. No tuvieron tiempo de elegir y sus instrucciones eran tan ambiguas… pero de algún modo, durante el camino, habían cogido una regia barra de acero que ahora parecía viva y brillante cruzando el corredor. Un hombre se lanzó a través del pasillo, precisamente ante el robot y los dos cogieron la barra a la altura del hombro, desde umbrales opuestos, formando una barrera a través del camino.

El robot ni siquiera miró de reojo el obstáculo. Chocó contra la viga de lleno, el sonido metálico se fraccionó en ecos por el pasillo y llegó desde la pantalla a la sala de comunicaciones. EGO rebotó un poco, recuperó el equilibrio, midió la situación y luego se agachó para pasar por debajo de la barra. Apresuradamente los dos hombres bajaron su carga. Esta vez la barra se dobló en una profunda V en el punto del impacto. Por la pantalla oyeron cómo gritaba uno de los hombres cuando el extremo de la viga le apresó. EGO tiró hacia arriba con ambas manos, pasó por debajo de la barra y siguió adelante por el pasillo.

—Hemos ganado treinta segundos —dijo Conway con amargura

—. Y perdido un hombre. ¿Dónde están los robots HD ahora?

—A minuto y medio de distancia, señor. Vienen por el corredor ocho. Debían cruzarse precisamente al exterior de la puerta de la Sala de Calculadores. ¿Ve, señor, en el tablero?

Lenta y pesadamente, según parecía a Conway, los puntitos púrpura avanzaban contra la oscuridad, vacilantes. Una mano flotante se materializó y añadió dos puntos rojos más en las cadenas de las pisadas de EGO moviéndose hacia el corazón de la ciudadela. Los puntos rojos iban por delante. No tardaban en sobrepasar a los púrpura.

—Voy a fracasar —dijo Conway para sí. Pensó en todas aquellas semanas bajo tierra, que dependían totalmente de él y en las vidas exteriores, confiando en que el Frente del Pacífico estaba en buenas manos. Se preguntó qué estaría haciendo el comandante general del enemigo y qué haría si supiese…

—Mire, señor —dijo el oficial de comunicaciones.

Todavía había un voluntario del equipo que abandonó la sala y que se mantenía en pie. Seguía sin considerarse derrotado. El último empujón de EGO aparentemente había arrancado la barra de acero cerca de la V, dejando un extremo doblado como si fuese un garrote. Debía pesar mucho, pero el hombre del pasillo operaba impulsado por una emoción tan intensa que no notó esa carga. Con la maza al hombro corría tras EGO pasillo abajo.

Vieron como acortaba la distancia que le separaba del robot. Vieron cómo seguía pisando los talones del robot. A lo lejos le oyeron gritar.

—¡EGO! —llamó como le había oído llamar a Broome. En respuesta, como el robot contestase antes, EGO se detuvo, giró, bañó al hombre con el rayo frío de su único ojo, que era a la vez faro.

—«Quiero…» —la voz metálica estrangulada sonó hueca y se detuvo.

El hombre con la maza dio un salto violento y destrozó el único ojo brillante de la frente del robot.

En la pantalla el robot golpeó hacia arriba, furioso, con ambas manos, parando el mazazo en el momento preciso. El impacto hizo que la pantalla temblase, pero el hombre tuvo tiempo y fuerza para un giro más y en esta ocasión EGO se apoderó de la maza y la

arrancó casi con indiferencia de las manos del hombre. Por encima de su enorme cuerpo de acero la envió sonando estrepitosamente por el corredor detrás suyo.

Conway consultó con una rápida mirada el mapa, los puntitos púrpura ganaban terreno. El punto rojo al extremo de la cadena EGO oscilaba derecho a izquierda mientras el robot esquivaba los dos golpes de la maza. Conway volvió a mirar a la pantalla.

El hombre desarmado dudó sólo brevemente. Luego se reanimó y saltó derecho hacia la oscura cara de acero con el único ojo. Pero algún milagro pasó entre los brazos que se cerraban y entrelazó sus propios miembros en torno al cuello metálico. Su cuerpo cegó las lentes de aumento del ojo robótico y siguió agarrado desesperadamente, brazos y piernas entrelazados en torno a la impresionante torre de acero de EGO.

Desde la oscuridad, más allá de sus figuras forcejeantes, un batir pesado y rítmico comenzó a oírse, haciendo que la pantalla de televisión vibrase un poco.

—Los robots pesados —jadeó Conway. Volvió a mirar al mapa, sin idea de ver cómo la línea de puntitos púrpura estaba casi en el corredor de esa sección y el punto rojo de EGO seguía oscilando erráticamente.

El robot no dependía solo de la visión. Uno lo pudo adivinar por su movimiento. Pero el hombre que le colgaba le conturbó. El peso le hizo perder el equilibrio. EGO tiró fácilmente del hombre durante un instante, inclinándose treinta grados fuera de su curso hacia la pared de la mano izquierda. Luego las manos de acero consiguieron aferrarse al hombre que le colgaba y el robot lo arrancó de sí tan fácil y limpiamente que parecía deslizarse una camisa que molesta en el pecho y lo arrojó con fuerza, indiferente, contra la pared.

Más allá de EGO, en el extremo opuesto del corredor, podíanse ver las dobles puertas enormes de la sala de calculadores. EGO se quedó plantado un momento, como si recuperase la orientación. La pantalla pareció oscilar y Conway hizo un vano movimiento para sujetarla. La vibración era tan fuerte ahora, que las imágenes salieron turbias.

—¿Qué ocurre? —preguntó irritado Conway—. ¿Está desenfocado o…?

—Mire, señor —contestó el oficial de comunicaciones—. ¡Aquí

llegan!

Como una pared ambulante, los pesados robots salieron de la oscuridad al borde de la pantalla, su marcha potente haciendo que toda la escena temblara. Con pesadez se detuvieron frente a EGO y se quedaron allí plantados, hombro con hombro, bloqueando el pasillo, a sus espaldas las puertas de los calculadores.

EGO permaneció quieto un momento, pero temblando en todo su ser. Su único ojo barriendo de derecha a izquierda una y otra vez a los demás robots con una rapidez infinita. Algo de aquellas unidades de su propia clase pareció despertar un nuevo impulso de clase distinta y EGO se reanimó y bajó los hombros y la cabeza un poco y se lanzó hacia adelante como ansioso de batalla. Los HD se entrelazaron formando una línea inamovible, sujetos fuertemente uno con otro y permaneciendo firmes.

El impacto hizo que todas las pantallas de la sala de comunicaciones parpadeasen en lejana simpatía. Saltaron chispas y retiraron las placas de metal. EGO resistió durante unos instantes inmóvil contra la pared de acero que se le oponía. Luego cayó hacia atrás. Se tambaleó, braceó para volver a caer.

Se levantó, pero no cargó. Se quedó allí plantado pasando sus ojos brillante por la fila y el tictaquear en su pecho creció y disminuyó con tanta fuerza que los oyentes de la sala de comunicaciones pudieron oírlo con perfección. Una tormenta de elecciones alternativas pareció verterse a través de la mente electrónica de aquella figura de acero.

Mientras EGO dudaba, la muralla que se le enfrentaba se movió, curvándose hacia afuera con ambos extremos con el fin de recluir en su centro a la solitaria figura. Resultaba evidente cuál era la intención de la operación. Si aquellas formas potentes podían encerrar a EGO, le inmovilizarían aunque sólo fuese a base de su inmensa masa, como los elefantes domesticados inmovilizan la bestia salvaje de su especie.

Pero EGO vio la trampa en el instante «antes» que la línea empezase a moverse. Su paso hacia atrás y rápido giro lo demostraron. Conway creyó que su ojo destelló con más brillantez y que su media vuelta resultaba ligera. En contraste con las máquinas de trabajos pesados, parecía un bailarín de acero con su rápido movimiento. Hizo una fugaz finta hacia un extremo de la cinta; los

robots se agruparon tozudamente para recibirle. Abrieron una brecha en la línea cuando se movieron y EGO se lanzó por ella, pero en lugar de pasar otra vez, sacó ambos brazos y empujó delicada y fieramente a los dos lados de la abertura, exactamente en los lugares adecuados. Los dos robots se inclinaron potentes hacia el exterior, perdiendo por poco el equilibrio. Se inclinaron, y cayeron. Cada cual arrastró consigo su compañero; el corredor atronó con el impacto.

Pisoteando las máquinas caídas, la línea se cerró y avanzó potentemente. EGO corrió contra ella con la clara visión de un movimiento alegre, se agachó, atacó a dos robots a la vez con la misma precisión delicada y exacta, sabiendo antes de golpear en qué punto debía descansar el equilibrio de sus oponentes. El corredor atronó otra vez con el tumulto de su caída. Mientras la línea trataba de cerrarse una vez más sobre los guerreros caídos, las manos de EGO salieron disparadas y los reunió pesadamente destrozando a otros dos contra uno nuevo que efectuó un movimiento tardío de recuperación. En esta ocasión, al tocarlos repartía agudos golpes y las planchas de acero se abollaban como si fueran de hoja de lata.

En menos de dos minutos la pared ambulante fue una masa de gigantes tambaleándose, la mitad de ellos fuera de servicio, el resto oscilando por encima de sus camaradas caídos, tratando de reformar una línea ya demasiado corta para que funcionase.

Valía mucho aquel intento, pensó Conway. Luego quedaban como su única esperanza los supersónicos. No habría tiempo para más. Quizá ni siquiera había tiempo para eso.

—¿Dónde está la brigada supersónica? —preguntó, impresionado por el falso brío de su propia voz. El oficial de comunicaciones alzó los ojos para posarlos en el mapa luminoso.

—Casi allí, general. A medio minuto de distancia.

Conway miró a una de las pantallas de televisión, que ahora mostraba plantado por encima de los postrados gigantes de metal y tambaleándose bastante singularmente mientras miraba hacia abajo. No era propio de su norma de conducta caminar así. Parecía estar pensando algo. Cualquier cosa que fuese, significaría unos cuantos momentos más de margen.

—Voy a ir yo mismo, sargento —dijo Conway—. Quiero…

quiero estar en el lugar cuando… —Se detuvo, dándose cuenta que estaba hablando en voz alta, lo que en realidad era un soliloquio privado, de Conway a Conway, que no debía ser escuchado. Lo que pretendía era que deseaba estar allí cuando fuese el final. Había envidiado al robot, había esperado infinitas cosas fruto de él. Comenzó a identificarse con el potente e incansable acero. Ganase o perdiese, quería estar en el lugar durante el ajuste final de cuentas.

Correr por el pasillo era como correr en un sueño, flotando casi, las piernas torpes y el sonido de las pisadas viniendo en mil ecos desde singulares distancias. Cada vez que su peso saltaba hacia el suelo, se preguntaba si su rodilla lo podría aguantar, si no se doblaría y le haría caer, dejándole yacer allí, descansar… Pero, no, deseaba estar junto a EGO y ver el rostro de acero y oír su voz incomprensible cuando destruyesen el robot, o el robot les destruyese a todos. La tercera posibilidad… el éxito… parecía demasiado remota para considerarla.

Cuando llegó allí apenas se dio cuenta. Se percató que había dejado de correr, así que debía haber un motivo. Estaba plantado con la mano en un pomo, la espalda apoyada contra los paneles, peleando para poder respirar. A la izquierda se extendía el estrecho corredor por el que había venido. Ante él la amplia sala se cernía en donde los hombres lucharon con EGO y fallaron y las máquinas pelearon contra él y ahora yacían casi inmóviles o agitándose inútilmente, sin control.

No importa que uno vea una escena en la pantalla de la televisión; jamás lo experimenta realmente hasta que no llega al lugar. Conway había olvidado, en aquel breve instante, lo alto que era EGO en realidad. Había un olor de aceite de máquinas y de metal caliente en el aire y motas de polvo bailaban en el cono del foco luminoso de EGO mientras se agachaba sobre los caídos robots. Estaba a punto de hacer algo. Conway no podía imaginar el qué.

Pasos corriendo y el tintinear metálico de equipo sonaron por el pasillo de la izquierda. Conway giró la cabeza un poco y vio a la brigada supersónica corriendo hacia él. Pensó que quizás había una posibilidad. Si EGO se retrasaba un par de minutos más…

En el suelo, los robots caídos aún se retorcían y se agitaban en respuestas a órdenes de sus operadores. Pero un robot pesado, desplomado, no es fácil de incorporarse otra vez. EGO se agachó

sobre el más próximo, con expresión casi turbada.

Luego, con una súbita y horripilante violencia, extendió la mano y arrancó la placa delantera de su víctima de un tirón. Su mirada se clavó en las entrañas de la cosa, despertando brillantes reflejos en las válvulas y en el cableado tan escaso en comparación con sus propios transistores y circuitos impresos. Metió una mano de acero. Hundió los dedos profundamente y volvió a arrancar, mirando, distraído, el caos que acababa de producir. Había algo terrible en aquel acto de asesinato. Un robot deliberadamente arrancando las entrañas a otro por su propia iniciativa, con lo que parecía el más frío interés científico.

Pero cualquier cosa que fuese lo que EGO buscase no estaba allí. Se incorporó y marchó hasta el siguiente, arrancó, se agachó, estudió las palpitantes y destellantes entrañas con atención, su propio tictaquear interno oyéndose más alto como si murmurase para sí.

Conway, haciendo un gesto a la brigada supersónica para que continuase, pensó: «En los viejos tiempos se solían adivinar el porvenir de esa manera; quizás lo hace ahora…». Y una vez más, el escalofriante pensamiento recorrió la superficie de su consciencia indicándole que quizá sabía lo que impulsaba al robot a la desesperación, Quizá también conocía el futuro y ese conocimiento y la necesidad de «ganar la guerra» era lo que las entrañas palpitantes de EGO le ordenaban. ¿Pero y si la victoria era imposible y EGO lo sabía?

La brigada supersónica, viniendo a la carrera, salió del pasillo lateral y se detuvo en breve al ver por primera vez a EGO en… no, en carne… en brillante acero, con su estatura gigantesca, con su ojo de cíclope fulminándolo todo. El sargento murmuró, jadeando, algo a Conway, tratando de saludar, pero olvidándose que ambas manos estaban llenas de equipo.

Conway, con el índice, trazó un semicírculo delante suyo ante la puerta de la sala de los calculadores.

—Montad rápidamente los cañones… allá. Tenemos que detenerlo si intenta pasar.

EGO se incorporó desde su segunda víctima y avanzó hacia una tercera, dudando, mirándola.

La brigada, después de todo, tenía sólo unos treinta segundos a

su disposición. Habían estado montando el equipo mientras corrían y ocuparon posiciones a lo largo de la línea que Conway les había asignado. Él se plantó contra la puerta, mirando mientras tendían la última defensa con sus propios cuerpos y sus cañones entre EGO y los calculadores. O no, pensó Conway, quizá yo soy la última línea. Por algún remoto pensamiento desesperado, se conformaba en su mente mientras miraba a EGO…

Exactamente en el mismo segundo que el primer cañón ultrasónico giraba su morro hacia el corredor, EGO se incorporó y se enfrentó a las dos puertas y el círculo de hombres arrodillados tras sus armas. Le pareció a Conway que por encima de las cabezas, durante un momento, él y EGO se miraron uno a otro con aire retador.

—Sargento —dijo Conway con voz tensa—. Córtenle la pierna, a mitad de camino de la rodilla. Y apunten «bien»; es género de alta precisión y vale más que usted y yo.

EGO les bañó con su frío baño de luz. Conway se preguntó si el robot había entendido, pero ordenó de prisa.

—¡Fuego!

Se podía oír el siseo más débil posible, nada más. Pero un lunar de calor adquirió un tono rojo cereza y luego apareció un blanco cegador en la pierna izquierda de EGO por debajo de la rodilla.

Conway pensó: «Es inútil. Si nos ataca ahora, cruzará nuestras líneas antes de que podamos…».

Pero EGO tenía otra defensa. El reflector parpadeó una vez y luego Conway sintió una súbita y violenta incomodidad que no pudo situar y el punto de calor volvió a tomar el color rojo y desapareció. El sargento bajó el cañón de su arma y masculló un juramento sacudiendo la mano.

—Cero sobre seis —dijo—. Ocho, alerta.

EGO permanecía inmóvil y la incomodidad que Conway sentía se profundizó con una vibración sutil y visible que pulsaba a través de las torres de acero que tenía ante sí.

Un segundo cañón sónico siseó débilmente. Un lunar rojo nació en la pierna del robot. La vibración aumentó en profundidad, la incomodidad se hizo peor. El lunar del calor se desvaneció en la nada.

—Interferencia, señor —dijo el sargento—. Está bloqueando la

onda sonora con una frecuencia propia, algo que emite personalmente, ¿lo nota?

—¿Pero por qué no nos ataca? —se preguntó Conway, no en voz alta, por miedo de que el robot pudiese realmente comprender. Y pensó que quizá no podía cargar y emitir la frecuencia protectora al mismo tiempo. O puede que no hubiese pensado todavía que podía pasar por entre ellos antes de que pudieran perjudicarle mucho. Conway trató de imaginarse a sí mismo el mundo como debía parecerle a EGO, con menos de una hora de antigüedad, con conflictos imposibles ardiendo en las complejidades electrónicas de su pecho.

Conway dijo:

—¿El cañón ocho tiene otra frecuencia? Siga probando, sargento. Quizá no pueda anularlas todas a la vez. Aguante mientras se pueda.

Abrió la puerta tras él rápidamente y con la misma velocidad entró en la sala de computadores.

IV

Este era otro mundo; durante un instante se olvidó de todo lo que quedaba al exterior de las dobles puertas y se quedó plantado allí, oyendo y mirando la estancia. Era un buen sitio. Siempre le gustó encontrarse en él. Podía olvidar lo que estaba en pie con más de dos metros y medio de altura preparado para la destrucción. Y lo que le aguardaba en el futuro, no mucho más allá de pasado mañana. Miró a los rostros altos y planos de los computadores, las luces que parpadeaban, escuchó el sonido de la cinta alimentadora detrás de los tambores, el vibrar firme y continuado de las teclas de las máquinas de escribir.

Broome alzó la vista del grupo que rodeaba la máquina de escribir del computador análogo. Todos los hombres de la sala habían dejado sus trabajos y se apiñaban allí, en donde la ancha tapa fluía de debajo de las teclas y las columnas de letra impresa se vertían suavemente, como agua, en el papel.

—¿Hay algo? —preguntó Conway.

Broome se incorporó penosamente, frotándose la espalda.

—No estoy seguro.

—¡Dígame! —apremió Conway—. ¡Pronto! Estará aquí dentro de pocos segundos.

—Bien, se ha bloqueado accidentalmente. De eso estoy seguro. Pero de cómo y por qué seguimos…

—Entonces no saben nada —opinó Conway con llaneza—. Bueno, creo que yo puedo tener una…

En el otro lado de la puerta un súbito tumulto estalló. Pies de acero atronaron, los hombres gritaron, el equipo crujió y se rompió. El griterío llegó a un punto culminante y luego se produjo el silencio. Las puertas se abrieron con violencia y EGO se plantó en el

umbral, de cara a los calculadores. De trecho en trecho en su cuerpo metálico habían lunares de calor, desvaneciéndose. Estaba manchado de aceite, de sangre y su ojo reflector barrió la estancia con una velocidad controlada que no obstante tenía algo de frenético. EGO miró las calculadoras y las calculadoras, espaciadamente, siguieron su marcha, pasando sin cesar los datos por debajo de las mandíbulas de sus máquinas de escribir cuando cada hombre en la habitación estaba mirando al robot.

En la puerta abierta detrás de EGO, el sargento de la brigada apareció tambaleándose a la vista, con la cara llena de sangre, el cañón de un arma sónica en la mano.

—No —dijo Conway—. Espere. Apártese, Broome. Deje que él vaya hasta los calculadores.

No prestó atención al zumbido de las respuestas. Estaba mirando a EGO con una atención casi hipnótica, tratando de forzar la marcha de su propio pensar para dar mayor rapidez a aquel acto. Aún había una posibilidad, sólo una breve posibilidad y lo sabía.

Y si dejaba que EGO llegase a los calculadores y ese fracasaba, no estaba seguro de poder interferirse a tiempo para poder salvar nada. Pero tenía que intentarlo. Una línea de diálogo salida de algo que no pudo identificar brotó por su mente: «Sin embargo, lo intentaré aunque sea lo último». Algún otro comandante, desesperado en su última batalla, indomeñable ante la perspectiva de la derrota. Conway sonrió un poco, sabiéndose a sí mismo cualquier cosa excepto invencible, indomeñable. Y sin embargo… «Lo intentaré hasta el fin».

EGO seguía todavía inmóvil en el umbral. El tiempo se mueve mucho más despacio que el pensamiento. El robot aún escrutaba los computadores.

Conway se apartó, dejando libre el camino. Mientras se movía, vio su propia imagen deslizándose desde las superficies manchadas del cuerpo del robot, su propio rostro flaco y los ojos hundidos reflejados como en un espejo movible cubierto de lunares de aceite y sangre, como si él mismo viviera dentro del cuerpo del robot, activándolo con sus propios impulsos.

La pausa de EGO en el umbral duró una fracción de segundo. Su mirada revoloteó sobre los calculadores y los fue descartando uno a uno, infinitamente de prisa. Luego, como Broome había hecho, EGO

giró hasta el computador análogo y cruzó la distancia que le separaba en tres enormes zancadas. Casi desdeñosamente, sin siquiera mirarlo, arrancó la cinta programadora, insertó otra cinta en blanco en el aparato perforador y sus dedos revolotearon demasiado de prisa para que se pudiese ver lo que hacía mientras estampaba sus propias preguntas en el metal. A los pocos segundos había regresado al computador. Nadie se movió. La mente estaba como turbada tratando de seguir la velocidad del robot. Sólo el computador parecía lo bastante rápido para no quedarse atrás y EGO se inclinó sobre la máquina de escribir del aparato con expresión tensa, una máquina que se comunicaba con sus parientes. Los dos eran tan infinitamente rápidos que la carne y la sangre de los hombres no podían seguir sus acciones.

Nadie respiraba. Conway… ¿por qué el pensamiento es tan rápido?, tuvo tiempo de decidirse con enorme esperanza: «Descubrirá la respuesta. Se hará cargo ahora, cuando comience el nuevo asalto, él lo gobernará y ganará y yo podré dejar de intentar nada más…».

La corriente de respuestas impresas comenzó a verterse bajo la barra de la máquina de escribir y EGO se inclinó para leer. El brillante cono de su vista bañó el papel. Luego, con un gesto que era salvaje como el de un hombre, arrancó la cinta como si extrajera la lengua que había murmurado palabras intolerables.

Y Conway supo que el computador les había fallado, que EGO había fallado. Conway jugó y perdió.

Conway dijo con voz de infinita desilusión:

—EGO, espera. Todo va bien.

Como siempre que se pronunciaba su nombre, el robot se detuvo y se volvió. Y más de prisa de lo que los datos salían de los computadores, se vertió a través de la mente de Conway un torrente de pensamientos enlazados. Vio su propia imagen reflejada en el cuerpo del robot, él mismo impresionado por la reflexión de cómo EGO estaba encerrado en una tarea imposible de conseguir.

Comprendió que entendía al robot como nadie más podía hacerlo, porque sólo él conocía las mismas tensiones, Era algo que los computadores no podían deducir. Pero era algo que Conway imaginó parcialmente durante todo el tiempo y se prohibió a sí mismo reconocerlo hasta que la última alternativa fracaso y tuvo

que pensar por sí mismo.

«Gana la guerra» era el impulso básico del robot, Pero tenía que actuar con información incompleta, como el propio Conway y eso significaba que EGO tenía que asumir la responsabilidad de tomar equívocas decisiones que podían hacer perder la guerra… cosa que no se le permitiría hacer. Tampoco podía trasladar la responsabilidad al igual que con computadores diciendo: «No hay respuesta… datos insuficientes». No se podía refugiar en la neurosis o en la locura ni en la rendición. No en trasladar el deber a otra persona, como Conway intentara; así que todo lo que podía hacer era buscar más conocimientos, casi al azar y todo lo que quería era…

—Sé lo que quieres —dijo Conway—. Puedes tenerlo. Yo me haré cargo, EGO. Ya puedes dejar de querer ahora.

—«Quiero…» —el robot aulló inhumanamente y se detuvo como siempre, y luego siguió adelante por primera vez para terminar su afirmación—: ¡…dejar de querer!

—Sí —contestó Conway—. Lo sé. Y yo. Pero ahora tú puedes parar EGO. Apágate. Hiciste lo que pudiste.

La voz hueca dijo con mucha mayor suavidad:

—«Quiero parar… —Y luego oscilando en el borde del silencio— … quiero parar…».

Cesó. El vibrar cesó. Un sentimiento de breve violencia pareció morir en el aire en torno al robot, mientras, por fin, en su interior se rebajaban las tensiones intolerables. Una serie de claves y deliberados chasquidos en el pecho de acero, mientras las decisiones metálicas irrevocables, llegaban, una tras otra. Se quedó allí, plantada destacadamente. Era otra vez una máquina. Nada más que una máquina.

Conway vio su propio rostro en la reflexión inútil. El robot, pensó, no podía relevarle. No le extrañaba Ni siquiera podía hablar para pedir un relevo por que lo opuesto a «querer» es «no querer», y cuando dijo la primera palabra su negativa le obligaba a no querer nada y a guardar silencio. No pedimos demasiado. Él no podía soportarlo. Ver sus propios ojos en la imagen reflejada le hizo preguntarse si estaba hablando al Conway de hace un largo minuto. Quizá sí. Ese Conway tampoco podía hacerse cargo, pero éste era preciso y tenía que hacerlo.

EGO no podía actuar a base de un conocimiento parcial. Era una tarea casi imposible para la máquina. No se puede esperar que las máquinas se enfrenten a lo desconocido. Sólo los seres humanos pueden hacer eso. El acero no era lo bastante fuerte,

Sólo la carne, la sangre y el hueso lo pueden realizar y seguir adelante.

«Bueno, ahora lo sé», pensó. Y le parecía extraño; no estaba tan cansado como lo estuvo antes. Siempre hasta aquel momento tenía a EGO sobre quien declinar la responsabilidad si era necesario, pero eso era algo que no debía intentar hasta que no llegase a su último aliento. Bueno, ahora lo había alcanzado y él no podía soportar tanta carga.

Rió suavemente para sí. El pensamiento que le había producido escalofríos regresó y él lo miró con tranquilidad. Quizá «ganar la guerra» era imposible. Quizás esa paradoja era lo que había detenido a EGO. Aceptaría el pensamiento y lo apartaría a un lado, sabiendo que a veces los humanos realmente consiguen lo imposible. Quizás era eso todo cuanto les mantuvo en marcha durante tanto tiempo.

Conway volvió la cabeza y miró a Broome.

—¿Sabe lo que voy a hacer? —preguntó.

Broome negó con un gesto. Los ojos brillantes vigilando.

—Me voy a la cama —dijo Conway—. Voy a dormir. Ahora conozco mis posibilidades. Los del otro bando son de carne y hueso como yo. Tienen los mismos problemas que nosotros tenemos. También deberán dormir. Puede usted despertarme cuando empiece el siguiente ataque. Entonces me haré cargo. Lo solucionaré o no. Pero lo haré lo mejor posible, y eso es todo lo que cualquiera puede hacer.

Se volvió rígido, pasando junto a EGO en dirección a la puerta, deteniéndose durante un momento para tocar con la palma de la mano el acero inútil del pecho. Lo notó frío y no muy seguro ante su contacto.

—¿Qué es lo que quisiera decir con «solo» carne y sangre? —preguntó.

FIN